El Centenario de la Universidad de Chile y sus Facultades

FACULTAD DE CIENCIAS JURIDICAS Y SOCIALES *

CIEN AÑOS

por Arturo Alessandri R.

EL 19 de Noviembre de 1942 la Universidad de Chile cumple cien años de existencia. Con ella los cumple también la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, porque esta Facultad fué una de las cinco de que se componía el cuerpo de dicha Universidad, según lo dispone el artículo 3.° de la ley de su creación.

Desde entonces acá, la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Chile ha recorrido una hermosa trayectoria.

En su primer siglo de vida han regido sus destinos hombres ilustres, que, en la época en que vivieron, ocuparon un primer plano en las actividades nacionales como juristas, legisladores, magistrados, políticos y diplomáticos. Baste recordar que fué su primer Decano don Mariano Egaña, jurista, político y diplomático eminente, quien comparte con Bello el mérito de ser uno de los constructores de la organización jurídica de nuestro país. Le sucedieron — para no mencionar sino a los ya fallecidos — el Canónigo Meneses, que había sido el último Rector de la Universidad de San Felipe, don José Gabriel Palma, don Manuel Camilo Vial, don José Gabriel Ocampo, don José Clemente Fabres, don José María Barceló, don Miguel A. Varas, don Leopoldo Urrutia, don Ruperto A. Bahamonde y don J. Guillermo Guerra.

* Esta Facultad dedicó un número especial de sus Anales, el correspondiente al año 1942, al Primer Centenario de la Universidad de Chile. De dicho número hemos tomado los trabajos que siguen.

Pocas Facultades han ejercido una mayor influencia en el gobierno y en la administración pública de Chile: la casi totalidad de los Presidentes de Chile han sido abogados y lo son y lo han sido en su mayoría los Ministros de Estado, los Miembros del Congreso Nacional y los altos funcionarios de la Administración Pública.

La Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales guarda celosa la tradición de prestigio y seriedad que supieron darle sus fundadores y quienes han formado parte de ella en otros tiempos. Sus actuales miembros, entre los cuales se cuentan numerosos que aún no alcanzan la cuarentena, procuran, por su parte, hacerse dignos de ellos. Y el entusiasmo, el celo y la preparación con que desempeñan sus funciones los hacen acreedores al respeto público y a la gratitud del país.

Consciente la Facultad de la misión que le corresponde en la formación de la clase dirigente del país, no omite esfuerzos para que los que de ella egresen tengan la debida preparación. A este fin obedecen las últimas reformas introducidas en el Reglamento para las Escuelas de Derecho, todas las cuales tienden a hacer, en los primeros años, una selección adecuada de los estudiantes. La Facultad desea que sólo se gradúen quienes tengan realmente aptitudes y vocación para el ejercicio de la noble profesión de abogado.

Al iniciarse el segundo siglo de vida de nuestra Facultad formulamos votos muy sinceros porque esos propósitos se realicen plenamente y porque la Facultad continúe en el futuro su marcha ascensional en el perfeccionamiento de la enseñanza de las Ciencias Jurídicas y Sociales.

BREVE RESEÑA SOBRE LA FACULTAD DE CIENCIAS JURIDICAS Y SOCIALES DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

La Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Chile es tan antigua como la Universidad misma. De ella dependen las Escuelas de Derecho de Santiago y de Valparaíso; su enseñanza abarca cinco años, con las siguientes asignaturas: Primer año: Derecho Romano, Derecho Constitucional, Historia Constitucional de Chile, Introducción al Estudio del Derecho, Economía Política. Segundo año: Derecho Civil, primer año; Derecho Penal, Derecho Internacional Público, Historia General del Derecho, Política Económica. Tercer año: Derecho Civil, segundo año, Derecho Procesal, primer año, Derecho Administrativo, Derecho del Trabajo, Hacienda Pública. Cuarto año: Derecho Civil, tercer año, Derecho Comercial, primer año, Derecho Procesal, segundo año, Derecho de Minas, Derecho Industrial y Agrícola. Quinto año: Derecho Civil, profundizado y comparado, Derecho Procesal, tercer año, Derecho Comercial, segundo año, Derecho Internacional Privado, Medicina Legal. Cada curso tiene su programa oficial al cual debe ceñirse el profesor. La Facultad ha creado cinco Seminarios, destinados a estudios de investigación, al control de los trabajos escritos de los alumnos y a la dirección de las memorias de los candidatos a licenciados. Estos Seminarios son: Derecho Privado, Derecho Comercial e Industrial, Derecho Público, Derecho Penal y Medicina Legal y Ciencias Económicas.

Para matricularse como alumno en las Escuelas de Derecho se requiere el Grado de Bachiller en Filosofía con mención en Historia y Letras. La enseñanza se desarrolla mediante lecciones orales; hay, además, ejercicios que consisten en

interrogaciones, en trabajos de investigación, en composiciones o conferencias de los estudiantes. Como métodos de control el profesor puede emplear la lista de asistencia, las interrogaciones y los trabajos. Los alumnos del 1.° y del 2.° años no pueden presentarse a los exámenes orales sin la aprobación previa de dos exámenes escritos; para los alumnos del cuarto año es obligatoria la confección de un trabajo escrito de Seminarios. Para optar al Grado de Licenciado se requiere: *a*) Rendir satisfactoriamente los exámenes de los cinco años de estudio; *b*) Presentar una Memoria impresa, cuyo tema es aprobado por el Decano, por un profesor del ramo y por el Director del respectivo Seminario, bajo cuya dirección se ejecutá; son necesarios, además, los informes favorables de un Profesor y del Director del Seminario, publicados ambos en la Memoria; y *c*) Rendir un examen de grado que consta de una exposición sobre una cédula sorteada con siete días de anticipación, y de una interrogación sobre todo el Derecho Civil y Procesal; la comisión examinadora está compuesta de siete profesores, incluyendo al Decano y Secretario.

La Escuela de Derecho de Santiago cuenta en 1942 con 58 profesores y 1,072 alumnos, de los cuales 167 son mujeres, y la de Valparaíso con 26 profesores y 108 alumnos, de los que 12 son mujeres. La Facultad edita anualmente un tomo especial de los Anales de la Universidad de Chile, y su Seminario de Derecho Público, un Boletín periódico. La Corporación se preocupa de la divulgación cultural, habiendo realizado en 1941, un ciclo de conferencias dictadas por profesores sobre las Nuevas Orientaciones del Derecho, las que pronto se editarán en un volumen. Desarrolla vida académica, recibiendo en veladas públicas y solemnes a sus nuevos miembros, tanto académicos como honorarios. Ha intervenido en la redacción de diversos proyectos de ley, y se ha encargado en dos ocasiones de la edición oficial de los Códigos chilenos; se encuentran bajo su tuición varios premios. No ha descuidado el bienestar de los alumnos, contando para ello con servicio dental, con una visitadora social, que se ocupa de las necesidades de los estudiantes y con instalaciones deportivas y de cultura física en el nuevo edificio de la Escuela de Derecho de Santiago.

RECEPCION DE PROFESORES UNIVERSITARIOS EXTRANJEROS

por Francisco Walker Linares

Como Presidente de la Delegación de la Universidad de Chile al Congreso Interamericano de Previsión Social de Santiago, cúmpleme el honor de saludar a los miembros de aquella Conferencia, que unen a su investidura de Delegados, la calidad de Profesores Universitarios. Al recibir a tan ilustres maestros, la Universidad de Chile sigue una vez más la senda de su tradición centenaria, que le ha hecho siempre abrir las puertas a los representantes de la cultura, cualquiera que sea su nacionalidad. Ya en los albores de su existencia, dos extranjeros eminentes la dirigieron, don Andrés Bello, hijo de la tierra hermana de Venezuela, y don Ignacio Domeyko, hombre de ciencia polaco; en todo tiempo, en sus cátedras han enseñado profesores de diversos países. Estamos ansiosos de captar las ondas espirituales, con un amplio sentido humano, desprovisto de todo prejuicio exclusivista. Es a ello que se debe que la Universidad de Chile, que es verdadera Universidad porque es universalista, tenga tanta fuerza de atracción en la América Hispana, y que hoy día acudan a sus cursos cerca de un millar de alumnos extranjeros.

Séame permitido presentar en breves palabras a cada uno de los distinguidos huéspedes que nos honran con su presencia. Saludemos al Excmo. señor Paul Van Zeeland, quien concurre a la Conferencia como representante gubernamental del Consejo de Administración de la Oficina Internacional del Trabajo. El señor Van Zeeland es una de las más destacadas figuras de la política europea contemporánea,

ex-jefe del gabinete del Gobierno de Bélgica, leader del partido católico de ese país, ex-Presidente de la Asamblea de la S. D. N., financista de nota, brillante orador, es también un universitario. Fué profesor de Derecho Financiero en Lovaina, en la Universidad mártir, aquella cuya biblioteca incendiaron huestes invasoras; hoy día, el señor Van Zeeland, lejos de su país oprimido, es Decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Ecole Libre des Hautes Etudes, la Universidad francesa en el destierro; este instituto forma parte de The New School for Social Research de Nueva York, núcleo cultural creado por la generosa hospitalidad norteamericana, que acoge a profesores exilados de los países de Europa que han logrado escapar a las persecuciones políticas. Rindamos en estos momentos un homenaje a Bélgica en la persona de uno de sus ilustres hijos; la pequeña a la vez que grande nación, pacífica, laboriosa, heroica, que en un cuarto de siglo ha conocido dos veces los horrores de la invasión. Con emoción y cariño recuerdo a ese país culto y bello, rico en tesoros artísticos; cómo no evocar nostálgicamente las colinas pintorescas de los Ardennes, las llanuras de Flandes que cantara Verhaeren, Brujas, la ciudad medioeval, dormida en la apacibilidad de sus canales, la pintura mística e ingenua de los primitivos flamencos, la belleza armónica de la gran Plaza de Bruselas, los carillones, los beguinages, los muelles y la catedral de Amberes, las playas de Ostende, la pujanza industrial de la región de Lieja. Ahora todo está en poder del enemigo; el pueblo belga gime en la opresión, en la miseria y en el hambre, pero estamos seguros de que surgirá de nuevo, y que el Excmo. señor Van Zeeland será uno de los artífices de su reconstrucción.

Está con nosotros el Licenciado señor Ignacio García Téllez, Secretario de Estado del Trabajo y Previsión Social de México, de aquella nación, que aunque geográficamente lejana, se encuentra tan cerca de Chile en el orden espiritual. El señor García Téllez, hombre de vigorosa personalidad y brillante orador, está vinculado a las experiencias sociales y pedagógicas que ha realizado la República Mexicana en los últimos años; no sólo es un especialista en problemas del trabajo, es también un educador, habiendo desempeñado los cargos de Secretario de Educación Pública y Rector de la

Universidad Nacional de México, credenciales ambas que le dan derecho a sentirse como en su propio hogar, en nuestra Casa Universitaria.

Nos visita el señor Antonio Ferreira Cesarino Junior, Profesor de la Universidad de Sao Paulo en Brasil, uno de los más conocidos tratadistas de Derecho del Trabajo de la América Latina, autor de varias obras que citamos a nuestros alumnos chilenos, entre las que se señalan *Derecho Social Brasilero* y *Derecho Procesal del Trabajo;* ha organizado el Instituto de Derecho Social de Sao Paulo, corporación que publica valiosos estudios, y que en 1941, celebró un Congreso. Tuve el honor de dictar una clase en la cátedra del Profesor Cesarino Junior, en 1939, en mi visita a Sao Paulo, la progresista urbe brasileña, que reune las características de ser un foco de cultura, a la vez que un centro industrial de prodigioso dinamismo.

Recibimos al Dr. Carlos R. Desmaras, Profesor de Legislación del Trabajo en la docta Universidad de La Plata; él forma parte de esa pléyade de grandes maestros argentinos de Derecho Social, tales como los doctores Saavedra Lamas, Palacios, Unsain, Tissembaum, Pinto y Rietti. Saludamos al profesor costarricense, señor Guillermo Padilla, Director de la Caja de Seguro Obligatorio de su patria. Costarrica, uno de los países más cultos del Continente, mantiene con Chile lazos espirituales, particularmente intensos. Extendemos nuestros saludo al Dr. Amadeo Almada, ex-Ministro del Trabajo de la República Oriental del Uruguay, precursora de las leyes sociales americanas, y profesor de Derecho Civil en la Universidad de Montevideo.

Damos la bienvenida al Dr. Osvaldo Stein, Sub-Director de la Oficina Internacional del Trabajo, técnico de renombre mundial en la ciencia de la previsión social. El Dr. Stein es uno de los principales animadores de aquella organización que protege a los trabajadores de todos los países, sin distinción de raza o nacionalidad. En 23 años de vida, la O. I. T., ha realizado una labor fecunda y humanitaria en beneficio de las clases asalariadas de todos los ámbitos del orbe, acción que se refleja en el progreso alcánzado por las legislaciones nacionales del trabajo, inspiradas en los convenios ginebrinos. El Dr. Stein, Secretario General de la actual Conferencia de

Santiago, y el Dr. Emilio Schombaum, actuario de la O. I. T., son ambos profesores de la Universidad de Praga; los dos enseñaron en la industriosa y culta Checoeslovaquia, la nación de Massaryk y Benes, hoy víctima de la opresión, pero que resurgirá mañana vigorosa, como se levantara en 1918.

Ilustres catedráticos, habéis venido a Chile en una noble misión, la de señalar los medios de ofrecer una mayor seguridad a los individuos económicamente débiles de la colectividad, que son víctimas de los riesgos sociales; vuestra labor es muy hermosa, y confiamos en que no sólo lo será para las naciones libres del Continente Americano, sino que además constituirá un valioso aporte para la organización futura de un mundo mejor, que deberá ser construído en el respeto a la personalidad humana, en la cooperación e interpendencia de los pueblos y en la justicia social.

*

EXPOSICION RETROSPECTIVA

Con motivo del Centenario de la Universidad de Chile, la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales celebró una exposición retrospectiva de su vida y labores en el siglo que cumple. Se exhibieron durante unos días, retratos y manuscritos de los Decanos y profesores, libros de textos, códigos anotados y otros recuerdos de los juristas que ilustraron con sus enseñanzas las aulas de la Facultad. Numerosas personas se apresuraron a proporcionar objetos que pertenecieron a sus deudos, decanos o profesores.

HOMENAJE A DON IGNACIO DOMEYKO

La Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas tributó en una sesión solemne, celebrada el 11 de Diciembre de 1942, en el Salón de Honor de la Universidad, un homenaje a don Ignacio Domeyko, ex-miembro de la Facultad y ex-Rector de la Universidad. La sesión fué presidida por el señor Ministro de Educación, don Benjamín Claro Velasco; el Rector de la Universidad, don Juvenal Hernández; el Nuncio Apostólico, Excmo. Monseñor Maurilio Silvani; el Ministro de Polonia, Excmo. señor Ladislao Mazurkiewicz y el Decano de la Facultad, don Gustavo Lira.

Pronunciaron discursos en esta ocasión don Domingo Amunátegui Solar, el Ministro de Polonia Excmo. señor don Ladislao Mazurkiewicz, don Ramón Salas Edwards, miembro docente de la Facultad, el Dr. Bogumil Jasinowski, Profesor de la Universidad de Wilna (Polonia) y don Tomás R. Leighton, miembro docente de la Facultad.

El Presidente de Polonia, Excmo. señor Wladyslaw Raczkiewicz adhirió al homenaje por medio del siguiente cablegrama:

«En el momento cuando la Universidad de Santiago celebra su Centenario y al mismo tiempo conmemora a uno de sus fundadores, Ignacio Domeyko, quiero adherirme en nombre de Polonia a esta bella manifestación.

»Domeyko, gran patriota polaco, obligado a abandonar para siempre a su patria de origen, por causa de la opresión extranjera, ha sido adoptado de todo corazón por su nueva patria y le ha prestado eminentes servicios.

»Se quedará siempre como símbolo de la amistad tradicional entre nuestros dos países, fortalecida todavía en el

curso de los últimos años por la actitud generosa del pueblo y del gobierno chilenos, quienes con tanta nobleza han acordado su protección a tantos polacos dispersos por los acontecimientos de la guerra en diferentes países europeos.

»Polonia reconocida no olvidará nunca estas pruebas de simpatía que le fueron dadas por Chile en una hora difícil de su historia.—*Wladyslaw Raczkiewicz.*»

DISCURSO

por Domingo Amunátegui S.

Un gran escritor francés ha presentado al pueblo polaco como una noble nación que «siempre supo morir y nunca aprendió el arte de vivir».

Esta opinión indudablemente es exagerada.

Los chilenos hemos tenido a la vista un elocuente ejemplo que la contradice: don Ignacio Domeyko.

Después de la última repartición de su patria entre Austria, Rusia y Prusia, se hallaba en Francia este ilustre sabio, consagrado al estudio de las ciencias naturales, cuando recibió la oferta del gobierno de Chile, para que viniera a enseñar en el Liceo de La Serena las asignaturas de química y de mineralogía.

Domeyko vaciló en abandonar la causa de Polonia; pero obtuvo la seguridad de que podría regresar a Europa en caso necesario.

Desde entonces desaparecieron sus objeciones y resolvió aceptar la oferta.

Llegó a Chile en el mes de Junio de 1838.

Domeyko fué un maestro ejemplar: dió a sus alumnos de Coquimbo y de Santiago lecciones admirables, compuso numerosos tratados de enseñanza, que aún sirven a la juventud de nuestros días, y realizó con sus discípulos excursiones científicas a interesantes comarcas de nuestro territorio.

El conocimiento geológico de la cordillera progresó rápidamente gracias a las investigaciones de Domeyko. Su labor fué igualmente fecunda en el alma de los estudiantes y en las profundidades de nuestras montañas.

Además del sabio mineralogista, merece la gratitud de los chilenos el reformador pedagógico.

Cuando Domeyko llegó a Chile, la segunda enseñanza y la instrucción superior no conocían fronteras. El maestro polaco demostró que estas dos disciplinas tenían campos diferentes; y consiguió que en 1852 nuestro gobierno le dedicara secciones completamente separadas. Esta reforma esencial fué la obra de Domeyko.

Como era de justicia, Domeyko recibió el nombramiento de delegado universitario, con el encargo de dirigir la enseñanza del derecho, de la medicina, de las ciencias físicas y matemáticas y de las bellas artes.

Durante quince años desempeñó esta alta misión, hasta que en 1867 fué elevado al honroso cargo de Rector de la Universidad.

Puede afirmarse que don Ignacio Domeyko ha gobernado por más tiempo que nadie las aulas universitarias.

Estos son servicios inapreciables que nuestra República debe reconocerle.

No, los hijos de Polonia no sólo saben morir sino también vivir con honra y alcanzar la más alta gloria que puede conquistar un hombre: instruir a sus semejantes y revelarles las leyes de la naturaleza.

Don Ignacio Domeyko
Rector de la Universidad de Chile
(1867 - 1883)

Discurso del Ministro de Polonia

Excmo. Señor Ladislao Mazurkiewicz

La Universidad de Chile en ocasión de su centenario por intermedio de su Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas quiso honrar la memoria de Ignacio Domeyko, su tercer Rector, quien como lo ha dicho con tanta elocuencia y justicia el señor Ministro de Educación Pública don Benjamín Claro Velasco, ha sido al lado del gran venezolano Andrés Bello, organizador principal de la Universidad, sabio insigne, reformador eminente de la enseñanza en Chile, propulsor infatigable del desarrollo de la industria minera de este país, hombre de méritos sobresalientes, carácter puro, noble, recto y lleno de virtudes cristianas.

Es una gran satisfacción para Polonia ver a uno de sus hijos predilectos llegar a situaciones destacadas en un país amigo, verlo rodeado de respeto y admiración general de parte de los más vastos círculos de este país y presenciar cómo después de medio siglo que se ha extinguido esta vida ejemplar, se le rinden homenajes y se le conmemora como a un gran exponente de la cultura y a un gran servidor de la patria que lo acogió generosamente.

Otros oradores más capacitados que yo hablarán sobre esta gran figura del punto de vista de las múltiples actividades que ha desarrollado en esta tierra, que no obstante su acendrado patriotismo polaco y su religioso amor por Polonia, supo con sus encantos conquistar su corazón y lo convirtió en uno de los pilares del magnífico edificio de cultura y ciencia que se yergue en el progreso de Chile; yo como re-

presentante del Gobierno de Polonia quisiera subrayar en primer lugar lo que ha hecho Domeyko para el acercamiento, la amistad, la profunda simpatía que existe entre nuestras dos naciones.

La actuación de Domeyko en Chile coincide con la época cuando nubes negras se cernían sobre el cielo de Polonia, su cuerpo ha sido destrozado, dividido en tres partes y Domeyko, el gran patriota — uno de los fundadores de la famosa sociedad patriótica polaca Filaretes y Filomates, cuyo 125 aniversario de fundación se cumplió en estos días, un activo luchador por la libertad de su patria en la Insurrección de 1830, después de ver sus sueños desvanecidos, emprendió el camino del destierro con el corazón agobiado por la angustia que le causó la desgracia de su patria querida.

Y el cielo azul de Chile, sus magníficos paisajes, sus montañas cubiertas de nieve e iluminadas por el sol, los murmullos de sus ríos y de sus arroyos, sus lagos de un colorido divino, que surgen majestuosos y profundos entre las rocas y bosques, el océano que baña cariñosamente sus orillas y cuya inmensidad nos aproxima a Dios, todo eso junto con tantas almas buenas, generosas, sensibles y afectuosas, ha sido como un bálsamo sobre el alma atormentada del joven patriota polaco, no quitándole nada del amor profundo que profesaba por su patria desdichada a cuyo llamado estaba dispuesto a acudir en cualquier momento, le abrió nuevos horizontes, le dió la posibilidad de trabajar en forma intensa, tranquila y silenciosa, de dedicarse de lleno a los estudios científicos, a las labores por el progreso de su patria adoptiva, crear obras grandes y fundar finalmente una familia ejemplar de chilenos con corazón polaco.

Domeyko trajo a Chile su alma atormentada y sin perder nada de su patriotismo polaco, supo en forma admirable adaptarse a la vida de este país, placentera, llena de múltiples problemas derivados de las inquietudes y necesidades de un país joven, en vías de progreso; supo unir el amor para las dos patrias, y en esta forma unir estrechamente con lazos de profunda amistad a nuestros dos países.

Desde aquí, desde el punto donde hemos llegado actualmente en el desarrollo de las relaciones polaco-chilenas, se ve de lejos, se yergue sobre un pedestal la figura de Ignacio

Domeyko, que se agranda en toda su magnitud como una estatua magnífica que parece indicar con la mano el camino por donde deben seguir estas relaciones.

Ha sido Domeyko — no solamente — un gran Embajador de Polonia durante su vida aunque sin título y sin nombramiento, pero que conquistó esta situación por su trabajo y por la silenciosa y unánime voluntad de la Nación Polaca, que no obstante la opresión supo demostrárselo, cuando antes de su muerte visitó a su patria — Domeyko ha sido más — ha sabido crear alrededor del nombre de Polonia un gran afecto, una admiración sincera, algo tan perdurable, que esta atmósfera en las relaciones mutuas entre nuestros países es lo que determina en gran parte su intensidad y su cordialidad.

Sin Domeyko, Polonia habría quedado más lejos de los corazones chilenos y Chile habría quedado más lejos de los corazones polacos.

Yo, en nombre de mi Gobierno, rindo un cálido homenaje a este gran hombre y patriota polaco, quien por sus obras se convirtió en un gran chileno, en primer lugar porque ha sido él quien ha forjado la amistad polaco-chilena.

La obra de los grandes hombres no es solamente lo que se ve, lo que han creado en su vida, esta obra se queda en forma invisible en las mentes y en los corazones de las generaciones venideras e influye en sus ideas, sus puntos de vista y las opiniones que forman, así ha sido también la obra de Domeyko, es como el perfume que exhalan las flores, solamente es un perfume que no conoce distancia ni límites del tiempo, nosotros todos vivimos en el perfume que exhala la vida y obra de Domeyko.

Si en este momento el alma de Domeyko mirara hacia la tierra chilena, tendría todos los motivos para regocijarse, viendo como la semilla por él sembrada no se ha perdido sino en contrario ha dado sus frutos.

En estos momentos, cuando mi patria sufre y lucha de nuevo por su libertad, cuando de nuevo nubes negras entre las cuales se vislumbra, siempre más cerca, el sol de la esperanza, cubren su cielo, nosotros hemos sentido muy de cerca la mano amiga y afectuosa de Chile, hemos visto que el espíritu de Domeyko flota sobre esta tierra y que el corazón chi-

leno, el corazón de todos sus hombres, empezando por los más altos dirigentes de este país hasta el pueblo más humilde, está abierto para los sufrimientos de Polonia y trata de aliviarlos con mano fraterna.

Polonia no lo olvidará jamás como dice nuestro Presidente. La amistad entre nuestros dos países siempre creciente, la mutua comprensión, el estrechamiento de manos y de corazones es el mayor homenaje que podemos rendir en este momento a la gran figura de Domeyko.

Si él ofreció sus dotes, sus talentos y sus virtudes polacas a este generoso país, Chile trata de devolverlos con creces al país que le dió la vida: Polonia.

La persona de don Ignacio Domeyko

por Ramón Salas Edwards

Es posible estudiar a don Ignacio Domeyko en el desarrollo horizontal de su actuación y en la constitución vertical que define su persona.

Se puede seguir su vida y su obra, analizar su psicología desde los hondos sentimientos de amor a través de sus ideales en la ciencia, hasta llegar en función de su concepción del universo, a la paz espiritual de esta persona interesante.

Las fuentes primeras son las numerosas publicaciones de Domeyko, dadas a luz en 50 años de una vida fecunda (Memorias, IV, 58 y 240).

En materia científica ha enviado a París unos cuarenta artículos sobre exploraciones e investigaciones originales para ser publicadas en Annales des Mines; unos diez artículos menos especializados insertó en los Anales de la Universidad de Chile; sus lecciones de mineralogía y de ensayos fueron reeditados y ampliados varias veces.

Sobre asuntos educacionales, aparecen con frecuencia en las publicaciones oficiales, memorias, informes y discursos valiosos.

Finalmente una docena de artículos de interés general fueron publicados por Domeyko en revistas polacas, aún en los últimos años de su vida.

Así pues las emociones hondas han regresado a la expresión polaca.

Sus elevaciones intelectuales han buscado la clara lengua en que llegó hasta él, la formación científica en París.

En sus labores educacionales y funcionarias hablaba nuestra lengua con tal perfección, conociendo el latín, que la

Facultad de Filosofía y Humanidades le designó, muerto don Andrés Bello, para sucederle en el sillón.

Los historiadores que se ocupan de Domeyko poco aportan, independientemente de estas fuentes; pero hay una biografía contemporánea de gran importancia; son 144 páginas muy documentadas que don Miguel Luis Amunátegui publicó en 1867, cuando se eligió a Domeyko Rector de la Universidad.

«Yo, dice el autor (Pág. 3), he vivido bastante tiempo bajo el mismo techo y había de antemano formado apuntes de su vida; los ataques (de algunos que le han negado la competencia) me imponen en mi concepto el deber de apresurarme a darlos a luz.»

Este valioso testimonio contemporáneo cubre sólo la mitad de la vida fecunda de Domeyko, pues si ya tenía entonces 65 años de edad, vivió todavía 22 años más, eficiente hasta el fin.

Las huellas de este sabio en sus arduas exploraciones estivales de nuestras cordilleras, se pueden seguir en los museos mineralógicos, especialmente en nuestra Escuela y en su colección particular, que conserva cuidadosamente la familia. La especie mineral denominada Domeykita y las plantas y los fósiles que han recibido su nombre son testimonio del eco perdurable, que en otros sabios encontró su labor.

Hace dos meses recibí el encargo de hablar del Rector don Ignacio Domeyko, considerando su valor humano.

Agradezco este honor, especialmente porque ha sido para mí la feliz ocasión de conocer en una fuente inédita, un Domeyko nuevo, escondido, una corriente de agua clara, en cuya orilla he reposado largamente.

Hay en la familia del sabio, un verdadero culto del antepasado ilustre; en este santuario conocí un precioso manuscrito, el diario de Domeyko; con emoción profunda se accedió a ponerlo en mis manos reverentes, hasta el día de hoy; tal tesoro sólo en pequeña parte publicado, es la joya del santuario; es más precioso que los hermosos rosicleres de plata de la colección del sabio, que deben permanecer piadosamente envueltos entre paños, porque la luz los obscurece.

He leído y releído las memorias de Domeyko; por última vez voy a leer algunas páginas ahora.

Pero es necesario antes de este conocimiento vertical del alma, en breve esquema biográfico, ubicar la persona en la horizontal del tiempo.

*

Nació en 1802 en Lituania, la región septentrional de la Polonia, cuyos territorios han sido separados y se han refundido muchas veces a lo largo de su historia milenaria, por la eterna guerra de intereses continentales, raciales y políticos que convergen y chocan en estas planicies heroicas.

Nació seis años después de un reparto total de Polonia entre las grandes potencias limítrofes, en que Rusia obtuvo la región lituánica y la mayor parte del país.

Aspiró así Domeyko, en el ambiente, desde sus primeros años, un ansia de liberación; vió con esperanza a los legionarios polacos que invadían la Rusia siguiendo las banderas de Napoleón; pero la cruel retirada y el Congreso de Viena dejaron a Lituania nuevamente en poder del Zar.

Pertenecía a una familia de señores; estudió primeramente en un colegio congregacionista y luego en la Universidad de Vilna, donde obtuvo la licenciatura en ciencias físicas y matemáticas, a los 19 años.

Pero hubo de intervenir sus estudios universitarios y comparecer por sus ideas nacionalistas en el proceso de los filaretes y filomatas o amantes de la virtud y la verdad; había sido de los primeros miembros de esta sociedad idealista, que envuelta en romántico misterio, aspiraba a fortificar el alma de Polonia mediante el perfeccionamiento espiritual e intelectual; su amigo eterno el gran poeta Mickiewicz, cuatro años mayor, era el alma de este interesante movimiento y más tarde dió forma a su ideal nacionalista exaltado hasta el exceso por la realidad adversa, concibiendo a Polonia como un país destinado a ser víctima propiciatoria y redentora de las demás naciones.

Domeyko, literato, pintor y músico, gozó siempre de cierta sensibilidad romántica; pero en su vida feliz no tuvo cabida ninguna psicología apocalíptica.

Después del proceso fué relegado a las tierras de su familia; en ellas se quedó hasta la edad de 28 años y trabajó

este hombre que siempre encontró placer en los viajes y excursiones arduas, y que se conservó sano hasta los 86.

A fines de 1830, en distintas regiones de Polonia comenzaron a formarse cuerpos armados para combatir por la independencia contra la Rusia poderosa.

Campesinos con lanzas y guadañas afluían de todas partes para unirse a los insurrectos.

Cuando la marea alcanzó hasta las tierras de Domeyko, su primera participación fué hacerse cargo de un mensaje verbal para el general en jefe; pero fué creído espía por otros insurrectos; cuando ya lo tenían atado a un árbol para fusilarlo, el confesor que iba a darle la absolución, lo desató, y pudo regresar a su casa.

Poco después fué llamado a incorporarse a un regimiento que iba a pasar por esas tierras; se despidió tiernamente de su madre y de sus tíos que tenían sus casas en las vecindades; se presentó al general que no conducía todavía sino 800 hombres; fué citado para el día siguiente; volvió; fué autorizado para ir también esa última noche a su casa; de ella dos servidores quisieron seguir la campaña con él; en la mañana siguiente sólo pudo dejar la casa paterna después de orar emocionado y de besar la tierra; al regimiento, lo encontró muy cerca; el capellán militar quiso volver con él una vez más, para bendecir la casa paterna; ahí leyeron poesías de Mickiewicz y después de almorzar forzaron sus caballos para alcanzar el regimiento; fué designado ayudante del comando de un cuerpo nuevo formado por lituanos.

Domeyko, ya estaba en el ejército.

Esta revolución, imposible por la desproporción de las fuerzas militares, fué un sacrificio heroico, no desprovisto de líneas románticas.

Oíd, si no, estas frases de Domeyko: «Aquí se nos reunió un regimiento insurgente de caballería, bastante numeroso, bien vestido, armado de lanzas y sables y bajo el comando de la señorita Plater. La señorita Plater no contaba más de veinticuatro años. Sus ojos eran azules, estaba bien formada. Llevaba un capote gris que le llegaba hasta las rodillas, con cuello rojo adornado con encajes, que le sentaba mucho, kepi, cabello corto, botas de anchas vueltas y a la cintura un puñal y un sable pequeño; sus espuelas eran de plata. Montaba

graciosamente, siempre al lado de su amiga, que era linda, llena de vida y que a todo el mundo gustaba.» (Mem. I, 21).

A fines de Junio de 1831, se reunieron en Lituania unos catorce mil soldados; algunos de estos regimientos, entre ellos el de lituanos, tomaron posesión de Kovno sin resistencia; pero la derrota de otros en Vilna, levantó gran descontento; el batallón de Domeyko quedó en Kovno; pero como no tenían sino tres balas para cada soldado, hubo de retirarse ante fuerzas superiores.

Concentrados nuevamente los restos de estas tropas, se ordenó internarse en Prusia.

Los oficiales polacos no fueron desarmados por los prusianos; pero los soldados sí.

Dice Domeyko: «El primero que pasó la frontera fué el escuadrón con banderolas blanco y rojo que dos meses antes había despertado en mí, la más dulce de las esperanzas que haya tenido jamás, causándome una alegría que no iba a volver nunca.» (Mem. I, 33).

Este desengaño penetró en su espíritu a los 29 años de edad.

La epidemia de cólera reinante, hizo necesaria una cuarentena; Domeyko vendió su caballo y terminó su vida militar que había durado dos meses.

Concluída la guerra, no pudieron ni regresar a Polonia, ni quedarse radicados en Alemania, los polacos que no quisieron aceptar la amnistía y el régimen establecido.

Selectos emigrados irradian en éxodo hacia todos los países, dando realidad histórica a la visión de Mickiewicz: el martirio de Polonia, para otras naciones, fué una luz.

El poeta y Domeyko, en uno de los grupos de emigrados continúan su camino, rumbo a Francia, el año 32, reinando Luis Felipe.

Llegan los emigrados a París y Domeyko, que anhelaba por esta ciudad como foco de luz y capital de la civilización, quiere conocer todos sus valores.

El futuro maestro pasea errático su interés intelectual principalmente por las clases libres de ciencias físicas y matemáticas en la Sorbona y en el Colegio de Francia; analiza psicológicamente a cada profesor; conservará duradera la imagen de algunos sabios; dice de Gay Lussac: «Todo lo que se puede leer en los labios y en los ojos de hombre tal, mien-

tras se le observa abstraído en la explicación práctica de lo que él mismo ha descubierto, difícil será encontrarlo en los libros y ya nunca se olvidará»; pero no todos los sabios sabían transmitir su ciencia; recuerda en cambio éxitos teatrales de profesores incapaces de profundizar; entre ellos del profesor de química que dijo, estando presente un miembro de la familia real: «el oxígeno y el ázoe van a tener el honor de combinarse, ante vuestra alteza.»

Su gratitud es sobre todo para Elie de Beaumont que hacía la clase de geología en el Colegio de Francia, con el cuerpo inclinado, fijos los ojos en tierra, tragándose las sílabas y perdiéndose en detalles; pero que despertó en Domeyko desde el segundo día una curiosidad científica, que durante una larga y penosísima excursión geológica, maduró en vocación profesional.

Por consejo de este maestro, el intelectual errante, cesó en su vuelo, y se matriculó en la Escuela de Minas y dejó todo lo demás; pero no el curso superior de mecánica racional del Colegio de Francia, porque amaba su ambiente de intimidad espiritual: eran tres discípulos en torno a Binet, el viejo maestro, creador del elipsoide de inercia.

Siguió sus estudios profesionales brillantemente y recibió su título de ingeniero de minas, tres años más tarde, en 1837, cuando ya tenía 35 años de edad.

Poco después de obtener su título, Domeyko hizo el reconocimiento de unas minas para unos millonarios de Alsacia. «En medio del bosque, dice (Mem. I, 183), trabajaba feliz; pero en medio del lujo y el champaña me parecía ver a través de la puerta del salón, el rostro de mi madre triste, como si tuviera algo que reprocharme.»

Inopinadamente recibió carta de uno de sus maestros de París, diciéndole que el Gobierno de Chile buscaba un profesor de química.

Revivió: era su camino.

Pronto firmó un contrato para enseñar en Coquimbo, salvando su intención de regresar a Polonia si llegaba la esperada guerra y partió de París en Enero de 1838.

Durante 9 años desempeñó su cargo de profesor de Química y Mineralogía en el liceo de Coquimbo y aceptó a continuación la misma cátedra en Santiago, llegando a completar

46 años de profesorado ejemplar, de exploraciones esforzadas e investigaciones valiosas y de una actuación que es honor para nuestra profesión de ingenieros; pues, árbitro entre intereses cuantiosos, encarnaba la fórmula colonial «la verdad sabida, la buena fe guardada» que repetía con placer; estudió también en una memoria notable, la reforma de la instrucción pública, que fué fundamento de varios decretos orgánicos.

Pero no me corresponde contemplar al sabio profesor ni al pedagogo, ni al ingeniero eminente.

Una ley de privilegio le otorgó la naturalización en 1848 y Domeyko, como dice Amunátegui (pág. 87), confirmó algún tiempo después su calidad de chileno, casándose con la señorita Enriqueta Sotomayor Guzmán.

Fué designado miembro fundador de la Universidad, cuando aun era profesor en Coquimbo, uno de los doce de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas; llegado a Santiago fué nombrado miembro del Consejo Universitario.

Virtualmente es Domeyko el primer Rector y el organizador de nuestra universidad docente.

Durante los primeros 25 años la Universidad no tuvo ni profesores ni cátedras; era una academia de letras y de ciencias y un consejo fiscalizador de la enseñanza de humanidades y profesional, que otras entidades impartían.

Era en el Instituto Nacional donde se enseñaban algunos ramos de leyes, medicina y matemáticas.

Domeyko amaba las universidades docentes que había frecuentado; pero mucho tuvo que luchar para obtener que esta Universidad tuviera como misión la enseñanza superior y que fueran los profesores, miembros de las Facultades.

Don Manuel Montt, ganado a la reforma, nombró a Domeyko delegado universitario en el Instituto Nacional, dando completa independencia dentro del establecimiento a los estudios superiores; la dirección de ellos y su fomento admirable, estuvieron confiados al sabio maestro durante los 15 años que precedieron a su elección de Rector, pero con este título modesto, delegado universitario.

Después de su elección, en 1867, se hizo innecesario este cargo, porque el primer rector virtual y organizador de nuestra Universidad docente, era ya el Rector real.

Fué cuatro veces reelegido; pero su insistente renuncia tuvo que ser aceptada al fin, el año 1883, cuando era ya octogenario.

No cabe tampoco analizar ahora su labor funcionaria; la obra de Domeyko trasciende la documentación burocrática; el fué en la Universidad la cepa selecta injertada en la fuerte idiosincrasia nacional; del fruto de la vid bebemos todavía.

Partió pues en Mayo de 1884 para realizar el viejo anhelo de ver a Polonia, después de 53 años de ausencia.

Lo despidieron en la estación, senadores y diputados, amigos y estudiantes, honrándole como a un vencedor con el himno nacional; en el carro reservado del Presidente de la República, una comisión le acompañó hasta el puerto.

Con los ojos húmedos y el corazón oprimido, dice, bajé al camarote. «Adiós, Chile. Te doy gracias por mis 46 años de vida laboriosa; por tu hospitalidad; por la dignidad de ciudadano que tú me has dado; por la familia, la consideración y el afecto que he encontrado en tu nación; gracias por el bienestar de mis últimos días; por los consuelos y goces espirituales de que Dios me ha llenado en tus iglesias, con los que ha sostenido mi vejez.» (Mem. V, facs. I, pág. 9).

Iba con sus dos hijos varones Hernán y Casimiro; su única hija Anita, casada en Chile hacía ya seis años con León Domeyko, residía desde entonces en Polonia.

Al pasar por Cracovia y Varsovia, recibió los homenajes de las Academias y las Universidades y manifestaciones del amor de todos; se declamaban las viejas poesías escritas en su honor; en una de ellas se había profetizado: nunca seremos viejos; se le coronaba de laureles; la prensa le saludaba.

Muerto Mickiewicz en el destierro, hace años, Domeyko sólo pudo visitar las ruinas de la casa del mayor de sus amigos; para conservar un recuerdo hizo de ellas un dibujo evocador; al día siguiente se desplomaron esos arcos y esquinas de muros; había ya pasado el que esperaban (Lastarria Cavero, Ignacio Domeyko, pág. 118).

En Lituania peregrinó por las tierras contiguas que eran propiedad de las numerosas ramas de la familia de Domeyko; en la casa paterna subsistía sin reforma la pieza en que había besado las manos y los pies del cadáver de su padre, 74 años antes; visitó hermosas tumbas de seres inolvidables; contempló

como propia la encina bajo la cual habían administrado justicia sus antepasados, porque él llevaba el anillo hereditario de quien según la ley antigua, era elector y elegible como magistrado; al entrar en las casas solariegas recibía de los amos, pan, sal e hidromiel, según el uso venerable, y saludaba emocionado con el beso tradicional a los amos y los servidores.

En la magnífica residencia de su hija encontró al fin, la dulce paz que buscaba; pero su reposo fué interrumpido mes y medio más tarde.

El ilustre anciano revivía los días de su partida y el ambiente de insurrección; ausente, no se había habituado a la nueva vida en el curso de medio siglo; algunas de sus frases levantaban un revuelo de nacionalismo y las autoridades rusas se lo manifestaron; el sabio, temiendo comprometer a los suyos, se alejó por un tiempo de Lituania.

Emprendió un largo viaje: seis meses en París, cuatro en Roma y cuatro en el Oriente.

En la querida capital de Francia, rememoró sus estudios de medio siglo antes, visitando clases en la Escuela de Minas, en la Sorbona y en el Colegio de Francia.

Los hijos de los viejos emigrados organizaron manifestaciones en su honor; pero la noticia de la muerte de Odyniec oprimió el corazón del viejo amigo.

Roma, que nunca había visto, fué una triple revelación para su alma piadosa, su espíritu culto y su sentimiento artístico.

En la audiencia de León XIII, se emocionó profundamente cuando el Papa, posó sus dos manos sobre la cabeza de Hernán Domeyko, orando por su salud, para que pudiera proseguir los estudios eclesiásticos: el hijo no continuó el viaje con su padre, se quedó en Roma y reanudó sus estudios (Mem. V, fasc. 16, pág. 6).

Don Ignacio Domeyko en Tierra Santa revivió, paso a paso, la historia de Jesús; esta alma superior, en su edad extrema, se expresa en términos que respiran ya, la vida eterna.

Regresó a Polonia después de este viaje interesante, a la casa amada y gozó ahí tres años de preciosa paz; hecha aún más íntima por un segundo viaje a Roma para asistir a la ordenación sacerdotal de su hijo.

Don Ignacio Domeyko regresó a Chile y apenas dos meses más tarde, murió, el 24 de Enero de 1889: cumplida su aspiración de polaco, vino a morir a su patria adoptiva.

Su hijo sacerdote cubrió el cadáver con tierra traída de Polonia; todos los sintieron; muchos le lloraron; en la oración fúnebre enunció don Rodolfo Vergara los tres más grandes y puros amores de su vida: amor a la patria, amor a la ciencia, amor a la fe.

*

Hemos volado sobre esta larga vida hermosa y fecunda; ahora para terminar, detengámonos a leer algunas páginas del diario de Domeyko.

Escribió estas memorias en polaco, porque toda su vida, afirma, ha orado, amado y pensado en polaco; son un desahogo del alma porque no sabe si algún día otra persona llegue a releerlas; pero él las revive completamente y anota y recapitula con cariño. (Mem. IV, 68).

El original se guarda en el museo Mickiewicz de París que posee miles de manuscritos históricos y recuerdos de emigrados polacos.

Anita y León Domeyko, llevados a París por una de las trágicas marejadas de Polonia murieron sin descendencia; tradujeron las memorias al francés y vino a Chile este manuscrito francés, de unas 3,000 páginas, que durante estos dos meses he tenido en mis manos.

En el primer tomo relata Domeyko su vida desde la salida de Polonia el año 1831 hasta la venida a Chile (es la única parte traducida al castellano, pero inédita, 184 folios).

Del tomo segundo, la primera parte es el diario del viaje de París a Coquimbo (580 págs.), y la segunda, el relato de lo que hizo y vió en el país y de sus exploraciones científicas mientras tuvo el cargo de profesor en Coquimbo (750 págs.); pero en el tercer tomo está el viaje a la Araucanía, hecho también en esa época (480 págs.).

El tomo cuarto es una breve memoria retrospectiva de su vida y actuación en Chile hasta su viaje a Europa (250 págs.; publicadas en castellano por la Revista de Chile, 1899-1900).

En el último tomo refiere este viaje y en un suplemento escrito el año 1888, la ordenación sacerdotal de su hijo en Roma (820 págs.; de ellas faltan unas 40; el suplemento está en el fascículo 18).

He traducido de este precioso manuscrito algunas páginas continuadas, porque he temido que una selección de trozos interesantes a través de los cinco tomos, no fuera independiente sino función de mis propias concepciones.

Forman estas páginas que voy a leer, una sección completa del tomo IV (págs. 193 a 207); son los años 1876 y 77 en la recapitulación de su estada en Santiago, escrita por Domeyko durante el viaje a Europa.

«Nada más diré sobre los muchos incidentes que me arrancaban de mis amadas lecciones: química, física y mineralogía y de mis trabajos en el laboratorio.

»Mi clase de cada día, improvisada en gran parte y que a veces prolongaba hasta dos horas intercalando experiencias y mis propios trabajos químicos, eran todo mi consuelo.

»Siempre que por una discusión, un asunto desagradable, o difícil, me sentía confundido o de mal humor, la lección me hacía recuperar la calma; tranquilo salía de la clase para ayudar en el laboratorio a los alumnos o me encerraba en el gabinete de mineralogía donde siempre encontraba nuevas muestras, que mis antiguos alumnos me habían enviado de sus minas.

»Cada día a las cinco más o menos regresaba a mi casa cansado; mi hija Anita me esperaba para comer; visitaba mi jardín, y no me faltaba tiempo para cultivar, podar y trasplantar.

»Después llegaba la hora de los libros que había que hojear para preparar mi lección del siguiente día.

»Las mañanas no eran más descansadas: cada día la misa en los Padres Capuchinos y luego algún estudio.

»Los domingos y días de fiesta, olvidaba todo lo concerniente a la Universidad y según mi costumbre ya antigua, fuera de las horas de la iglesia y de paseo con mis hijos, leía los diarios y libros de Polonia y no escribía sino en polaco.

»Esta era mi vida desde la muerte de mi mujer, después de mi segunda elección para el cargo de Rector.

»Tenía noticias de mi país, pero cada vez más tristes, por el diario *El Tiempo de Cracovia*, siempre bienvenido y, por las cartas de Bohdan Zaleski, de Eduardo Odyniec, de Laskowicz y de mi familia.

»Vivía la octava década de mi vida; todos sonreían ya de mi nostalgia y yo mismo no osaba alimentar más la esperanza de que Dios me permitiera aún, ver la tierra en que están las tumbas de mis padres.

»Un día del verano de 1876, recibí anonadado una carta con gran luto; se me anunciaba la muerte de mi hermano Casimiro; sentí en ese momento que en mi corazón algo se rompía, era el último lazo que me ligaba con la familia de la patria, era el último de los que había dejado al salir.

»Poco después, uno de mis sobrinos de regreso de Siberia, adonde había sido desterrado después del 63, me comunicó su intención de venir a América para saludarme en nombre de toda mi familia.

»Poco creía yo que este proyecto pudiera realizarse, pero una segunda carta me anunció positivamente la llegada de mi sobrino León.

»Dejando sus bienes y negocios sólo venía por un mes; retenerlo más por mi agrado, tampoco yo podía.

»Su estadía aquí, fué para mí la historia viva de los acontecimientos de familia y de la vida pública desde la guerra de 1830; para él fué la historia de mi vida de exilado.

»Le presenté a las personas principales de la capital y al Presidente.

»No me cansaba nunca de su presencia en casa mía; pero sin embargo no me permití interrumpir por su estadía, mis ocupaciones en la Universidad.

»Las horas de mi ausencia las pasaba León con mi hija y la familia.

»Muy pronto transcurrió el mes y León aceptó prolongar su pártida 15 días más.

»Al llegar el plazo, lo acompañé con mi hija a Valparaíso, y nos alojamos en casa de la señora Sotomayor de Leighton, la hermana de mi mujer; antes de separarnos pasamos ahí un día entero, durante el cual un solo pensamiento me perseguía: pudiera ser que nunca viera a nadie más de mi familia.

»Todos estábamos tristes, León silencioso.

»Al día siguiente, al alba, un cañonazo disparado desde el vapor advertía a los pasajeros la próxima partida. No estaba aún vestido cuando León pálido y profundamente emocionado entró en mi pieza, y con pocas palabras me pidió la mano de Anita.

»Llamé a mi hija, y ella confesó sus sentimientos por León. Dios os bendiga pues hijos míos, les dije: pero tú, León, tú debes volver a tu país, y si un año no cambia en nada vuestras inclinaciones, tú volverás y os casaréis; si Dios lo quiere.

»Nos abrazamos tiernamente. A las 10 estábamos a bordo. Los prometidos tuvieron todavía una hora para conversar, hasta que los separó el ruido de cadenas, al levar el ancla.

»Llevé a mi hija a casa de su tía, y para distraerme, caminando por la costa, llegué a una bahía lejana: Playa Ancha.

»El cielo estaba nublado y mi alma triste.

»Pensamientos más y más tristes y toda suerte de temores asediaban mi espíritu debilitado por los años. Las olas del mar agitado, rompiéndose en la roca, eran el acompañamiento de mis ideas tumultuosas, y apresuraba mis pasos huyendo del fantasma del porvenir que me seguía.

»Mas esto no duró; desde que sentí la necesidad de confiar en Dios, volvió la calma, serenáronse el corazón y el espíritu, y me detuve un momento.

»Se percibía todavía a lo lejos el vapor que luchab acontra el viento sur; ya desaparecía en el horizonte cuando me pareció que alguien en voz muy baja me decía estas palabras: en un año volverá León, entonces tú, como él ahora, irás a tu país, acompañado por tu hija y por tus dos hijos.

»Lleno de alegría me puse en marcha; ese momento me ha rejuvenecido cincuenta años.

»Por cuarta vez desde mi llegada a América, hacía cuarenta años, la esperanza y el deseo de volver a mi país se habían despertado; pero esta vez no preveía ni impedimento ni dificultad.

»Volvimos el mismo día con mi hija a Santiago, porque no podía permitirme una interrupción más larga de mis deberes.

»Sin dar parte a nadie del futuro matrimonio de mi hija y del proyecto de regresar con ella a mi país, me entregué con más celo que nunca a mis ocupaciones, con el fin principal de completar ciertas reformas indispensables en la organización de las escuelas y de la Universidad, y para terminar trabajos inconclusos en el laboratorio químico y ordenar el gabinete mineralógico.

»La república estaba entonces gobernada por Pinto, recientemente elegido presidente, hijo del general, de cuya casa yo era muy amigo.

»Podía pues contar con seguridad que a la expiración de mi rectorado, dentro del año y medio, se aceptaría mi renuncia de profesor y mi jubilación.

»Mi sobrino León volvió a Chile cuando aún no había pasado el año.

»Sin apresurarnos mucho hacíamos nuestros preparativos para el matrimonio y para nuestro largo viaje.

»Se acercaba el día de la elección de Rector de la Universidad, que debía tener lugar en el mes de Septiembre de ese año, 1877, el día de San Miguel.

»De antemano había prevenido a mis amigos cuya intención conocía de hacerme aceptar una vez más esta dignidad, de que yo estaba decidido a retirarme del servicio, no solamente por mi edad avanzada (tenía 75 años) sino que también por necesidad de reposo y deseo de visitar mi país natal.

»En vista de esto, los partidarios de Varas se proponían confiarle el cargo y los radicales pensaban en su candidato propio.

»Sin tener mayores informaciones, fuí el 29 de Septiembre a la elección, acompañado de León, consolándole y consolándome yo mismo, con que era esta la última vez que me presentaba en la asamblea.

»Fuí recibido con aclamaciones, que juzgué manifestación de gratitud por mi rectorado y despedida.

»Se votó, y después de contar los votos secretos, resultó que la gran mayoría era por mí.

»No estaba yo preparado para agradecer esta nueva prueba de confianza, y además un agradecimiento de mi parte no habría podido ser sincero en ese momento, pues inmedia-

tamente pensé que esto iba a postergar otra vez por mucho tiempo mi partida para Europa.

»Sin embargo esta prueba de estimación y de confianza de parte de los chilenos, con los que estaba unido de alma y corazón hacía ya 40 años, me había conmovido y encantado tanto, que era capaz de sacrificar por ellos no sólo los pocos años que me quedaban de vida, sino la misma vida.

»Quedó a la vista que los partidarios del señor Varas y también los del señor Barros Arana, más liberales aún, no apoyaban esta vez sus candidatos con obstinación, sino que manifestaron benevolencia hacia mí.

»Todos me felicitaron y yo les agradecí a todos con emoción.

»De regreso en la casa, abrazo a mi hija, a mi futuro yerno, y a mis hijos; no hay mucho que reflexionar; está claro que si es la voluntad de Dios, en cinco años más no será tarde todavía para ver mi patria desgraciada, residir ahí un tiempo en casa de mi hija que entonces ya será dueña de casa polaca, y volver en seguida donde mis queridos chilenos para mostrarme reconocido a sus bondades.

»Mientras tanto, mi hijo mayor, alumno del seminario, se habrá preparado para ser sacerdote y el menor tendrá ya edad para elegir carrera.

»Tres meses más tarde, los recién casados se encuentran ya en viaje sobre el mar; yo he vuelto a mis ocupaciones y deberes con el mismo empuje de antes.»

Señores, en verdad humedece el rostro la fresca brisa levantada por la corriente cristalina que fluye entre estas hojas.

Domeyko personifica una eterna antinomía espiritual: el dolor y las acritudes de la vida son compatibles con la íntima paz del alma inexpugnable, aspiración clásica de la filosofía en todas las edades.

Las emociones científicas de Domeyko ante las bellezas intelectuales y plásticas de la creación, son homenajes ante un altar, y los quema con la unción de litúrgicos perfumes.

No le alteran las agresividades del mundo y apenas aflora alguna dureza en sus palabras cuando defiende la enseñanza

frente a las personas y los grupos que por interés, ambición o pasión política, pretenden restringir o desorganizar la sublime misión, que extiende por el orbe la luz de la verdad.

Domeyko, desterrado hijo de Eva en este valle de lágrimas, tuvo paz y fué feliz.

La tesis y la antítesis, las ha fundido en la síntesis de la concepción cristiana del universo, que actualiza con pureza.

El hombre elevado al orden sobrenatural es hijo de Dios; el mundo, obra de su padre, un hermoso tesoro de familia; los hombres, herederos de la misma gracia y de la misma gloria; herencia que partida, en nada disminuye y es lazo fraternal de unión.

En suma: Domeyko es armonía.

DISCURSO

por el Dr. Bogumil Jasinowski

Excmos. Señores Ministros, Monseñor Nuncio, señor Rector, señor Decano, señoras y señores:

Encargado por el gobierno de Polonia de representarlo junto con sus universidades dentro del cuadro de las festividades del Centenario de la Universidad de Chile, me siento muy honrado al poder traer a ésta los saludos fraternales de las universidades de Polonia, y, especialmente, al hacer uso de la palabra en este día, tomando parte en el homenaje a don Ignacio Domeyko, héroe polaco, hijo de la tierra de Vilna y alumno de su Universidad, ilustre hijo adoptivo de Chile.

Los oradores que me precedieron han puesto de relieve los diversos aspectos de las actividades del sabio y organizador de la instrucción pública; querría yo completar el retrato de aquel hombre inolvidable, refiriéndome a las raíces de donde derivó, a las influencias que experimentó, a la atmósfera espiritual de Polonia de entonces y de la Universidad de Vilna en que vivió, es decir, querría hablar de las fuerzas que lo formaron y que hicieron de aquel joven de Vilna el hombre cuya memoria veneramos. Realmente, es poco común el destino de aquel varón. Dedicarse desde joven a los estudios científicos, fundar y dirigir una sociedad estudiantil con los rumbos más elevados que debía ser clandestina en las condiciones trágicas de entonces, pero que no pudo serlo; sufrir persecuciones de las fuerzas opresoras, y después, luchar con armas contra las invasoras de la patria; verse constreñido a dejar todo lo que quería por hallar al lado del otro océano

un país hospitalario, al cual pudo ofrecer todo el cariño de que fué capaz; y, con todo esto, nunca olvidar al país natal, haciendo de su corazón una capilla ardiente del más puro y noble patriotismo, vivir así unos cincuenta años con el anhelo perpetuo de volver a la tierra patria antes de morir, llevando siempre consigo un saquito de la tierra polaca para que lo acompañase en el ataúd, anhelarlo todo, y, en fin, realizarlo — he aquí rasgos tan poco comunes de esta vida que la levantan al nivel de una epopeya romántica. Pero, no se puede comprender aquella epopeya sin penetrar en el alma de Polonia y su herencia viva en el alma de Domeyko.— Una vez más, repito, voy a hablar de la formación de Ignacio Domeyko.

El reino de Polonia, formando la tierra fronteriza de la civilización occidental al Este — semejante a España, tierra limítrofe de aquella civilización al Oeste — como se sabe, tuvo contactos estrechos con Europa Occidental desde su fundación en el siglo X. Aquellos lazos se hicieron aún más estrechos en la época del Renacimiento, haciéndose Polonia misma, durante el siglo XV, una de las grandes realizadoras del Renacimiento y Humanismo europeos. Sus universidades y, especialmente la más antigua — la de Cracovia, fundada a fines del siglo XIV y llamada Alma Mater Jagellonica — tuvieron un papel bien marcado en la elaboración del patrimonio espiritual de Europa.

Cabe observar que aquel Humanismo polaco, con toda su predilección por la cultura clásica, es decir, por el cultivo del latín y griego, nunca volvió la espalda a la ciencia de la naturaleza: en verdad, a partir del siglo XIII hasta el siglo XVII, numerosos son los sabios polacos que se dedican al estudio de la naturaleza. El investigador de la óptica, Vitelio, con su famosa «De perspectiva» en el siglo XIII y el astrónomo de Dantzig, Hevelius, quien quiso inmortalizar al Rey Juan Sobieski, libertador de Viena, dando a una constelación por él descubierta, el nombre de Escudo de Sociedad (Scutum Sobiescianum) marcan los puntos extremos de aquel desarrollo, cuyo punto culminante fué Nicolás Copérnico, el alumno más célebre de la Universidad de Cracovia.

Sin embargo, en la época siguiente al Renacimiento, esto es en los siglos XVII y XVIII, se puede observar en Polonia

un debilitamiento del interés por las ciencias exactas, mientras iba aumentando la influencia del clasicismo puro. Cabe recordar que el más grande escritor neolatino del siglo XVII fué Sarbiewski — Sarbievus en la forma latina de su apellido—, celebrado en toda Europa como un Horacio moderno, alumno y maestro también de la Academia de Vilna: por esta razón uno de los patios de nuestra Universidad, restaurada en el año 1919, lleva el nombre de Sarbiewski. Entre tanto, el siglo XVIII vió madurar el desarrollo del absolutismo estatal — época del Despotismo Ilustrado — tan ajeno y francamente opuesto a la constitución individualista de la República de Polonia, con su debilidad del poder ejecutivo; así tuvieron lugar sucesivamente las tres particiones de Polonia, que hicieron desaparecer en 1795 del mapa de Europa, después de nueve siglos de existencia, aquel estado, el más grande entre los estados europeos por su superficie (abstracción hecha de Rusia) y uno de los más populosos.

Sin embargo, la inminencia del peligro nacional desde el primer reparto en el año 1773 y el estado de peligro permanente después de los otros, dieron a la cultura e instrucción de Polonia, una orientación nueva, sacudiéndola y sacándola de la rutina: dirigiéndola hacia rumbos nuevos, la hizo de un salto superar a algunos de los países más progresivos de Europa. Es así como un decenio apenas después del primer reparto, se crea la célebre Komija Edukacyjna, Comisión de Educación Nacional — el primer Ministerio de Instrucción Pública en Europa; primera también en el orden cronológico fué la Constitución polonesa del 3 de Mayo de 1791, anticipándose así en cuatro meses a la primera constitución francesa del 4 de Septiembre del mismo año. Con la Comisión de Educación Nacional, una idea nueva tomó cuerpo; *Primero:* el poderío de un pueblo debe descansar en la instrucción pública; *Segundo:* la instrucción debe orientarse hacia las ciencias experimentales, sin romper por esto con la tradición de la enseñanza clásica. Quizá a alguien entre mis auditores se le ocurra en este momento mismo pensar en la actividad y actitud de Ignacio Domeyko — si así fuese, se habría comprobado la oportunidad de estos relatos míos. Pero, volvamos a nuestro tema.

Ni la actividad estupenda de la Comisión de Educación Nacional, ni tampoco las leyes de la Constitución del 3 de Mayo hallaron una realización completa. Permanecieron como una guía en las tinieblas de la existencia, como un testamento político y al mismo tiempo, como un símbolo de esperanza. Inspirándose en aquellas fuentes se hizo más y más amplio el movimiento del renacimiento espiritual polaco, adquiriendo este último muchos rasgos de índole romántica y se echaron así las bases de una de las corrientes más características de la primera mitad del siglo pasado, la del Romanticismo Polaco. Sus vates son los tres grandes poetas de Polonia con Adan Mickiewicz, amigo íntimo de Domeyko, en la primera línea. En este movimiento romántico — el romanticismo en Polonia como también en muchos otros países significó una cierta renovación interior — el papel preponderante cupo a las provincias orientales de Polonia, Volynia con su famoso liceo de Krzemieniec y, sobre todo, a la provincia de Vilna con su famosa Universidad. Aquella universidad, fundada como «Academia Vilnensis» por el Rey Esteban Batory en el año 1578 (es por esto que nuestra universidad se llama Universidad Esteban Batory); reformada con el nombre de Universidad en el año 1803, se hizo el hogar principal de la instrucción y cultura polaca de entonces, de donde irradió por el resto del país, atravesando las líneas fronterizas, establecidas por los tres estados dominadores de Polonia entre los tres pedazos de un cuerpo viviente. La herencia espiritual de la Comisión de Educación Nacional, se hizo viva en la actividad del Curatorio de Instrucción Pública de Vilna, estando éste a cargo del Príncipe Adam Czartoryski, amigo del Zar Alejandro I de Rusia.

Siguiendo las indicaciones de la Comisión de Educación Nacional que reservaban un lugar prominente a la instrucción primaria, el Curatorio de Vilna pudo ver con satisfacción el número de escuelas primarias en su terreno — terreno éste que, por la cifra de la población, no alcanzaba ni siquiera a una décima parte de la población entera del Imperio Ruso — crecer más y más, alcanzando en el año 1820 el número de 430 escuelas con 21,174 alumnos, o sea, la cuarta parte del número correspondiente dentro del Imperio Ruso, mientras que el número de los gimnasios o escuelas secundarias, se elevó

a más de ciento. Pero el lugar de honor en aquella actividad fué asignado a la Universidad de Vilna, con sus cuatro facultades y un número de mil y algunos cientos de estudiantes, bien considerable en aquella época. La tradición clásica polonesa halló su expresión adecuada con la enseñanza de filólogos tan destacados como Crodekc; cabe recordar a título de ejemplo cómo Domeyko manejaba la lengua latina, de cuya enseñanza siempre fué partidario y, como su amigo Mickiewicz escribió en París, después de tantos años, odas latinas en honor de Napoleón III para festejar las actitudes de éste en favor de Polonia. Sin embargo, el astro de la Facultad de Filología fué el gran historiador Joaquín Lelewel, ídolo de la juventud estudiantil y, además, el que, después, tuvo un papel de los más importantes en el movimiento revolucionario de 1830 y la guerra polaco-rusa de 30-31. Después de aquella guerra por la independencia, Lelewel vivió en Bruselas y se distinguió como uno de los más grandes historiadores de la Edad Media y, especialmente, de la geografía histórica medioeval. Sus conferencias en Vilna eran las más concurridas, y uno de sus auditores más asiduos fué Ignacio Domeyko, el cual, aunque estudiante de la Facultad de Ciencias Físico-Matemáticas y Naturales, mostró tanto interés por la Historia universal y polaca que dejó dos grandes volúmenes de notas manuscritas que casualmente he tenido el placer de leer y examinar aquí mismo.

Con todo esto, el rasgo más destacado en la Universidad de Vilna fué el sitio de honor que tenían los estudios de las ciencias experimentales. El Rector de la Universidad, que tenía una autoridad preponderante en sus actividades, merced también a sus dones personales, fué el célebre astrónomo y matemático Juan Sniadecki, siendo su hermano menor el célebre biólogo Andrés, autor de una obra francamente precursora en su época: «Teoría de los Seres Orgánicos». Fué en esta Facultad, dirigida por hombres tan eminentes donde Ignacio Domeyko se inició en Física, Química, Mineralogía y Paleontología; ciencias éstas que continuaron siendo su ramo predilecto, el mismo cuyo conocimiento difundió en su segunda patria.

Pero el estudio de las ciencias de la Naturaleza en Vilna de entonces no fué un ejercicio de las fuerzas intelectuales

con el rumbo meramente utilitario y práctico. He aquí un fenómeno que tiene cierta analogía con el estudio de la Naturaleza en la Universidad de Oxford en el siglo XIII y la de Cambridge en el siglo XVII. Fueron ambas en sus tiempos respectivos un hogar dedicado al cultivo de la ciencia experimental, unido de modo estrecho a los estudios clásicos y animado al mismo tiempo de un cierto espíritu platónico-pitagórico, abierto para la contemplación de la belleza natural y armonía del Universo. Porque, el cultivo de las ciencias experimentales en una atmósfera de pura aplicación técnico-utilitaria es profundamente distinto del que se realiza en el ambiénte desinteresado de la belleza cósmica: con un proceder que parece el mismo, resultan diferentes el alcance teórico y el efecto educativo. Cosa extraña: parece que la ciencia de la naturaleza progresa más cuando el hombre se acerca a ella con un sentido de intimidad, que si prosigue rumbos puramente prácticos, degradando la naturaleza para dejarla desnuda de todo encanto. Porque hay una diferencia fundamental entre el *usar* de la naturaleza y el *gozar* de ella, aunque con ciertos rumbos de utilidad, entre *frui natura* y *uti natura*. Es por esto que Francisco Bacon quizás habría podido decir: «Naturae non imperatur nisi amando» (no se domina la naturaleza sino amándola), en lugar de su sentencia conocida: «Naturae non imperatur nisi parendo» (no se domina la naturaleza sino obedeciendo a sus leyes). En verdad, fué la atmósfera intelectual de la Escuela Neoplatónica de Cambridge en el siglo XVII la que produjo el gran Newton, discípulo del matemático Isaac Barrow, que fué también profesor de literatura griega en Cambridge. Ahora bien, el romanticismo de la primera mitad del siglo pasado hizo revivir muchos rasgos del neo-platonismo renacentista; contra el intelectualismo racionalista del siglo XVIII proclamaba él la prioridad del sentimiento y de la voluntad. «El sentimiento y la fe me hablan más fuertemente que el vidriecito y el ojo del sabio», dice Mickiewicz en uno de sus versos más conocidos. Lejos de despreciar el intelecto, la corriente romántica considerábalo en un ligamen estrecho con la emotividad humana, negándose a admitir la existencia de una facultad cognoscitiva, aislada de las demás.

La búsqueda del hombre entero que se revela en cada uno de sus actos, incluso sus actos cognoscitivos — tal fué uno de los rumbos ideales del romanticismo polaco. Si es así, no hay que insistir demasiado en las diferencias entre ciencia y arte, hay que cultivar una y otra, animadas ambas por el soplo del sentimiento religioso.

He aquí que llegamos al punto principal de nuestras consideraciones. La instrucción que se les ofrecía a los estudiantes en la Universidad de Vilna, de ningún modo fué lo esencial; esencial, en cambio, fué la educación, es decir los nobles rumbos educacionales que se proponían las sociedades estudiantiles de los Filomates, Filaretes y Radiantes. No bastaba ser un «filomates», o sea un amante de la sabiduría, el filomates debía hacerse «filaretes», amante de la virtud: ciencia sin virtud era considerada como algo sin valor verdadero. Actitud noble y fructificadora que debería inspirar también a la época actual. No hay que recordar aquí los trágicos destinos de aquellas sociedades que se proponían el cultivo de la ciencia junto con el de la virtud, ambas como la base verdadera del renacimiento de Polonia y de su liberación del yugo extranjero; no hay que revivir aquí el destierro de sus organizadores, Mickiewicz, Zan y Domeyko, en consecuencia de la persecución zarista. Basta comprender cómo la verdadera educación del hombre se formaba dentro de aquellas sociedades; basta esto para comprender que su formación definitiva Domeyko la recibió allá. La índole creadora de la Sociedad de los Filomates y Filaretes nos explica no sólo una cierta universalidad de sus intereses científicos, sino también su cultivo del arte musical y, sobre todo, sus altas calidades de escritor chileno. La herencia romántica de los ambientes espirituales de Vilna debía revelarse en el autor de «Araucanía y sus habitantes», porque éste, en busca de belleza, no pudo permanecer indiferente al encanto del idioma castellano, buscando en él la expresión adecuada de sí mismo. Se comprende ahora lo que decía a su respecto don Miguel Luis Amunátegui: «Don Ignacio Domeyko es una mezcla de sabio, de cristiano y poeta, la cual da a su persona y a su conversación un atractivo especial. Su cerebro es propiamente un templo en cuyo altar mayor está colocado Dios, y en los otros laterales, a la derecha, la ciencia y a la izquierda el arte.» Po-

demos ahora comprender también las raíces íntimas de la sentencia de Domeyko: «La fe unida a la ciencia inspira en el hombre pensamientos elevados y hasta heroicos.»

Heroica fué, en verdad, la vida de Domeyko, heroína la salvaguardia de la herencia que le dejó su patria y la Universidad de Vilna.

Dijo alguien: «*¿Qu'est qu'une grande vie? L'idée de la jeunesse, réalisée par l'age mure.*»

*

Heme aquí llegado al fin de estas consideraciones, ya demasiado largas. No quisiera, ciertamente, en esta hora de homenaje hacer vibrar los sonidos extraños al rumbo principal, mezclando los acentos dramáticos a la sublime serenidad de la fiesta. Sin embargo, me resultaría difícil y hasta imposible dejar en silencio las condiciones trágicas de las universidades polacas, de la juventud estudiantil y del cuerpo docente. Pocos son los profesores que siguen viviendo, enmudecida la juventud, es decir, la parte que se halla en vida. Hubo en Vilna, entre otras, una corporación estudiantil que se llamaba «Filomatia Vilnensis», que quiso en cierto modo continuar la tradición de los Filomates y de la cual yo mismo, fuí curador y miembro de honor, pero ¿cuántos han sobrevivido? La ciencia polaca y las universidades han sufrido y sufren lo indescriptible — así es que debo hablar no solamente en el nombre de los vivos, sino también en el de los muertos. Pero no puedo desesperar de que a Polonia *patiens* y a Polonia *militas* deba suceder *Polonia triumphans*.

Por esto espero que vendrá un día cuando habrá de hacerse oír la voz de las universidades polacas, resucitadas a la vida nueva.

DON IGNACIO DOMEYKO, COMO QUIMICO, MINERALOGISTA, GEOLOGO E IMPULSADOR DE LA MINERIA

por Tomás R. Leighton

Señor Ministro, señor Nuncio, señor Ministro de Polonia, señor Rector, señor Decano, señores, señoras:

Cuando concluyeron en Chile las guerras de la Independencia y comenzó la nueva organización del país, fué nombrado Intendente de la provincia de Coquimbo el General don José Santiago Aldunate, quien se distinguió por su interés en el desarrollo de la instrucción.

Gracias a los nuevos mercados abiertos en Inglaterra y a las mayores facilidades de transporte marítimo, la industria minera de esta provincia había alcanzado un estado floreciente, pero se hacía sentir la necesidad de técnicos para la minería, lo cual impulsó al Intendente Aldunate a implantar la enseñanza correspondiente en el Liceo de Serena.

Aprovechando el viaje a Europa del próspero industrial minero de la región, dueño de la fundición de su nombre, don Carlos Lambert, le comisionó para que contratara un profesor y comprara libros y material para la enseñanza.

Domeyko fué contratado en París para este objeto; pero al llegar a hacerse cargo de su puesto encontró que el Intendente había sido cambiado, y que, tanto el Ministro de Instrucción de la época como el nuevo Intendente de la Provincia consideraban que esta enseñanza estaba de más «porque los chilenos desde que nacían eran guerreros y mineros, para lo cual no necesitaban lecciones».

Sin embargo, ambos tuvieron el acierto de dar completa libertad de acción a Domeyko, el cual comenzó a enseñar ciencias nuevas sobre las cuales había una gran ignorancia y desconocimiento en el público.

Domeyko con gran entusiasmo y empeño, se dedicó a preparar sus clases, y atendió personalmente la construcción del edificio del Laboratorio y la instalación del mismo.

Además conferenciaba con los padres de familia para interesarlos sobre los nuevos estudios que iba a iniciar.

Comenzó con la enseñanza de Física y Química, siguiendo con un curso de Ensayes de Metales y Minerales, un Curso de Análisis Químico y un Curso de Mineralogía, Explotación de Minas y Mensura de Minas.

Hacía que sus alumnos ensayaran los minerales útiles y accesorios de las minas de la región, y luego los que aparecían en las muestras que recolectaba en sus excursiones a puntos más distantes.

En dos años de estudio logró formar así un grupo de catorce alumnos que, puede decirse, fueron los primeros Ingenieros de Minas que se formaron en Chile.

Entre los alumnos notables de Domeyko, pertenecientes a la Facultad de Matemáticas, puedo citar entre muchos a don Justiniano Sotomayor, don Uldaricio Prado, don José Ignacio Vergara, don Otto Harnecker, ya desaparecidos, a don Carlos Hermann y a don Eduardo Barriga, de quien he recibido una interesante carta. Entre los alumnos de la Facultad de Medicina, donde servía la cátedra de Química, deseo mencionar al Dr. don Aureliano Oyarzún, a la Dra. Ernestina Pérez, que recibió medalla de oro, a la Dra. Eloísa Díaz y al Dr. Carlos A. Gutiérrez.

Merecen mención especial entre sus alumnos, su hijo Casimiro, el ex-profesor de la Escuela de Ingeniería don Luis Ladislao Zegers y don Joaquín Echenique, aquí presente.

Paralelamente con sus labores docentes, Domeyko hacía un intenso trabajo de investigaciones analíticas de los minerales y materias primas que encontraba en el país.

Como se trataba de especies nuevas en el mundo, le fué preciso en muchos casos desarrollar métodos originales de los cuales deja constancia en sus trabajos publicados en los Annales des Mines, de Paris, y en su obra *Tratado de Ensayes*, publi-

cada en 1844 y de la cual se hicieron nuevas ediciones en 1858, 1873 y 1898.

Domeyko basó esta obra en el *Tratado de Ensayes* de Berthier, adaptándolo a las necesidades del país; pero no le bastó con hacer aparecer en ella lo que había aprendido y visto en su juventud en Europa, sino que la amplió y mejoró, como puede notarse por las muchas enmiendas, reformas y referencias a publicaciones de actualidad que aparecen en las distintas ediciones.

La prolijidad con que seguía el progreso de la ciencia en Europa y el cuidado que tuvo en mantener su obra a gran altura científica, la calidad del material y los resultados y métodos expuestos corresponden a la obra de un hombre superior, a la obra de un sabio.

Son notables la claridad y el acierto con que expone las teorías, y la forma en que describe los métodos analíticos.

Aunque se trata en numerosos casos de métodos que ya no se usan, y que los químicos de nuestros días desconocen, su descripción es tan clara y completa que el lector moderno tiene la impresión de poderlos aplicar inmediatamente sin dificultad.

Domeyko dedica un cuidado especial al adoptar sus instrucciones a las circunstancias. Hace descripciones explícitas y claras, acompañadas de dibujos cuidadosamente confeccionados de los útiles y aparatos de laboratorio que eran necesarios para efectuar con éxito los análisis.

Hizo los análisis elementales de los carbones de Lota, y determinó el poder calorífico de los mismos.

Toda esta enorme labor fué realizada en una época en que los conocimientos, aún los de química orgánica, eran limitados, y los aparatos y artefactos, muy primitivos. No se conocía la mayor parte de los aparatos que ahora nos parecen indispensables para efectuar y se carecía hasta de un vidrio resistente.

Si la obra de Domeyko como químico causa admiración, su obra como mineralogista fué aún más notable, pues este sabio figura entre los iniciadores de esta ciencia.

Estudió, analizó y clasificó un gran número de especies nuevas de minerales de cobre, plata, arsénico, antimonio, mercurio, bismuto, yodo, etc.

En los estudios de Química y Mineralogía fué el primero en Chile. La Mineralogía estaba sólo en sus principios, y fuera del Ensayo del Abate Molina se habían hecho muy pocas investigaciones.

En 1840 presentó a la Academia de Ciencias de París la descripción de la Arquerita, una amalgama nueva, y desde entonces no pasa un año sin que haga alguna publicación sobre minerales nuevos de Chile, Bolivia, Argentina y Perú.

El sabio Domeyko es también notable como geólogo, y también aquí es un precursor.

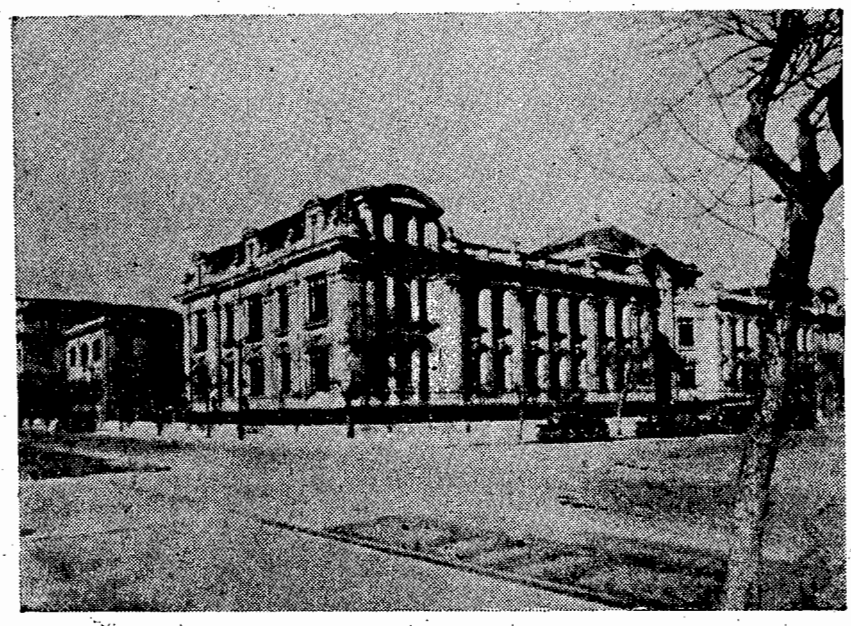
Cuando él salió de Europa comenzaba el desarrollo de la Geología moderna, a pesar de que todavía se presentaban discusiones entre «volcanistas» y «neptunistas», quienes atribuían respectivamente los fenómenos geológicos al volcanismo o a la acción del mar.

Aunque había ya comenzado la observación atenta de la naturaleza, prescindiendo de las especulaciones sin base, los métodos científicos estudiados por Domeyko en su juventud eran deficientes. Por otra parte las comunicaciones imperfectas con Europa no facilitaban el intercambio de ideas con los geólogos del Viejo Mundo. A pesar de estas circunstancias Domeyko realizó una obra sobresaliente, la que se debe a sus extraordinarias cualidades y a la firme base adquirida con la Química, que era la madre de la Mineralogía de entonces.

Parece que él sentía la imperfección de la ciencia geológica de entonces, de manera que, desligándose de las teorías de la época, se limitó a describir en forma clara lo que pudo observar en sus numerosos viajes. Este sistema de estudio es el que ha mantenido el valor e interés de sus publicaciones hasta nuestros días.

Antes de este eminente sabio, sólo el gran Darwin había escrito sobre la geología de Chile. Domeyko casi inmediatamente que llega al país inicia sus publicaciones en los Annales des Mines, comenzando con un estudio sobre la geología del Valle de Elqui.

En otro viaje hecho a las minas de Huasco y Copiapó describe ligeramente la geología general y la estratigrafía, abundando en las características y detalles mineralógicos de las minas.



Escuela de Ingeniería

En otra excursión llega a Coquimbo, pasando por Punitaqui e Illapel, para terminar visitando las minas de San Pedro Nolasco, en la región de Volcán del cajón de Maipo.

En 1846 emprende un viaje transversal por el país, en la latitud de Concepción, llegando hasta el volcán Antuco, que asciende estando en plena actividad. Describe el terreno terciario de la costa con sus yacimientos de carbón, y visita el Salto del Laja.

Dos o tres años más tarde explora el nuevo volcán que se había abierto en la Cordillera de Talca, entre los cerros Descabezado y Azul. Sin temor trepa la corriente de lava todavía en movimiento lento, hasta que las exhalaciones de azufre lo obligan a regresar.

Su descripción de esta exploración atrevida es verdaderamente dramática.

«El aire se sentía a cada paso peor e irrespirable; el viento no penetraba en la quebrada, y de trecho en trecho salía de algunas aberturas entre las piedras el aire cargado de ácido sulfuroso tan ardiente que convertía en un momento en carbón el papel metido adentro.

»El calor se hacía inaguantable, atizado por los rayos casi verticales del sol.

»Ya eran como las tres de la tarde cuando empezamos a descender, y en toda la bajada experimentamos mayores penas y trabajos que en el ascenso. El menor descuido al poner el pie nos exponía a deslizar sobre piedras y caer en respiraderos llenos de aire fétido, que me parecía una mezcla de ácido sulfuroso y de ácido muriático.

»Las fuerzas se debilitaban a cada momento más, la sed nos abrasaba, y muy luego me separé del hombre que me acompañaba, el cual se apresuró a adelantarse y fué más feliz que yo, acertando con la bajada hacia el estero, en cuya orilla pudo reponer sus fuerzas.

»Más de cuatro horas anduve todavía, errando en medio de aquellos riscos, y a duras penas logré llegar a la citada laguna, cuando las sombras de la noche ya se habían apoderado del valle y sólo en las nevadas cimas de los montes doraba el último rayo del ocaso.»

Sólo he podido por la limitación del tiempo, bosquejar a grandes rasgos, e imperfectamente, la obra del eminente

sabio que puso generosamente toda su ciencia y energía sobrehumana al servicio de su patria adoptiva.

La obra de Domeyko ha tenido importancia transcendental en el progreso científico y técnico de nuestra nación en el siglo pasado. Las investigaciones científicas realizadas por él, debido a su calidad, magnitud e importancia, causan la admiración de los investigadores modernos. Fueron emprendidas en los albores de la República, dejando así huella profunda, y ejerciendo perdurable influencia en el desarrollo del país.

Para terminar citaré las palabras del ingeniero don Daniel Palacios Olmedo, que aparecen en la Introducción del Tratado de Ensayos.

»Así es como se debió a él, en gran parte, la superioridad intelectual de Chile sobre los demás países americanos; a él que creó el gusto por la geología, química, mineralogía y metalurgia, hay que atribuir el desarrollo industrial y minero de las provincias del norte, que fueron las primeras en recibir y aprovechar sus lecciones.

»En efecto, sus principales obras, el Tratado de Ensayes y la Mineralogía, las encontramos siempre desde la cordillera al mar, dondequiera que existe un minero. El cateador que se lanza a las soledades del desierto o a las asperezas de las sierras, lleva junto con la brújula que orienta sus pasos la otra brújula intelectual escrita por Domeyko, guía preciosa e inestimable para el descubrimiento de las riquezas anheladas.»

HOMENAJE A DON JOSE IGNACIO VERGARA

La Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas rindió, asimismo, un homenaje a don José Ignacio Vergara, ex-Rector de la Universidad, quien dedicó muchos años de estudio y de desvelos al Observatorio Astronómico Nacional.

Damos, en seguida, el discurso pronunciado por el señor Gustavo Lira, Decano de dicha Facultad.

Señor Ministro, señor Rector, señoras y señores:

La Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile, ha acordado, con motivo de las fiestas centenarias de la Corporación, rendir un homenaje a los miembros de la Facultad que alcanzaron la dignidad de Rectores de la Universidad. Cumplimos este acuerdo hoy en esta ceremonia civil, expresando nuestro respeto por un hombre eminente, en quien se unieron raras cualidades de profesor, de investigador científico y de hombre de Estado: don José I. Vergara.

A la distancia de los años transcurridos, se destaca con relieve la influencia de la Universidad en el desarrollo espiritual de la República. Alcanzada, con gloriosos esfuerzos, la Independencia, la nueva nacionalidad logró afianzar su estructura institucional con un vigor perdurable, que no se encuentra en la historia de ningún otro país de la América Latina. Había sido quizás la concepción política del genio de Portales, de fundar el orden en un gobierno impersonal, con autoridad emanada sólo de la ley, y no del prestigio de un caudillo, la que había alcanzado ese milagro. Pero es también seguro, que ese concepto no habría tenido la eficiencia de más de medio siglo que alcanzó, si la Universidad no hubiera, con su acción, satisfecho a la necesidad de contar, para su éxito, con una élite gubernamental preparada, y no hubiera dado los elementos de dignificación de la clase media, que es el mayor factor de equilibrio de las democracias.

Como en los fenómenos misteriosos de la Biología, el resurgimiento espiritual de 1842, creador de la Universidad, aparece así dando comprobación, en lo social, al aforismo de que la función crea el órgano necesario para realizarla.

El órgano fué creado, hace un siglo, y su acción en todos los campos, el moral y el político, el social y el económico, el científico y el técnico, el literario y el artístico, se hizo sentir de inmediato. Don José Ignacio Vergara, actuó en este renacimiento, dentro de la segunda generación de la Universidad, como que fué discípulo de Domeyko, quien lo distinguió con su aprecio. Y representa en el campo científico el aporte de los hombres de esta tierra, que con su esfuerzo, se pusieron en condiciones de reemplazar a los extranjeros eminentes de la primera generación universitaria, la de la fundación de la Corporación.

Asombra hoy día que este hombre de estirpe aristocrática, en este apartado país nuevo, se dedicara al cultivo de las ciencias más abstractas: el Cálculo Infinitesimal, la Mecánica Racional y la Astronomía, hasta el punto de profesar estas cátedras cumbres, con plena autoridad en la Facultad de Matemáticas, como asombran también sus trabajo científicos en el Observatorio Astronómico, realizados con todas las dificultades inherentes a la falta de instrumentos, de elementos, de libros, o de consultas oportunas a otros institutos de la misma índole.

Don José Ignacio Vergara actuó también en el campo político. Pero no lo hizo como un medio de alcanzar honores, no para halagar a los poderosos del momento, como lo hiciera Laplace, que echó con ello una sombra sobre el resplandor magnífico de su genio. Vergara fué a la política como a un servicio público eminente, como lo prueba su labor en el Ministerio de Educación en donde impulsó el perfeccionamiento y la extensión de la Instrucción Primaria, en una forma que sólo a veces se ha repetido en esta rama fundamental de la Educación. Y en el Ministerio del Interior le cupo actuar en uno de los períodos más ardorosos de nuestras luchas cívicas: curiosa antinomía en quien había vivido en la observación de la marcha silenciosa de las estrellas, o en las especulaciones más abstractas sobre la cantidad.

Cosechó sinsabores en este campo. Fué blanco de ataques deleznables que examinados hoy día, a la distancia, casi moverían a risa, si no hubieran amargado a un hombre de tan dilatada acción pública, al término de la cual, al morir prematuramente, en plena madurez de su vigorosa intelectualidad, dejaba a su familia en una pobreza tal, que el Estado tuvo que intervenir para salvarla decorosamente.

Por todo esto, la Facultad de mi presidencia, al recordarlo como a uno de sus miembros más preclaros, lo presenta a la juventud que hoy acude a sus aulas, como un ejemplo de amor al estudio, de amor a la ciencia, y de austero desinterés en el servicio de la colectividad.

CONGRESO DE MEDICINA INTERNA

Con motivo de la celebración del Centenario de la Universidad de Chile, la Facultad de Biología y Ciencias Médicas, realizó un importante Congreso de Medicina Interna.

Siendo éste el primer Congreso Nacional de Medicina Interna celebrado en el país, se incluyó dentro de él a la Pediatría, a fin de darle un sentido más amplio.

El Primer Congreso Nacional de Medicina se efectuó en la ciudad de Santiago de Chile del 17 al 21 de Noviembre de 1942, en el Salón de Honor de la Universidad.

Los temas oficiales y los relatores fueron los siguientes:

SECCION MEDICINA INTERNA

PRIMER TEMA: ANÁLISIS CRÍTICO DE LOS CONCEPTOS ACTUALES DE LA PATOLOGÍA RENAL. (Seis relaciones independientes).

a) Parte Clínica.—*Los grandes problemas del Mal de Bright y la Glomérulo nefritis difusa. Su evolución natural*: A. Garretón Silva, L. Herve, F. Weinstein y A. del Solar. Cátedra de Patología Médica y I. Sección de Medicina del Hospital San Francisco de Borja.

b) Parte Quirúrgica.—*Nuestra experiencia en el tratamiento quirúrgico del Mal de Bright y de los estados hipertensivos.* C. Lobo Onell. Cátedra Extraordinaria de Urología y Servicio de Urología del Hospital del Salvador.

c) Fisiopatología.—*Naturaleza de los principios que intervienen en la hipertensión arterial nefrógena:* H. Croxatto y R. Croxatto. Instituto de Fisiología de la Universidad Cató-

lica. *Farmacología y mecanismo productores de la hipertensión arterial nefrógena.*: E. Cruz-Coke y J. Mardones. Cátedras de Química Biológica y de Farmacología.

d) Parte Pediátrica.—*Las afecciones renales de la Infancia:* E. Cienfuegos. Cátedra Extraordinaria de Pediatría. Sección de Medicina del Hospital M. Arriarán.

e) Parte Obstétrica.—*Contribución al estudio de las Nefropatías gravídicas:* C. Monckeberg. Clínica Obstétrica de la Facultad.

SEGUNDO TEMA: Patología Coronaria (Cinco relaciones independientes).—*Trastornos de la circulación coronaria. Las lesiones coronarias más importantes. El infarto del miocardio. La electrocardiografía en los trastornos coronarios:* H. Alessandri, M. Alessandri, M. Sosa, A. Estévez y R. Florenzano. Cátedra de Semiología y Sección A. de Medicina del Hospital del Salvador.—*Algunos aspectos de la Patología coronaria. Consideraciones estadísticas. La quimografía en el infarto del miocardio. Alteraciones del electrocardiograma provocadas por el pentanucleotido, como un posible test de insuficiencia coronaria:* E. González Cortés, L. Opazo, E. Hermosilla Díaz, S. Awad, P. Toledo y A. Aspillaga. Clínica Médica de la Facultad.—*Contribución clínica y electrocardiográfica al estudio de la Patología coronaria:* A. Contrucci. Cátedra de Semiología y II Sección de Medicina del Hospital San Francisco de Borja.—*Sobre algunos mecanismos de regulación de la irrigación del miocardio:* F. Hoffmann. Instituto de Fisiología de la Facultad.—*El resultado del tratamiento quirúrgico de la angina de pecho:* R. Valdivieso. Cátedra de Terapéutica.

TERCER TEMA: Colecistopatías (Cuatro relaciones independientes). *a*) *Contribución al estudio de la fisiopatología de la vesícula y vías biliares:* E. González Cortés, R. Yazigi, J. Martini y O. Sotomayor. Cátedra de Clínica Médica de la Facultad. *b*) *Colecistopatías litiósicas:* E. Prado Tagle, O. Avendaño, J. Ahumada y R. Eulufi. Cátedra de Clínica Médica de la Facultad. *c*) *Tratamiento médico de las colecistopatías:* R. Armas Cruz, A. Spencer y E. Matus. Cátedra de Patología Médica y Sección de Medicina del Hospital San Juan de Dios. *d*) *Tratamiento Quirúrgico:* R. Vargas Moli-

nare. Cátedra Extraordinaria de Patología Quirúrgica y I Sección de Cirugía del Hospital San Francisco de Borja.

CUARTO TEMA: SILICOSIS PULMONAR.—H. Orrego Puelma, S. del Río y S. Raddatz. Cátedra de Tisiología, Servicio de Broncopulmonares del Hospital del Salvador y Sección de Medicina del Sanatorio «El Peral».

SECCION PEDIATRIA

PRIMER TEMA: SINDROMAS CARENCIALES: A. Scroggie. Clínica Pediátrica de la Facultad, Sección de Medicina del Hospital R. del Río.

SEGUNDO TEMA: DESHIDRATACIÓN EN EL LACTANTE: E. Cienfuegos. Clínica Pediátrica del Hospital Arriarán.

TERCER TEMA: ANEMIAS DEL LACTANTE: A. Ariztía, J. Schwarzenberg, R. Alfaro y Jorge E. Howard. Clínica Pediátrica de la Casa Nacional del Niño.

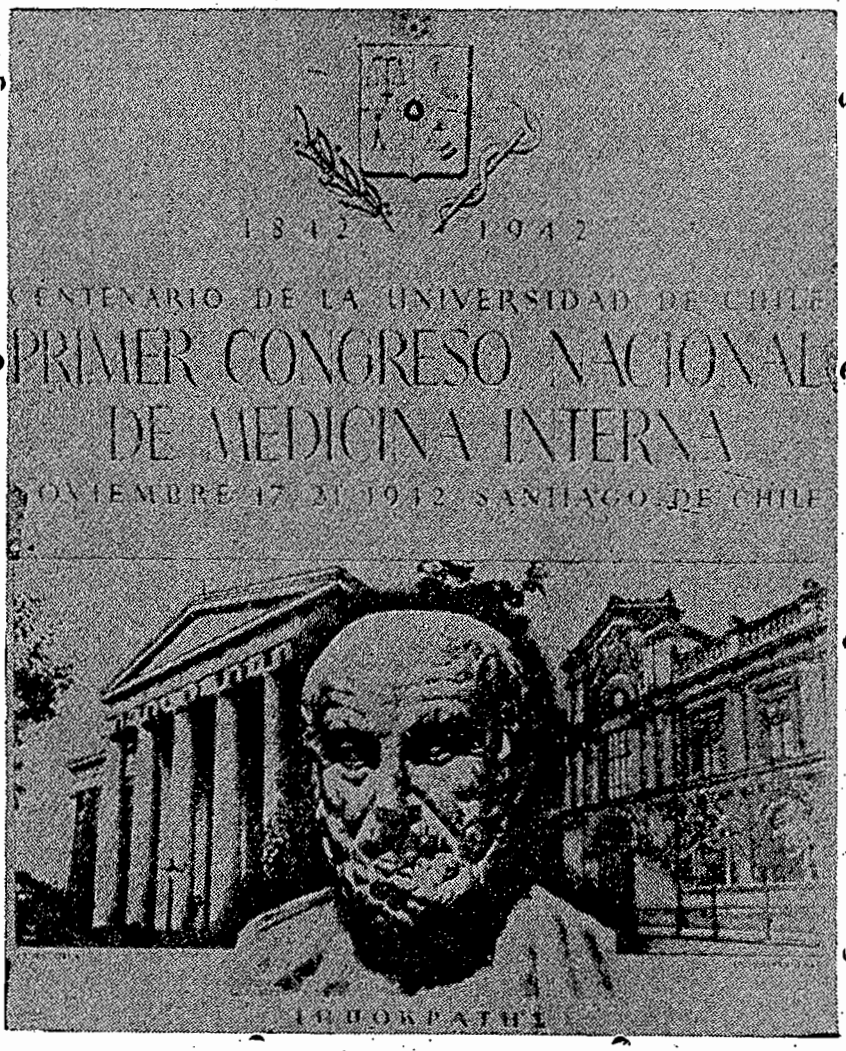
CONFERENCIAS DEL CONGRESO

LEUCEMIAS AGUDAS: R. Armas Cruz y G. Ducach. Cátedra de Patología Médica y Sección de Medicina del Hospital San Juan de Dios.

SALMONELOSIS Y SIGHELOSIS EN CHILE: H. Vaccaro, M. Pérez y E. Valenzuela. Cátedra de Bacteriología de la Facultad.

TEMAS ESPECIALES

Del profesor Mariano R. Castex.—*Nuevas adquisiciones en el tratamiento de las supuraciones bronco-pulmonares. La nebulización de sulfamidas.*



Primer Congreso Nacional de Medicina Interna

Del profesor Francisco C. Arrillaga.—*Consideraciones sobre la muerte cardíaca repentina.*

Del profesor Gregorio N. Martínez.—*El neohiprocratismo en Clínica.*

Del profesor Carlos Bonorino Udaondó.—*Ileitis regional.*

Del profesor Héctor Annes Díez.—*Patogenia de la diabetes.*

Del profesor Bernardo A. Houssay.—*Hipertensión de origen renal.*

El profesor A. Peralta Ramos hará en la Clínica del Prof. Monckeberg, una lección el día martes 18 de Noviembre a las 11½ A. M.

El profesor N. Palacios Costa hará en la Clínica Obstétrica del Prof. Monckeberg, una lección acerca de un tema de su especialidad el día viernes 20 de Noviembre, a las 11½ A. M.

El profesor Eliseo V. Segura hará una lección en la Cátedra de Otorinolaringología del Prof. J. Castro Oliveira.

TEMAS LIBRES

Ernesto Herzog.—*Anatomía patológica de las afecciones coronarias.*

E. González Cortes, A. Jedlicky, O. Sotomayor y J. González C.—*Estudio de las funciones renales en las nefropatías y métodos más recomendables para su determinación.*

H. Oyanguren y E. Bartholin.—*Contribución al diagnóstico de la Silicosis pulmonar por la investigación de la sílice en la sangre y en la espectoración.*

A. Garretón Silva, —L. Herve, O. Fuenzalida y M. Brodsky. —*Las lesiones anatómicas en los casos de bloqueo intraventricular.*

A. Garretón Silva, A. Donoso Infante y M. Guerrero.—*Clínica y frecuencia de la litiasis coledociana.*

A. Rojas Carvajal.—*Estudio de la morbilidad obrera a través del examen de salud.*

M. de Viado.—*En torno de una experiencia.*

J. Hermansen.—*La Silicosis Pulmonar con especial referencia a la silico-antracosis.*

L. Guzmán.—*Cáncer gástrico y radiaciones.—Cancerología clínica.*

C. Charlín.—*Sobre tuberculinoterapia.*

La Facultad de Biología y Ciencias Médicas ha publicado dos gruesos volúmenes con las conferencias desarrolladas en este Primer Congreso, motivo que hace innecesario reproducirlas en este número de los *Anales de la Universidad de Chile*.

Dicha Facultad, con ocasión del Centenario de la Universidad, celebró un Congreso de Biología y Ciencias Morfológicas, un ciclo de conferencias dadas por profesores en el Salón de Honor, un Congreso Panamericano de Cirugía y una sesión solemne para recibir a los Delegados extranjeros a los Congresos antes mencionados.

Damos, en seguida, el discurso pronunciado por el Dr. don Armando Larraguibel, Decano de la Facultad mencionada:

Claudio Bernard, una de las luminarias encendidas el siglo pasado para alumbrar, desde entonces, el progreso de la Medicina actual, pide despojarse de toda imaginación antes de entrar al laboratorio, así como si se tratara del sobretodo. Igual consejo me parece necesario dar a quien pretenda abrir las puertas del Olvido, a objeto de escoger entre sus habitantes a los que deben vivir, perpetuamente, en el templo de la Historia.

Ignoro si yo seré capaz de despojarme de toda imaginación, para cumplir la tarea de dictar la primera de una serie de conferencias sobre Historia de la Medicina Chilena, ordenadas por la Facultad de Biología y Ciencias Médicas, en celebración del Primer Centenario de nuestra Universidad. Ignoro aún si mi juicio será tomado en cuenta, pero afortunadamente, muchos estudiosos prepararon mi camino: hablo de Semir, Grossi, Salas Olano, Medina, Orrego Luco, Ferrer, y Barros Arana, entre otros menos importantes, y ellos, sirviéndome de guías, protegerán la pretensión que abrigo.

La historia de la Medicina, la más antigua de todas las historias, consiste en el análisis de las ideas y de los hechos médicos ocurridos desde los tiempos más remotos y, pudiera decirse, que ella empieza en el momento en que el primer hombre sufrió el primer dolor.

Las ideas médicas nacen en cerebros privilegiados sometidos al acicate de auxiliar al hombre en sus días de mayor necesidad, es decir, en sus días de enfermedad. Los hechos médicos son la consecuencia o la fuente de tales ideas y la per-

sona que debe colocar, unas y otros al servicio del hombre, es el médico. La historia de la Medicina, por consiguiente, estudia ideas, hechos y hombres.

Naturalmente, nuestra historia médica nació en España, y en esta tierra nuestra, porque en uno y otro suelo enfermaron los hombres que debemos considerar como el origen de la raza chilena.

A mi juicio, hay necesidad de llegar al año 1765 para que en la Medicina chilena encontremos la primera idea, el primer hecho y el primer médico dignos de vivir en la Historia Médica de Chile.

Es probable que la idea de crear una viruela atenuada en el hombre para librarle de un contagio capaz de provocar una viruela mortal, no fuera invento del Dr. Fray Pedro Manuel Chaparro, chileno, religioso de la orden de San Juan de Dios, recibido de médico en la Real Universidad de San Felipe el año 1772. Pero es seguro que las informaciones de que el Dr. Chaparro pudo disponer, fueron escasas, incompletas y tardías, como que procedían de España y navegaban a la vela.

La variolización preventiva fué llevada desde Constantinopla al corazón del continente europeo en 1727 por Lady Worthly Montague, esposa del Embajador de Inglaterra en aquella ciudad. Dicho procedimiento, de origen asiático, fué combatido acremente por las autoridades médicas europeas, sin embargo, en 1768 Catalina de Rusia admitió emplearlo en sí misma.

Pues bien, dos años antes, en 1765, Chaparro libró a Santiago de una epidemia de viruelas inoculando pequeñas partículas de pus variólico a cinco mil individuos, sin tener que lamentar un solo caso desgraciado y, sin embargo, aquel fraile insigne no era ese año, sino practicante del Dr. don Domingo Nevin, primer profesor de medicina de la Universidad de San Felipe, ciudadano francés graduado en Montpellier.

El talento indiscutible de este fraile y practicante, puesto al servicio de su alma de médico, lo llevó a meditar y resolver un problema de medicina preventiva, orientado solamente, como ya dije, por noticias de ínfimo valor demostrativo y docente.

Debo decir ahora que Chaparro, dos años después de haber conquistado tal gloria, es decir en 1767, se matriculó como alumno de la Escuela de Medicina de la Universidad de San Felipe, hecho que hace más palpable aún su poderosa inteligencia, pues comprendió, a pesar de su éxito brillante, que necesitaba del estudio sistemático de la medicina para sentirse médico de verdad. Recibió su título, vuelvo a repetirlo, en 1772.

Antes de continuar el estudio de estos hechos es necesario llamar la atención acerca de cuánto debió sufrir este religioso para llegar a imponer a un público fanático e inculto un procedimiento censurado por todos y en toda forma, particularmente, porque provocaba una enfermedad sin que mediara en ella la voluntad de Dios.

En una comunicación del Dr. Chaparro a la Universidad de San Felipe, fechada en 1776, se puede leer:« En este tiempo, inquiriendo mi desvelo y estudio algún modo fácil y de más acertado éxito para la curación de viruelas... puse por obra el experimento de la inoculación... cuyos éxitos y resultas puede decir el público... siendo ya tan aprobado este remedio precautorio por la demostración de la propia experiencia, cuanto al principio fué impugnado por todo el común de los facultativos.» Permítanme, señores, llamar la atención acerca de la belleza de la frase, de la profundidad de los conceptos y de la modestia en que estaba empapado este hombre superior.

Pero Chaparro debía superarse más aún. Comprendiendo las ventajas de la vacuna de Jenner, él mismo sepultó su propio método, y así le vemos practicando él la primera vacunación antivariólica en Chile, el año 1805, bajo las arcadas de la puerta del Cabildo Metropolitano y con el fluído vacuno enviado por el señor Virrey del Plata, Marqués de Sobremonte, quien la obtuvo de una expedición portuguesa.

A propósito de lo dicho, recordemos que la vacuna de Jenner, enviada en 1803 por don Carlos IV a sus colonias de América para defender a los habitantes de la muerte por viruela, vino al mando técnico del Dr. Francisco Javier Balmis y llegó a Valparaíso una parte de esta expedición sólo en 1807, a fines de año, a cargo de don Manuel Julián Grajales, ayudante de Balmis. Agrego que el médico español Grajales fué

un hombre superior, a quien Chile y la enseñanza de la medicina deben servicios extraordinarios, y los chilenos, una bondadosa dedicación suya de todos los instantes.

Frente a Chaparro se levanta, en aquellos años, la figura del Dr. José Antonio Ríos, chileno también, graduado en la Universidad de San Felipe en 1774, médico de merecida y grande reputación, cuya clientela estaba formada por la clase dominante de Santiago que aplaudía sus éxitos terapéuticos.

El Dr. Ríos triunfó sobre el Dr. Chaparro en el concurso abierto para proveer la cátedra de Medicina en la Universidad de San Felipe y el Protomedicato, vacantes por muerte del profesor Manuel Jesús Zambrano, sucesor de don Domingo Nevin. En aquel tiempo el profesor de medicina era también Protomédico.

El triunfo de Ríos fué de larga gestación. El concurso abierto en 1776, se resolvió definitivamente sólo en 1782 y por orden del Rey. Es que Chaparro recurrió a toda clase de armas para no dejarse vencer, y esta vez el fraile médico fué inferior a sí mismo pues hasta llegó a enrostrar a Ríos ser hijo espúreo, y por lo tanto, indigno de ser profesor. Mientras tanto, el secreto de la derrota del Dr. Chaparro no pudo ser otro, a mi juicio, sino que el Jurado estaba compuesto por jueces, no médicos, en gran número. El triunfo de Ríos fué por dos votos en un colegio de 38 miembros.

La derrota de Chaparro no es, sin embargo, dolorosa para este hombre eminente, como lo prueba que después firman juntos, él y Ríos, luminosos informes sobre medidas individuales destinadas a evitar los contagios y a regular las cuarentenas y cordones sanitarios. Claro es que la lectura de algunos párrafos de estos informes nos hacen hoy sonreir; pero en todo caso vemos qué estos dos hombres se preocuparon ampliamente de problemas que pertenecen a la Medicina preventiva.

Ríos fué además celoso guardador de la dignidad y honradez profesionales. Constantemente se refiere en sus informes a estas materias y defiende que la medicina sólo debe ser patrimonio del médico.

No se puede negar, entonces, que la iniciación de la Medicina chilena fué muy brillante. Ideas, hechos y hombres de primera magnitud, anunciaron su amanecer.

Ríos y Chaparro fueron hipocráticos y seguramente aplicaron en sus pronósticos los aforismos del Gran Maestro y en sus diagnósticos sus métodos de observación.

En los documentos y libros que he tenido a mi alcance se conviene en llamar a Chaparro el Hipócrates chileno. Para Hipócrates, Dios no interviene sino indirectamente en la enfermedad por medio del sol, los climas, los vientos, las aguas y sus emanaciones, la herencia, etc. Siguiendo a ese maestro el alma de Chaparro, a pesar de ser un religioso, no sufre porque provoca una pequeña enfermedad al hombre para defenderle de una grave enfermedad.

El año 1810 sorprendió a Ríos y a Chaparro en sus últimos años de actividad, pero el fraile fué patriota y Diputado al primer Congreso Nacional y Ríos fué realista.

*

Contaba Chile con sólo 23 años de vida independiente cuando se inauguró el primer curso de medicina republicano el día 17 de Abril de 1833, anexo al Instituto Nacional, obedeciendo a un decreto que lleva la firma del Presidente don Joaquín Prieto. Los doctores Guillermo Blest, Lorenzo Sazie y Pedro Morán, tres médicos eminentes, fueron los profesores de este curso en las cátedras de medicina pura y en aquellas de ciencias conexas lo fué el sabio farmacéutico don Vicente Bustillos, gran maestro y gran ciudadano, como tendrán oportunidad de saberlo aquellos de mis oyentes que sigan este ciclo de conferencias.

El Dr. don Guillermo Blest, médico irlandés llegado a Chile en 1823, fué el verdadero fundador de nuestra Escuela de Medicina. En la ceremonia de apertura del primer curso, dijo Blest a sus futuros alumnos: «El constante y ardiente deseo de mi vida ha sido el coadyuvar a la benéfica tendencia de dignificar y prestar importancia y respeto a la profesión a que pertenezco y siendo yo el primero que tiene la honra de abrir las majestuosas puertas de la medicina al público chileno, mi pecho se conmueve por un sentimiento de gratitud hacia el gobierno que me ha proporcionado los medios de llenar mis anhelos y de que mi nombre se encuentre en su futura historia.»

En el curso de su disertación el profesor Blest se declara partidario de las teorías médicas de Cullen de Edimburgo, padre de la Neuropatología, quien afirma que la causa del tono normal de las partes sólidas del organismo se encuentra en las energías emanadas del sistema nervioso y que el aumento o disminución de tales excitaciones provoca desequilibrios de dicho tono y estos son inherentes a la enfermedad. Son neurotónicos el vino, la quina y el alcanfor, el opio hipotoniza el sistema nervioso.

Discurre después el profesor Blest acerca de las variantes que sufren algunas enfermedades en Chile, en seguida se preocupa de la patología autóctona del país y, por último, habla del método de enseñanza que empleará en sus clases.

La verdadera importancia del discurso del profesor Blest se encuentra, a mi juicio, en su parte final.

«Y ahora, señores, dice, séame permitido advertirles que no podían haber escogido una profesión más extensa, más laboriosa, más llena de obligaciones morales y sociales.

»La miseria en todos sus aspectos, la enfermedad en todas sus formas, el estado físico y moral del hombre desde su cuna hasta su sepulcro, forman los permanentes objetos de su contemplación.

»Bajo este punto de vista es preciso que ustedes consideren la profesión médica y, por consiguiente... suplícoles... por su propio honor, por la futura quietud de sus conciencias... que consulten... sus potencias físicas y morales para saber si son capaces de soportar este inmenso fardo.

»Si creen que son adecuados para esta tarea, no permitan que cosa alguna los distraiga de esta determinación y... cuando ustedes entren al ejercicio de la profesión, deben tener, sobre todo, paciencia y prudencia.

»Los largos y continuados sufrimientos de algunos enfermos, la ligereza o ignorancia de otros y la mala fe de unos pocos, los harán objeto frecuente de la más falsa y envenenada calumnia, pero no olviden jamás la dignidad de su carácter y repriman, entonces, sus sentimientos ofendidos.

»Conducíos siempre con una conciencia recta y pura, no traicionéis los secretos o confianzas de vuestros pacientes, ni explotéis la credulidad e ignorancia de ellos.

»Jamás se guíen por la conveniencia individual, porque en toda conducta humana no hay más que dos caminos, el bueno y el malo, por consiguiente nunca permitáis que consideraciones personales os impidan ejecutar medidas que la razón y la experiencia dicten como precisas, aunque usándolas os expongáis a censuras abiertas o secretas insinuaciones.

»Ningún hombre debe practicar la medicina si no está siempre preparado para sacrificar su reputación profesional a la ventura de salvar una vida.»

El tercer hecho de la medicina chilena es la fundación entre nosotros de la ética profesional médica con el admirable discurso del profesor Blest.

Quiero olvidar el andar vacilante de los primeros años de nuestra enseñanza médica, vacilante por la escasez de alumnos debida al escaso interés despertado por la profesión, por la escasez de profesores a causa de muchos justificados y claros motivos, por la escasez de medios económicos, crónica enfermedad que aún perdura; pero no puedo silenciar esta pregunta ¿hasta qué punto el código de ética profesional que este discurso importa, guardado en el alma de los maestros de nuestros maestros no es la causa de que, aún en esta época, el mayor número de nuestros médicos sea modelo de sacrificios y modelo de probidad?

*

El profesor Blest fué un gran maestro que enseñó Patología y Clínica Médica hasta 1851. Orrego Luco, en uno de sus libros, habla de su criterio clínico con verdadero entusiasmo y celebra sus dotes de organizador de la escuela que él inaugurara.

Es necesario aún recordar que la gran preparación de Blest y sus hermosas dotes individuales hicieron que el gobierno lo nombrara Protomédico y, más tarde, que fuera elegido Decano de la Facultad de Medicina.

El tiempo de que dispongo no me permite hablar de otros maestros que acompañaron a Blest en la formación de nuestra Escuela, pero me sería imposible no recordar siquiera brevemente al profesor Cox, médico inglés llegado a Chile en 1814, a quien el país debe enorme gratitud.

Una serie de circunstancias afortunadas para Chile, fijaron a Cox en nuestro suelo, entre otras una operación vesical muy urgente que él practicó con franco éxito. El ejercicio de su profesión le conquistó el cariño sincero de ricos y de pobres, de todo el pueblo entonces, y el respeto y el afecto de sus colegas pertenecientes o no a la Facultad.

El 19 de Noviembre de 1842 fué decretada la fundación de la Universidad de Chile por el Presidente de la República, General don Manuel Bulnes. Por ese decreto, la enseñanza de la medicina pasó a depender de la Universidad.

Este nuevo período de la enseñanza médica se enriquece con la alta personalidad del eminente profesor don Lorenzo Sazie, médico francés de grandes méritos acreditados por Orfila, Decano de la Facultad de Medicina de París.

Sazie fué el primer Decano de la Facultad de Medicina recién formada y un profesor sabio, experimentado y bondadoso, que hizo conocer a nuestros médicos la auscultación y la percusión aprendidos por él al lado del propio Laenec. Fué por lo tanto un gran maestro del diagnóstico y, además, enseñó un gran número de tratamientos nuevos.

Sazie, médico abnegado, valiente y modesto, fué la más alta reputación médico-quirúrgica de su tiempo y así se impuso a sus colegas y a sus enfermos.

Se impuso también así ante el Supremo Gobierno, quien le decretó espontáneamente la ciudadanía, honor que Sazie aceptó muy complacido, y ya chileno, sirvió a su segunda patria con todo su cerebro, con todo su corazón, hasta el 30 de Noviembre de 1865, fecha de su muerte.

La obra extraordinaria de Sazie iluminó la medicina chilena durante muchos años. El sucesor de sus merecimientos y virtudes fué don José Joaquín Aguirre, profesor de Anatomía, Decano de nuestra Facultad y Rector de la Universidad.

El Dr. Aguirre llegó al profesorado en 1850. Al inaugurar su clase de Anatomía dijo a sus alumnos: «El cadáver será nuestro maestro.» Aguirre era, además, un clínico hábil y un cirujano de primera talla, comparable a Sazie.

Su decanatura fué del más alto interés: en 1872 pidió la creación de la cátedra de Histología, en 1875 la de una nueva clase de Anatomía porque el número de alumnos era muy crecido, después pidió la creación del internado para los alum-

nos que debían hacer su práctica hospitalaria; en 1876 presentó una modificación substancial del plan de enseñanza médica y antes, en 1874, había pedido al Supremo Gobierno el envío de los mejores alumnos de la Escuela a las universidades europeas, para que de vuelta al país se hicieran cargo de las cátedras correspondientes a las disciplinas estudiadas.

Toda la obra enumerada no calmó la inquietud progresista de Aguirre; hizo más aún. Se interesó vivamente porque las clínicas tuvieran un hospital propio, se interesó por los problemas generales de la Universidad y llegó a ser su Rector, y cuando fué su día, se convirtió en el apoyo fundamental de la revolución médica que provocaron a su llegada al país, en 1879, los alumnos que envió a Europa, Barros, Izquierdo y Puelma Tupper.

Dice don Francisco Puelma que en el hospital de San Juan de Dios y de San Borja morían en 1879, el 70% de los operados o accidentados, víctimas de la septicemia o de la piohemia, de la erisipela o de la gangrena gaseosa. Hoy por hoy, resulta fácil al entendimiento general comprender que la causa de esa mortalidad enorme era la falta de antisepsia o de asepsia.

En efecto, el aseo de las heridas de todos los enfermos de un servicio se hacía con la misma esponja, no se conocía la gasa, los heridos eran tratados o con nitrato de plata o con ungüento mercurial y el drenaje se hacía con deshilachados de géneros viejos, llamados hilas.

Según Puelma, Thevenot, catedrático contratado de Clínica Externa, después de estudiar la obra de Billroth, llamada Patología Quirúrgica, admitió la posibilidad de que aquellas complicaciones de las heridas fueren la consecuencia de gérmenes infecciosos vivos y, penetrado de esta idea, suprimió la esponja y usó el ácido fénico para lavar las heridas, las que protegía después con la curación algodonada de moda en París en aquellos años.

Nadie ignora hoy que los descubrimientos de Pasteur inspiraron a Lister el método antiséptico de su invención y que éste consistía en operar bajo una pulverización de ácido fénico al 2½%. Muy luego fué reemplazado este sistema por el lavado y desinfección de las manos del cirujano y del campo operatorio, ayudado de la ebullición de los instrumentos y de la esterilización del algodón y de la gasa. Actualmente

la idea de contagio es comprendida por todo el mundo y por tal razón no nos damos cuenta de todo lo que tuvieron que luchar Barros, Izquierdo y Puelma para imponer la antisepsia y la asepsia en forma absoluta.

Como ya dije, fué el Decano don José Joaquín Aguirre el padrino de los tres hombres de la buena nueva, que trajo como consecuencia los más brillantes resultados y la mortalidad se redujo de un 70% a un 8%.

Hoy por hoy no podemos imaginar siquiera lo ocurrido en aquellos años, no sólo en Chile, sino en el mundo entero. Para muestra quiero recordar solamente que nuestro gran dermatólogo, el profesor Puyó Medina, alumno de la Escuela de Medicina de la Universidad de París entre los años 89 y 93, me ha contado que el cirujano de la Charité, Despret, se reía de la antisepsia. Mientras tanto el servicio de Championere, en el mismo hospital, olía a ácido fénico desde lejos.

Barros, Izquierdo y Puelma fueron nombrados, respectivamente, profesores de Clínica Quirúrgica, Histología Normal — clase que se creó a pedido de Aguirre — y Patología General y Anatomía Patológica. Con estos hombres el campo de la enseñanza médica fué ampliado y renovado; Barros fué un clínico de primer orden, repleto de conocimientos, afable en su trato, bondadoso en sus juicios, metódico y profundo en sus lecciones, habilísimo en la mesa operatoria. Los que fueron sus alumnos convergen todos en estas afirmaciones. Su cultura era universal, su interés por los problemas de la educación pública fué extraordinaria. Entonces, una consecuencia lógica de sus altos merecimientos fué su ascenso al Rectorado de la Universidad. Ocupando este cargo preparó y llevó a cabo un Congreso General de Enseñanza que aplaudió entusiasmado su labor. El discurso que el Dr. Barros pronunciara en aquella oportunidad, hoy mismo es muy útil de leer, a pesar de que van corridos ya más de cuarenta años de la fecha en que aquel Congreso fué celebrado. No debemos olvidar, sin embargo, en este momento, a dos cirujanos que impulsaron en forma extraordinaria la cirugía chilena: hablo de Carvallo, gran cirujano y hábil profesor y de Charlín, cuya fama vive aún hoy.

La fisonomía de Izquierdo era hermosa y estaba dotada de una suave expresión que revelaba la enorme, la ingénita

bondad de su alma. Fué un gran maestro; demostraba sus lecciones con admirables dibujos que ejecutaba con seguridad y sencillez, el texto mismo de su clase era claro, preciso y sobrio. Adornaba su frente con una impresión, casi penosa, cuando llegado al límite conocido de un problema, a la pregunta restante debía contestar él «eso, no lo sabemos».

Izquierdo, biólogo y sobre todo histólogo, fué un investigador afortunado. Parte de la estructura retiniana, entre otras investigaciones fructuosas, fué conocida en el mundo gracias a sus trabajos. Debo agregar un pequeño hecho de gran trascendencia: Izquierdo trajo el termómetro clínico al país.

Yo escribí un estudio sobre Izquierdo hace ya algunos años. No he querido revisarlo para escribir estas líneas, porque seguramente se me haría estrecho el marco del tiempo en que debo encerrarme si reavivara mis recuerdos con aquel sentido homenaje que escribí para él. Pero en este instante golpea a mi memoria un momento de su vida con aguda y dolorosa precisión: el maestro ha sufrido el desprendimiento de una retina, está en cama, con los ojos vendados, llega a verle aquel profesor de tanto talento que se llamó don Gregorio Amunátegui, se sienta a su lado, a tanteos busca Izquierdo la mano de su amigo afectuosamente extendida hacia él y después de encontrarla, sin que mediara pregunta alguna pronunciada pero existente en el cerebro de Amunátegui, dice don Vicente: «no importa, me proporcionó tanto placer el microscopio.»

Puelma realizó en Europa investigaciones prolijas y originales sobre la verruga peruana y ya se había retirado de la enseñanza cuando yo entré a la Escuela. Sin embargo, una vez me encontré con él en casa de un enfermo cuando yo tenía cuatro o cinco años de profesión.

Nunca me he sentido más interrogado por una mirada, a la que agregaba una fuerza enorme, más que su actitud misma, el movimiento refrenado que yo adivinaba en ella. Y después de meditado su plan, sus preguntas rápidas, sin tiempo entre una y otra, me dieron la sensación de estar colocado frente a una ametralladora.

Años después recibí una nota del profesor Puelma pidiéndome algunos datos bibliográficos sobre un problema de

Patología General. En uno de sus párrafos me dice: «por si usted no me conoce, debo decirle que yo fuí el primero que habló de microbios en este país, el primero que hizo autopsias metódicas, el primero que dió cloroformo a las parturientas y el primero que dijo que las enfermedades no se deben ni a la cólera de Dios ni a las diabluras de Satanás.»

Se sientan junto a mí en este momento dignísimos representantes de aquellos viejos tercios. El profesor Körner, llegado de Europa en 1884, después de haber estudiado en Francia, Inglaterra y Alemania, y de haber visto en París a Pean operando de frac, a Spencer Wells en Londres sujeto ya a la asepsia y antisepsia, a Billroth y Thiersch en Alemania, también soldados de la nueva causa.

Körner se unió aquí a Barros, a Puelma y a Izquierdo y también a Cienfuegos, otro recién llegado eminente que, como sabemos, fundó entre nosotros, puede decirse, la clase de Oftalmología, y juntos formaron un grupo de profesores que caminando por nuevos senderos ampliaron y modernizaron la enseñanza de la medicina.

Sin embargo, este quinteto encontró resistencias y tantas, que el profesr Körner me ha referido que fué llamado «la mano negra» ese quinteto.

Los profesores Oyarzún, Hirth, Greve y Puyó, también están frente a mí en este momento. Ellos fueron otros tantos soldados de aquellos tercios e intervinieron directa y entusiastamente en todas las inquietudes de sus maestros.

Si no estuviesen presentes estos cinco hombres yo pronunciaría su elogio, pero ¿qué elogio más grato y merecido podrían ellos recibir que el de ponernos de pie para aplaudirles?

Señores: he recibido el encargo de escribir el resumen de los hechos más interesantes de nuestra historia médica y pretendo haber cumplido mi tarea. Sin embargo creo que debería referirme también a la obra de los grandes médicos de ayer, ya desaparecidos, pero tal estudio no puede ser un resumen, debe ser un análisis. Así lo merecen Díaz, Ugarte, Carvallo, Orrego Luco, Sierra, Brockman, los del Río, Amunátegui, García Guerrero, mi viejo amigo Cádiz, el austero García Valenzuela y Ducci y tantos otros.

Mi alma de viejo médico se agranda con sólo pronunciar sus nombres, y es que ellos fueron grandes de verdad.

*

Me refería el Dr. don Aureliano Oyarzún, alumno de Virchow e investigador afortunado de la génesis de la neuroglía, que Friedrich Kraus sostiene que cada diez años una orientación nueva aparece en el campo de las doctrinas médicas. El Dr. Oyarzún, entre nosotros, ha sido y es el campeón de la teoría celular de Virchow, aquel sabio que, preocupado además de los problemas sociales dijo: «el médico es el abogado natural del pobre.» El viejo campeón de la teoría celular entre nosotros, cuando me decía las palabras de Kraus sonreía irónicamente. Y yo creo que tiene razón el Dr. Oyarzún, porque si la vida reside en la célula y la enfermedad no es sino un modo de ser de la vida, toda doctrina que explique la enfermedad debe ser celular.

Los humores de Hipócrates, la energía nerviosa de Cullen, mejor orientada por Brown en sus aplicaciones, las hormonas, las vitaminas, las substancias intermediarias del metabolismo, ¿qué otra cosa son que producto de actividades celulares?

Por consiguiente, mi viejo maestro y amigo, la teoría celular que usted nos enseñó es la misma desde Hipócrates hasta hoy, llamada con nombres diversos en las distintas épocas. Usted conoció bien los cambios estructurales de la célula y las aberraciones de su crecimiento; hoy no hacemos otra cosa que tratar de conocer lo que ocurre en ella antes del cambio en su estructura.

La medicina fisiopatológica actual, entonces, no es sino un nuevo eslabón de la cadena, estudiado hoy con entusiasmo por la generación médica del presente que enseña en nuestra Escuela.

Las líneas anteriores no tienen otro objeto que el de preparar mi última frase dedicada a los alumnos que me escuchan, pletóricos de conocimientos y de inquietudes, con su fe colocada en probetas y retortas, para recordarles que, como dice Pascal, «la ciencia es semejante a una bola de nieve que mientras más crece, más aumenta sus puntos de contacto con lo desconocido.»

FACULTAD DE FILOSOFIA Y EDUCACION *

DISCURSO

por Juvenal Hernández
Rector de la Universidad de Chile

Uno de los acontecimientos más significativos en la vida de la Universidad de Chile y, por lo tanto, de la enseñanza nacional, es éste a que asistimos hoy, destinado a conmemorar el Centenario de nuestra Facultad de Filosofía y Educación y a exaltar la memoria de los grandes maestros, que en el curso de un siglo fueron capaces de crear una tradición de cultura que es orgullo de nuestra República.

Porque la historia de esta Facultad se confunde con la historia de la Universidad misma.

Tal como encierra el núcleo celular la forma y el destino de los organismos a que da vida, asimismo la Universidad de Chile, en esa su Magna Carta de 1842, compendió e hizo posible el desarrollo de todas y de cada una de las ramas, de todos y de cada uno de los establecimientos primarios, especiales, técnicos, de segunda y superior enseñanza que han surgido en la república a partir de esa fecha memorable.

La Ley de 1842 sienta principios cardinales para la orientación y para la estructura didácticas chilenas. Entre los primeros del estado docente y el de la adaptación a las necesidades y condiciones peculiares del medio nacional, entre las segundas, la unidad de la función educadora.

* El 10 de Agosto de 1943, celebró la Facultad de Filosofía y Educación, su primer centenario.

Para conmemorarlo, organizó un ciclo de conferencias, todas las cuales han sido publicadas en un volumen especial.

Sin embargo, hemos estimado de interés incluir en este número conmemorativo de los *Anales de la Universidad de Chile*, los discursos del señor Rector, don Juvenal Hernández, del Dr. señor Yolando Pino, Decano de dicha Facultad y del Dr. don Amado Alonso y un estudio de don Ricardo A. Latcham, profesor universitario, sobre la actividad intelectual de esta Facultad en sus primeros años.

«Habrá — dice el artículo primero — un cuerpo encargado de la enseñanza y el cultivo de las letras y ciencias en Chile. Corresponde a este cuerpo la dirección de los establecimientos literarios y científicos nacionales y la inspección sobre todos los demás establecimientos de educación. Ejercerá esta dirección e inspección conforme a las leyes y a las órdenes que recibiere del Presidente de la República.»

Frente a la iglesia docente que primara en el período colonial, la ley coloca la educación al amparo del Estado y bajo la tutela de la Universidad. Voluntariamente, sabiamente, el Estado delega su autoridad en los letrados de más alta jerarquía intelectual de la república, porque quiere que esta función estatal se desarrolle libertada de los vaivenes azarosos de la política militante. Y es a la Facultad de Filosofía y Humanidades a la que entrega taxativamente esa custodia. «Será de cargo de esta Facultad — expresa el artículo 8.°— la dirección de las escuelas primarias, la promoción del cultivo de los diferentes ramos de filosofía y humanidades en los institutos y colegios nacionales, y se dará entre estos ramos una atención especial a la lengua, literatura nacional, historia y estadística de Chile.»

Para acentuar el carácter nacionalista de nuestra Alma Mater, en los Arts. 28 y 29 determina nuestro primer estatuto que cada año, en sesión solemne, se lea un discurso sobre algunos de los hechos más señalados de la historia patria y se distribuyan premios sobre materias científicas y literarias que interesen a la nación.

Tan importantes como estos principios orientadores es el establecimiento de la unidad de la función pedagógica. Esta constituye un proceso único que, iniciado en la primera infancia, continúa hasta llegar a las aulas superiores, guiado por la misma autoridad y sujeto a normas indivisibles. Sobre las naturales diferencias de métodos y de adaptación a las diversas edades, se cierne un espíritu común capaz de imprimir al educando esa entereza intelectual, ética y cívica que caracteriza a la personalidad vigorosa y sin la cual la obra del hombre es titubeante, desorientada y falta de eficacia.

Bajo la prudente regulación de la Facultad, se crean desde 1842 escuelas de primeras letras y normales, colegios, liceos, conservatorios y academias; se estudian y se adaptan textos,

desde el Silabario Americano de Sarmiento hasta los de cosmografía y altas matemáticas; se reglamentan planes y programas; se dan normas de vida interior en consonancia con nuevos y progresistas ideales de disciplina. La onda de cultura se extiende desde la capital a las provincias y en 1860, cuando la rama primaria, independizada de la Universidad, pone casa aparte, ya las normas pedagógicas y de buen gobierno que había adquirido desde 1842, le aseguran una existencia fecunda. La Universidad le había dado ejecutoria de importancia al concedérsela de modo especial en sus sesiones y le había trazado, gracias al concurso que se abrió en 1858, derrotero tan acertado en las dos obras magistrales que en ese entonces premió: «De la Educación Primaria», de los hermanos Amunátegui y de la «Educación común», de Sarmiento, que aun hoy se leen sus páginas con provecho y admiración.

Hasta 1925, la Facultad cumplió el mandato de vigorizar y esparcir la segunda enseñanza, y gracias a su tutela se fundaron liceos en Santiago y en provincias y se formó un profesorado que ha sido y es honra de América.

Así como en la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX la extrema y minuciosa especialización hizo perder de vista las finalidades últimas y más humanas de la cultura, así el desarrollo adquirido por las diversas ramas de la enseñanza, desprendidas de su madre común, las llevó a erigirse en entidades autónomas sin más conexión administrativa y pedagógica que la emanada de la autoridad del Ministro de Educación. Lo que ganaron en independencia lo han perdido en orientación común, en unidad y estabilidad, porque el Ministro está sujeto como tal a la condición efímera de su Magistratura y a las presiones implacables de la política.

La necesidad de volver a un principio regulador unitario que dé consistencia a la labor didáctica, cualquiera que sea su grado o asignatura, se siente hoy por igual desde la primera a la superior enseñanza. Sentimos que es indispensable en esta hora de caos, de naufragio mundial de los valores espirituales, en está hora en que el hombre ha de extraer de su propia humanidad herida, las fuerzas que han de reconstruir un futuro menos inhóspito, que la educación se consolide alrededor de principios éticos y cívicos, inculcados y fortalecidos unáni-

mente en la escuela de primeras letras, en los institutos técnicos, liceos y facultades.

Ningún cuerpo podría dotar mejor a la República de esas coordenadas orientadoras de su política educacional. Se cumpliría así la ley evolutiva; de lo indiferenciado en la célula inicial, del sincretismo primero, a la diferenciación, al análisis, a la separación de los diversos órganos, para volver después por medio de la reflexión a la formación de nuevas síntesis creadoras.

Ha entrado de lleno la Facultad en esta nueva etapa, creando sus centros de estudios. Alejada, como lo quiso la ley de 1942, de la fragua candente de la política diaria, no tiene en vista sino el servicio desinteresado de la República y el adelanto de la cultura. Así cumple, a la vez, con su destino histórico y con las urgencias de esta época que nos exige unidad en la acción, entereza en nuestras resoluciones y firmeza en nuestras convicciones morales y ciudadanas.

Nuestra Facultad de Filosofía se encuentra hoy en plena transformación. El progreso nacional invade y modifica los más venerables sitios y reliquias de otros tiempos; pero el progreso no es ley de destrucción, y al renovar las formas, renueva también el óleo de las lámparas sagradas que arden en el corazón de un pueblo que se forma y se define.

Tengo la fe más pura en el porvenir de la educación chilena a pesar del morboso pesimismo ambiente, contra el cual la misma enseñanza reacciona en vigorosa y gradual evolución; y en que la virtud patriótica y el alto espíritu civilizador que animan y siguen alentando a los que aquí han enseñado y enseñan, serán garantía irrecusable de éxito.

Este noble acto académico sorprende a los profesores de la Facultad animosos y confiados en su hermosa tarea, y estoy seguro de que este nuevo espíritu la ha de convertir en un centro directivo de la enseñanza nacional, en un taller de investigaciones permanentes, y en fuente copiosa de saludables ejemplos, para mayor honra de sus maestros y prestigio de la Nación toda.

DISCURSO

por Yolando Pino Saavedra

La Universidad de Chile, que había sido fundada el 19 de Noviembre de 1842, no se inauguró sino el año siguiente. Una vez extendido por el gobierno el nombramiento del personal directivo, empezaron a constituirse las cinco facultades que la ley establecía, y fué la de Filosofía y Humanidades la primera en reunir a sus miembros académicos en una sesión que se verificó el 10 de Agosto de 1843. A esta primera sesión, que presidió don Andrés Bello, Rector de la Universidad y miembro de la corporación, asistieron el Decano don Miguel de la Barra, el Secretario don Antonio García Reyes, don Francisco Bello, don Ventura Blanco, don Ventura Cousiño, don Mariano Egaña, don Francisco García Huidobro, don José Victorino Lastarria, don Rafael Minvielle, don Juan Ramírez, don Salvador Sanfuentes, don Domingo Faustino Sarmiento, don Manuel Talavera y don Antonio Varas. Y si a esta lista de hombres notables agregamos al escritor José Joaquín Vallejo, también Miembro Académico, tenemos a los más ilustres representantes de las letras que jugaron un papel preponderante en el movimiento intelectual de Chile alrededor de 1842. En el seno de la naciente corporación se reunieron y conjugaron diferentes tendencias culturales que, fuera de ella y en batallas de pluma a veces apasionadas, removían el ambiente y daban vida a una fuerte inquietud espiritual. Así la academia es una consecuencia de un movimiento general de las ideas. Es una agrupación de personalidades, que, como ninguna otra, comprende y sintetiza más cabalmente a la generación de entonces. ¿No está ahí Andrés Bello, representando la inteligencia vigilante y vigilada, la mesura que

contiene el impulso desbordante y el respeto a las normas generales del lenguaje? ¿No está ahí también Domingo Faustino Sarmiento con su extraordinaria actitud de rebeldía creadora? Ambos personifican posiciones opuestas, y, por lo mismo, necesarias y fructíferas. Del choque de estas fuerzas vendría el esclarecimiento en medio de las sombras.

La ley orgánica de 1842 encargaba a la Universidad «la enseñanza y el cultivo de las letras y las ciencias en Chile» y, además, «la dirección de los establecimientos literarios y científicos nacionales y la inspección sobre los demás establecimientos de educación.» Por una parte asignaba a la Universidad una función de investigación y, en algunas de sus facultades, docente, y por otra parte la tuición de la enseñanza en todos sus grados.

Al declararse oficialmente instalada la Universidad, don Andrés Bello señaló con nitidez, en magnífica pieza oratoria, su sentido y valor entre las instituciones sociales y como centro de cultivo de las ciencias y las letras que pronto habrían de extenderse a los demás organismos educacionales, contribuyendo de esta manera al progreso general de la nación. Hubo quienes consideraron equivocada esta posición de Bello y, entre ellos, Sarmiento. Habrá quienes aun hoy día juzguen a Bello con reticencia, acaso, en este punto, por la lentitud a que debía someterse el desarrollo de la instrucción pública. No hay que olvidar que los hechos históricos le daban la razón y que por entonces era imposible crear de la nada un cuerpo de maestros, suficientemente numeroso, que hubiera podido difundir «la ilustración bajo forma conveniente», en circunstancias en que la propia capital no contaba con ninguna escuela primaria sostenida por el Estado y la enseñanza del pueblo se reducía a la lectura, la escritura y el rezo. Pero la ley, que había sido redactada por Bello, entregaba a la Facultad de Filosofía y Humanidades la orientación y dirección de las escuelas elementales. Bello, europeizante, procedía, sin embargo, con cautela y hondo sentido de la realidad.

Habría de corresponder a la Facultad de Filosofía y Humanidades la tarea más ardua y de mayor responsabilidad dentro de la casa universitaria. Su primer Rector dedicó a lo que llamó «Departamento literario» la parte más extensa y devota de su discurso inaugural. Y no podía ser de otro

modo. El más grande de los humanistas que ha vivido en Chile se sintió tan ligado a nuestra Facultad, que raras veces faltó a sus sesiones por espacio de 22 años. Expone Bello para la Facultad de Filosofía y Humanidades un programa ideal, entre cuyos objetos destaca el estudio de nuestra lengua. Es aquí donde Bello deja un testimonio evidente de su juicio ponderado y justo, al reconocer una constante evolución del lenguaje, pero de acuerdo con normas generales que preservan de la anarquía en resguardo de los «vínculos más poderosos de fraternidad que tienen los pueblos de América.» Son palabras que podemos repetir ahora con la misma convicción con que Bello las pronunció hace un siglo. Y, sin embargo, ¿cuántos errores se han cometido en nombre de quien nunca sustentó otra doctrina que la única compatible con un espíritu científico inspirado en los elevados ideales de la comunidad humana? Y de la literatura, ¿qué había de decir, si la llama «capitel corintio de la sociedad culta», si él mismo se había gozado en ella y «participado de sus beneficios?» Consecuente con el pensamiento anterior, está por la libertad en la poesía, vigilada por el arte, en el sentido de Goethe clásico, de ningún modo por las reglas convencionales injustamente atribuídas a Aristóteles.

*

La Facultad de Filosofía y Humanidades desarrolló como academia dos funciones paralelas: la de propulsar el cultivo de las letras y la de orientar y dirigir la enseñanza. Erramos nosotros mismos, cuando atribuímos a la Facultad una actividad avasalladora en el campo de las letras. No es ésta toda la verdad. Pasado ya tanto tiempo, ha quedado como en la sombra el esfuerzo de aquellos hombres para cimentar la instrucción pública, y por lo mismo es hora que los técnicos de hoy, con todo el saber que ha podido darles el progreso no olviden a quienes trabajaban como sobre un suelo movedizo, sin recursos del Estado, sin la urgencia que nace del alma misma del pueblo. Reconozcamos en Bello, en Sarmiento, en García Reyes, en Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui y tantos otros un sentido del deber ante la comunidad, que, como un fuego interno permanentemente inci-

tado, les llevaba a darse por entero a las tareas que la ley y el honor les encomendaba. E hicieron cuanto pudieron, estudiando, discutiendo y superándose.

*

En la primera sesión de Facultad se proponen para el concurso de 1844 tres temas relacionados directamente con la instrucción pública y uno solo con la literatura, acaso en el fondo, con un propósito didáctico. En siguiente sesión se añade la indicación de Sarmiento para conceder el premio «al libro, cualquiera que fuese su asunto, que difundiese mejor en la masa de la sociedad las ideas de la porción civilizada». Se aprueba el tema propuesto por don Antonio Varas en los siguientes términos: «Objeto que debe proponerse la educación y medios de conseguir este objeto en las diversas clases de la sociedad chilena.»

Era manifiesta la preferencia de la Facultad por contribuir a esclarecer los problemas de la educación. Pero el concurso no despertó interés. Repitió al año siguiente el mismo tema, reduciéndolo de sus proyecciones generales a una formulación más adecuada a las necesidades inmediatas: «¿Cuál debe ser la educación primaria en Chile y medios prácticos de propagarla entre los niños y adultos de todas las clases de nuestra sociedad?» Y, considerando las dificultades del tema, dejó la posibilidad de que el premio pudiera concederse «al trabajo literario de más mérito y de mayor interés nacional.» No fueron esta vez los resultados más halagadores. Desde entonces serían los temas de literatura y de historia los que servirían de base a los concursos anuales. Sólo diez años más tarde ha de aparecer la obra de los hermanos Amunátegui: «De la instrucción primaria en Chile; lo que es, lo que debería ser». Entre tanto, sin embargo, la corporación se ocupa casi exclusivamente en organizar y orientar la instrucción primaria. Dicta sus reglamentos, recomienda métodos de enseñanza, aprueba textos de estudios, vigila hasta donde le es posible su desarrollo y en particular el de la Escuela Normal de Preceptores.

Si consideramos la ausencia de medios adecuados para lograr una eficacia alentadora, habremos de reconocer que la

Facultad de Filosofía y Humanidades modeló una obra que se presenta ante nosotros con un valor incalculable para los comienzos de nuestra educación popular. En algunos aspectos se adelantó a su tiempo, al inquietarle por lo menos lo que hoy se llama, porque todavía existe, «el problema de la alfabetización de los adultos», y al tratar de organizar bibliotecas populares.

*

Ese mismo celo y tesón, ese mismo espíritu apostólico que los miembros académicos tuvieron con respecto a la instrucción primaria, lo hallaremos también más tarde y hasta muy cerca de nosotros, cuando se trata de organizar y mejorar la enseñanza media.

Más fácil reconocimiento ha encontrado la Facultad de Filosofía y Humanidades como encauzadora de los estudios literarios, de los gramaticales y muy especialmente de los históricos. La historiografía chilena nació con nuestra corporación. Casi todos los discursos que «sobre algún suceso importante de la historia nacional» se leyeron anualmente en claustro pleno, por mandato de la ley, correspondieron a sus miembros. La historiografía fué la ciencia que cultivaron Lastarria, García Reyes, Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui, Barros Arana, Vicuña Mackenna, Sotomayor Valdés. «La Facultad de Filosofía y Humanidades echó las bases y levantó los muros de la reconstrucción del pasado nacional», ha dicho nuestro último Decano, don Luis Galdames.

*

Hasta 1879 la Facultad de Filosofía y Humanidades no contó con ningún establecimiento profesional. La ley de aquel año le entregó la tuición de la Academia de Bellas Artes y del Conservatorio Nacional de Música; y la primitiva corporación pasó a constituirse en una Facultad de Filosofía, Humanidades y Bellas Artes.

De hecho, sólo desde 1889, con el Instituto Pedagógico, adquiere la Facultad una función de docencia superior. Así

como se creó la Escuela Normal de Preceptores en 1842, así también Domeyko había propuesto la fundación de un establecimiento del tipo de la Escuela Normal Superior de París. Pero éste y otros intentos posteriores habían aparecido como prematuros.

Son don Valentín Letelier y don Claudio Matte los que interesan a las autoridades educacionales y a los hombres de gobierno en la preparación científica y técnica del profesorado secundario, equiparando la profesión de la docencia a las demás profesiones universitarias. Por estar tan cerca de nuestros días el primer período del Instituto Pedagógico, cábenos hacer una devota recordación de los hombres a los cuales el establecimiento debe su existencia y mantenimiento como escuela universitaria: en primer lugar, de don Valentín Letelier y de don Claudio Matte y luego de don Domingo Amunátegui Solar, a quien agradecemos una constante preocupación por el Instituto, durante 20 años de dirigirlo hábilmente, y una repetida defensa, tan noblemente apasionada como la de Letelier, cuando la incomprensión ha pretendido socavar sus cimientos. Y hemos de recordar también a los primeros profesores que han hecho posible un desarrollo honorable de la enseñanza superior en nuestra Facultad: Jorge Enrique Schneider, Juan Steffen, Federico Hanssen, Alfredo Beutell, Federico Johow, Augusto Tafelmacher, Rodolfo Lenz, Enrique Nercaseau y Morán, sin olvidar, por cierto, la acción y la influencia de otros profesores extranjeros y nacionales, que en su mayoría aún viven y a quienes ofrecemos nuestra estima y gratitud.

*

Con la creación del Instituto Pedagógico y la incorporación posterior del Instituto de Educación Física y Técnica, la función profesional fué adquiriendo insensiblemente una preponderancia cada vez mayor en la Facultad de Filosofía, Humanidades y Bellas Artes, que habría de derivar hacia una Facultad de Filosofía y Ciencia de la Educación o de Filosofía y Educación, como hoy se la denomina. Ello no quiere significar que la investigación de la historia y la didáctica de la historia hayan decaído. Prueba lo contrario la

Estampillas de Correo — Emisión del Centenario de la Universidad

obra de don Domingo Amunátegui Solar, José Toribio Medina, Alejandro Fuenzalida Grandón, Luis Barros Borgoño, Julio Montebruno López, Luis Galdames. Más aún, otras ciencias son objeto de investigación como la Filología, la Geografía, la Pedagogía y Psicología, la Botánica y las Matemáticas. Pero se trata más bien de una actividad de personalidades aisladas que no alcanzan a formar un círculo a que convergen inquietudes de émulos, discípulos o epígonos.

*

La Facultad de Filosofía y Humanidades ha recorrido un camino largo y difícil, largo y difícil para un pueblo joven que pugna por encontrarse a sí mismo, pero dentro del relativismo de las cosas humanas se nos aparece su obra como fundamental en el desenvolvimiento de la cultura en nuestro país. Y es por eso por lo que hemos querido conmemorar el día en que nuestra corporación dió comienzo de hecho a la vida de la Universidad de Chile y es por eso también por lo que nuestros catedráticos, con la competencia que les da su especialidad, harán un examen objetivo de la labor realizada por la Facultad o bajo su influencia.

*

Han accedido a acompañarnos en estos días de reuniones académicas el Dr. Francisco Romero y el Dr. Amado Alonso, ambos en representación de la Facultad de Letras de la Universidad de Buenos Aires y de la Facultad de Humanidades de la Universidad de la Plata. A ellos expreso nuestro más efusivo saludo y agradecimiento.

*

La actual Facultad de Filosofía y Educación siente la responsabilidad de ser digna de un pasado fructífero, pero siente también la responsabilidad que el futuro le señala. En el nuevo período que inicia se esfuerza por cumplir las tareas

que le incumben dentro de una Universidad moderna. Los profesores saben cuáles son los deberes que les corresponden. Jóvenes de edad y jóvenes de espíritu, todos ellos dan lo mejor de sí y viven en la inquietud de una constante superación. Como organismo académico, acaso no reviva nuestra corporación las horas que vivió la Facultad de Filosofía y Humanidades. Los tiempos han cambiado y con ellos las formas de la acción.

Por medio del Instituto Superior de Humanidades, del Instituto de Educación Física y Técnica y del Instituto Pedagógico, la Facultad da cumplimiento a la función profesional de preparar científica y técnicamente a los profesores de la enseñanza secundaria, y en ella lleva ya poco más de cincuenta años contribuyendo con indiscutible eficacia a acentuar el ritmo de la vida cultural y a fortalecer el espíritu democrático de las instituciones sociales de Chile. No ha de descuidar este objetivo de la docencia universitaria. Sin él, es iluso imaginarse entre nosotros jóvenes extraordinarios que sólo quieran aprender a indagar en los secretos de la vida y de la naturaleza por el solo afán de ofrecer al espíritu más amplios campos de contemplación placentera. Sobre y junto a esta piedra básica intentaremos construir la casa que nos aconseja la realidad.

El Instituto Superior de Humanidades va tomando el carácter de una verdadera Escuela de Ciencias y Letras, cuyo programa ha de ser en esencia el de las verdaderas humanidades modernas. Junto al sentido profesionalista que aun tiene en gran parte su enseñanza, va despuntando no de prisa, pero seguro, un ímpetu de sobrepujarlo. Aun el Instituto de Educación Física y Técnica y el Instituto Pedagógico, con su más marcado sello de escuelas de maestros, abrirán más ampliamente sus puertas y sus ventanas a los demás fines que las acrediten como escuelas universitarias no meramente profesionales. Todo ello quiere significar que la Facultad de Filosofía y Educación ha orientado su política en el sentido de estimular y organizar la investigación científica, desarrollar una extensión cultural que, al sobrepasar los límites de lo meramente informativo, es resultado de la investigación misma. Pequeño programa en su formulación, enorme en su desarrollo. Lo que antes nacía de la Academia, sale y saldrá de los insti-

tutos y seminarios de investigación. Será una obra, modesta en sus comienzos, sin vanos alardes de verdad exclusiva ni publicidad engañosa, pero firme en sus formas.

El Instituto de Psicología y el Instituto de Geografía, y aún el Instituto Pedagógico en su departamento de investigación, darán pronto las muestras de un trabajo lento, pero recio, tan propio de nuestra manera de ser. Pienso que otros institutos de investigación estamos llamados a crear: el de Filología,* el de Historia de Chile y de América y el de Literatura. Y porque no ha llegado entre nosotros el momento de hablar de investigación filosófica, será una de nuestras más grandes preocupaciones la de velar por el cultivo y difusión de estos estudios. Sólo de este modo desempeñaremos el papel que corresponde a las Facultades de Filosofía y Letras de las universidades hispanoamericanas. Sólo así, en permanente búsqueda de nuestro propio ser y de nuestra propia expresión, habremos de llegar algún día, no importa cuándo, mas llegar, a la zona de los espíritus independientes.

Grande es la obligación que sobre sí pone la propia Facultad, acaso las fuerzas no sean suficientemente fuertes para ser dignas de la empresa. Pero, manteniendo vivo el entusiasmo y en tensión la inteligencia, se formará la atmósfera de creación, la envoltura interna de una verdadera Facultad de Filosofía, de donde irradie el pensamiento director en los problemas esenciales de la Universidad de Chile.

* Posteriormente ha sido creado el Instituto de Filología, que empezará a funcionar en 1944.

DISCURSO

por Amado Alonso

Tengo el señalado honor, junto con mi colega don Francisco Romero, de traer ante esta Honorable Casa de Estudios, los saludos, las felicitaciones y los buenos augurios de las Universidades de Buenos Aires y La Plata, y muy en especial de las Facultades hermanas de Filosofía y Letras y de Humanidades.

En cuanto a mí mismo, permitidme manifestar, además de mi gratitud por vuestra honrosa invitación, otro sentimiento menos ceremonioso y de visita, un gozo de participación personal, aunque modesta, en la obra de estudio y de enseñanza acumulada en estas austeras aulas durante cien años de callada labor por generaciones de autoridades, de profesores y de alumnos. Dos veces he tenido ya el privilegio de actuar en esta honorable Facultad como profesor visitante; y en esos cursos he dejado lo mejor de que soy capaz, y aquí he recogido el más deseable galardón: la estimación y la amistad de mis colegas chilenos, y el que me tengan por uno de entre ellos.

No toméis, pues, a arrogancia el que no me sienta del todo ajeno a este brillante jubileo, y que al hablar me incluya como algo más que un visitante.

Ya celebró Chile en su día y con digna pompa el centenario de su Universidad nacional, y sin embargo ambiciono que este centenario de la Facultad de Filosofía y Educación no sea exclusivamente para nosotros, los humanistas. En esta era de la eficacia y del increíble dominio de la naturaleza por el hombre, es frecuente el sentimiento de condescendencia con que los hombres de las ciencias de la materia miran a las

del espíritu. Sólo las matemáticas obtienen su incondicional estimación, porque son la base práctica para su conocimiento cuantitativo y mecanicista de la naturaleza. En la metafísica, en la psicología, en la gnoseología y otras disciplinas filosóficas; en la filología, en la arqueología, en la historia del arte, de la cultura, de los Estados, en la etnografía, en la antropología y demás ciencias históricas, ven unos conocimientos demasiado imprecisos y vacilantes, cortejados con los de las ciencias físicas, y unas técnicas incomparablemente menos disciplinadas que las suyas.

Hay que admitir en seguida que si son nuestros conocimientos menos seguros y nuestras técnicas menos rigurosas que los de las ciencias de la naturaleza; pero que en modo alguno suponen esos «menos» desventaja o minoría de edad; las ciencias físicas, que tienen como objeto de estudio la materia inerte y la vida, trabajan sobre determinaciones y en busca de nuevas determinaciones, y sólo cuentan con la libertad del objeto como un resto metafísico que cae fuera del foso de sus microscopios. Su avance consiste precisamente en reducir ese resto de indeterminación, extendiendo el conocimiento de las leyes de la necesidad.

Las disciplinas filosóficas e históricas, que tienen como objeto de estudio el espíritu y sus huellas en el transcurso del tiempo, trabajan sobre la libertad, que está en la esencia del espíritu y en busca de los testimonios y productos objetivados de esa esencial libertad; y si también cuentan con determinaciones y necesidades, esas no hacen más que condicionar la vida libre del espíritu, como el cauce que el río se va labrando para su propio curso; no son más que la materia cuya resistencia es necesaria para la manifestación del espíritu, así como la luz necesita para hacerse visible chocar con los corpúsculos del aire, y así como el aire es necesario para el vuelo de la paloma.

El objeto científico de las humanidades es el registrar e interpretar el paso del espíritu por la tierra, y el sorprender la autodeterminación de lo que las ciencias físicas llamarían su funcionamiento y que las nuestras llaman su vida (y por supuesto no la vida biológica, sino la vida biográfica).

Esta diferencia substancial entre los objetos de las ciencias de la materia y de las ciencias del espíritu hace que nosotros

los humanistas sintamos en cada avance nuestras averiguaciones en el mismo instante del triunfo, que nuestra alcanzada verdad es una verdad provisional, pues bastan unos ojos diferentes, con otra decantación de experiencias y con otros ideales, para que las sombras del espíritu formen sobre el suelo de nuestra conciencia una nueva lacería; y esa diferencia también es la que hace que los trabajadores de las ciencias físicas tengan el justificado orgullo de la seguridad de sus conquistas, porque su objeto de estudio resiste incólume una gran variedad de pruebas y contrapruebas sin quebranto de la interpretación propuesta.

Pero también los conocimientos de las ciencias físicas son provisionales, aunque duren un poco más. Cada tantos siglos viene un Galileo, un Newton, un Einstein que hace ver la vanidad de los supuestos cimientos y con sólo eso se viene abajo todo el gallardo castillo y hay que levantarlo con nuevas bases y con nueva traza. Estos derrumbres y reconstrucciones ocurren cada vez que un físico de genio siente la necesidad de preguntarse: «¿Qué es esta materia, objeto de nuestro conocimiento?» Ved el antiguo y hermoso atrevimiento de imaginar el *átomo*, literalmente lo «indivisible». Ved a los físicos modernos asomándose al interior de ese supuesto componente indivisible y revelándonos de pronto dentro de él un nuevo mundo. El átomo es a su vez un compuesto: un electrón y un protón, de cuyo complemento nace la existencia de la materia. Ved a Edington asomándose de nuevo dentro del protón y revelándonos: el protón es a su vez un mundo, una lucha, un drama entre el neutrón y el positrón. Conforme nos van bajando en los pisos y subsuelos de la materia, conforme nos van buscando e identificando los últimos ladrillos del imponente edificio, más fantasmal se va haciendo su sostén material, y la mente se va sintiendo cada vez más centrifugada de los garraderos materiales y disparada por las nieblas espectrales de una pura energía, de un puro suceder, de una pura copulación de espacio-tiempo compuesta de sucesos, como postula Bertrand Russell. Y cuando la física moderna, de componente en componente, llega a vislumbrar como sostén de la materia algo que ya no es materia, una energía, hasta la austera imaginación de los físicos tiene que sobrecogerse y musitar: «hemos dado con los límites del espíritu». También en la inmensidad de las construcciones siderales los físicos van empu-

jando y alejando los límites del saber, y al estudiar tan inconcebibles cantidades de materia y sus leyes musicales de existencia y movimiento, más allá de toda masa y más allá de todo soporte se encuentran con una energía: también ahí, y desde muy antiguo, vagan los físicos por los linderos del espíritu. Y vagan como ansiosos cazadores al acecho de la última razón.

Así, pues, la seguridad de los conocimientos físicos sólo se siente verdaderamente cuando se trata de razones antepenúltimas, y más aún en las finas operaciones de medir y de contar como en las descripciones anatómicas o en el peso específico de los distintos cuerpos; pero conforme se ahonda y se aleja hacia lo último, los físicos sienten la misma esencial y salvadora inseguridad que nosotros los humanistas. Los físicos porque dan con el ámbito del espíritu; nosotros porque desde un principio lo hemos tomado como objeto central de nuestras disciplinas.

Y aquí es donde todos nos unificamos, no en la limitación y en el fracaso, sino en la hazaña común e inmarcesible de buscar el saber más allá de las determinaciones y de las leyes de la necesidad; en la hazaña de buscarlo ahincadamente, a pesar de la evidencia íntima de que nuestras conquistas son siempre provisionales, bien convencidos desde un comienzo de que los conocimientos científicos que hemos levantado después de resquebrajar o de reducir a escombros los conocimientos anteriores, serán a su turno resquebrajados y finalmente demolidos para la erección de los futuros y mejores conocimientos. Y sabiendo que esto sudederá en los próximos lustros, o si no en los próximos siglos, o si no en los próximos milenios, pero inexorablemente y para bien de la ciencia.

Cierto que en esta valerosa renunciación no naufraga del todo nuestra humana ansia de validez personal, porque también vivimos la evidencia de estar participando en una apasionante carrera de relevos en la que nos pasamos de mano en mano una antorcha inextinguible. La antorcha no tanto del saber, cuanto la del ansia de saber más, la voluntad humana de ir arrancando sus secretos al misterio. Y ¿qué importa la fugacidad de nuestras conquistas, qué importa si, a medida que nosotros avanzamos, va el misterio alejando sus intangibles murallas, cuando vemos lo esencial de toda ciencia en el tesón humano de averiguar?

Un período chileno de este invencible tesón humano es el que estamos celebrando con las fiestas del centenario de la Facultad de Filosofía y Educación. Y es bueno y confortante detenerse un momento en algunas fechas representativas, es bueno hacer un breve alto en el camino para contemplar el monto de la labor acumulada.

Es bueno y animador. En nada nos acobarda que algunas de las flores del saber que adornaron ufanas estas aulas, se hayan ajado y envejecido; en nada nos acobarda tampoco la convicción de que mucho de nuestra lozanía actual también se marchitará. Adelante, y siempre animosamente; convencidos de que de nuestras conquistas algún día caducadas, nuestros sucesores han de sacar nuevas y luminosas conquistas. Adelante en nuestra infinita carrera de relevos, de verdad en verdad provisional, siempre a los alcances de la última e inalcanzable verdad.

La actividad intelectual de la Facultad en sus primeros años

por Ricardo A. Latcham

La historia de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile se confunde, en la segunda mitad del siglo XIX, con lo más intenso y decisivo de la vida intelectual del país. La república acababa de sacudirse del pesado dominio de los viejos conservadores o «estanqueros» y entraba en una etapa vigorosa de renovación de vastas perspectivas humanas y sociales. No significaba ello que todo ese pasado autoritario hubiera muerto o que sus principales defensores desaparecieran del escenario político de la patria. Por el contrario, la voluntad de poder conservadora se transformaba y asumía formas sólidas e inconmovibles a través de la Constitución de 1833, que se apoyaba en el subconciente colonial de la tierra, en la realidad social de un régimen autoritario y en la historia misma de un suelo que llamara el cronista Góngora y Marmolejo «una vaina de espada, angosta y larga». La imponente corteza de la carta magna pelucona ocultaba un poder centralizado y omnímodo y el Presidente de la República administraba una autoridad que se extendía «a todo cuanto tiene por objeto la conservación del orden público en el interior, y la seguridad exterior de la República, guardando y haciendo guardar la Constitución y las leyes». Esta era la letra escrita, pero su sentido envolvía una trascendencia mayor y gravitaba en la solidaridad de una clase compacta y homogénea, que evolucionaba al compás de una época inquietante, pero de acuerdo con la idiosincrasia de un pueblo sin imaginación y desengañado de las utopías anteriores. La república de Chile vivía una pausa en su evolución política y la sangre homogénea de los descendientes de los conquistadores castellanos, leoneses, extremeños y andaluces, renovada por los vascos y navarros del siglo XVIII recibía nuevas influen-

cias por cruzamientos y mezclas con anglosajones, franceses y otros extranjeros. Las ideas del romanticismo acababan de sacudir la monotonía de un Santiago semicolonial, donde dominaban las cogullas y los manteos, los levitones y las talegas de los dueños del poder. Hemos hablado de una pausa y esto merece explicarse, porque, en verdad, la época de Bulnes significó la tregua después del combate y de la represión, el oasis placentero al final de un camino sembrado de obstáculos y padecimientos. Muchos de los viejos pipiolos, como Pinto, habían transformado sus principios y algunos servidores de don Diego Portales, como Salvador Sanfuentes, suvizaban su primitivo conservantismo autoritario con una actitud de ambiguo liberalismo de gabinete. La inauguración de la Universidad de Chile significó, en tal medio propicio a la severidad de los estudios y a la concentración que exige el saber meditado, un acontecimiento de índole transformadora.

Se la había cubierto de solemnidad y de fausto, de etiqueta y de boato oficialista, como en los viejos episodios claustrales de San Marcos y de San Felipe, en medio del acompasado paso de los oidores y del andar lento y ceremonioso de los virreyes o capitanes generales. Un cortejo de tres cuadras desfiló desde la casa de gobierno hasta el recinto donde hoy se levanta el Teatro Municipal, cuyo sitio ocupó el claustro de San Felipe y, más tarde, la Cámara de Diputados. Miembros de las dos cámaras, el cabildo eclesiástico, los prelados de las órdenes regulares, los dos tribunales de justicia, los generales y militares, la municipalidad de Santiago, las cinco secciones de la Universidad, dominadas por las oscuras sotanas de la Facultad de Teología, los profesores del Instituto Nacional, los del Seminario Conciliar, una delegación de la Academia de Práctica Forense, la Sociedad de Agricultura, y a la cola, como remate, los alumnos del Instituto. Tales era los singulares y abigarrados componentes de la procesión cívica que honraban el Presidente de la República y sus ministros de Estado.

El cuadro es pintoresco y revela los matices del tiempo, los detalles ornamentales adecuados a la psicología de los que fundaron nuestra casa de estudios que presidió la sombra tutelar de don *Andrés Bello* y la grave vigilancia de don Mariano Egaña. Esto ocurría el 17 de Septiembre de 1843 y

un poco más atrás, 10 de Agosto de 1843, se inauguraba la primitiva Facultad de Filosofía y Humanidades, que por la Ley Orgánica del 42 se integraría con 30 miembros, designados por vez primera por el Supremo Gobierno. Las vacantes que se pudieran producir se proveerían por elección de la propia corporación docta. No hubo personal suficiente o no se le supo encontrar, pero lo concreto es que el primer grupo académico sólo tuvo 19 miembros que obtuvieron sus diplomas por un decreto del 28 de Junio de 1843, que firman don Manuel Bulnes y su Ministro, don Manuel Montt, en calidad de Patrono y Vice Patrono de la Universidad de Chile.

La perspectiva del tiempo nos permite considerar la calidad de los que aquí iniciaron una fructífera labor literaria y científica, a la vez que sorprendernos del estado medio de la cultura chilena hace un siglo. Los argentinos emigrados, que encabezaba el díscolo individualismo de don Domingo Faustino Sarmiento, habían menospreciado un poco, a vuelo de pájaro, la situación general de los estudios y del saber en Santiago. La primitiva Facultad de Filosofía y Humanidades vino a suavizar pronto las heridas dejadas por los escritores del Plata y a demostrarles que la ciudad del Mapocho distaba mucho de ser una Beocia.

En otros aspectos, los más curiosos del historial de nuestra institución, ella sirvió como una nueva Canosa para que se arrepintieran de muchas culpas literarias, de índole venial, los impulsivos retoños del romanticismo que encendió Esteban Echeverría y que difundió la pluma de Vicente Fidel López.

La Facultad de Filosofía y Humanidades tuvo, en un comienzo, una índole académica que se pretendió, por iniciativa del reglamentista don Mariano Egaña, transformar en un austral remedo de las corporaciones literarias de Europa. Los miembros de la Universidad, por decreto del gobierno fechado el 8 de Septiembre de 1843, debían vestir uniforme, pero éste sólo sería obligatorio para el Rector, los Decanos y Secretarios y en los días de asistencia solemne. La puntillosa mentalidad de don Mariano Egaña, que lo hizo objeto de agudas sátiras de sus más chuscos contemporáneos, se hizo notar en la indumentaria que debían usar los Rectores y Decanos, cuyo actuendo podían envidiar los miembros de la Academia de San Fernando o de la Academia Francesa. El uniforme consistía

en un pantalón azul o blanco llano y una casaca verde con botonadura y un bordado de seda del mismo color en el cuello y botamangas, figurando hojas de olivo y de palmas entrelazadas. El sombrero era armado, con orlas de plumas negras, con presillas del mismo color, bastón con borlas y espadín en la cintura. El uniforme del secretario se hallaba concebido de un modo idéntico, pero con la diferencia de que el sombrero armado era más simple o llano. El Decano tenía que llevar, además, una medalla de oro colgada al cuello, que sostenía una cinta de seda azul para diferenciarse de los colores verde, amarillo, rojo y blanco de las Facultades de Ciencias Físicas y Matemáticas, Medicina, Leyes y Ciencias Políticas y Teología y Ciencias Sagradas. Estas pintorescas costumbres cayeron derribadas por el instinto satírico de los chilenos y no encuadraron en la psicología socarrona de los criollos. Ya en cinco años se advierte su desuso y su definitivo olvido.

Don Miguel de la Barra fué el primer Decano hasta su fallecimiento, acaecido en 1851. La personalidad de este precursor indica una elección adecuada, que correspondió a la fama que tenía de hombre letrado y de ciudadano probo y filantrópico. La primera juventud de de la Barra transcurrió en un medio religioso y propicio a la formación de un futuro sacerdote. El 11 de Junio de 1811, el obispo de Epifanía, don Rafael Andreu y Guerrero, le confirió las cuatro órdenes menores, o sea los Porteros, los Lectores, los Exorcistas y los Acólitos, que son los ínfimos grados de la Jerarquía Eclesiástica. No sabemos las causas que detuvieron la carrera levítica en de la Barra, pero luego lo vemos entregado al estudio en el Instituto Nacional y, más tarde, convertido en autodidacto por medio de la lectura de los clásicos latinos y de los escritores españoles de los siglos de oro, el XVI y el XVII.

La guerra de la Independencia hizo que de la Barra abandonara a Virgilio, a Horacio y a Cicerón, a Fray Luis de Granada y a Cervantes para combatir y ser uno de los vencedores en la batalla de Maipo, el 5 de Abril de 1818. Antes se había asomado a la Universidad de San Felipe, donde recibió el grado de bachiller en filosofía o maestro de artes, según se decía entonces.

Años más tarde obtuvo el nombramiento de capitán de las guardias nacionales y tomó parte en la expedición liber-

tadora del Perú. La vida de de la Barra transcurrió entre las actividades más bizarras. Acompañó a don Manuel de Salas en la organización de la Biblioteca Nacional, fué diputado suplente por Osorno, firmante de la Constitución de 1823, compuesta por don Juan Egaña, y en Mayo de 1824, el Gobierno lo nombró secretario de don Mariano Egaña, en la legación que se designó ante las cortes de Europa y que tuvo tanta importancia en las primitivas relaciones diplomáticas promovidas para obtener el reconocimiento de la independencia de Chile.

Es ajena a esta evocación la índole de su obra como Encargado de Negocios en Francia e Inglaterra, pero puede indicarse el influjo que tuvo la estada en Europa para la solidez de su cultura y el acrecentamiento de su experiencia humana. En 1834 fué aceptado como socio del Instituto Histórico de París y al año siguiente lo nombraron protector en la Sociedad Politécnica Polonesa. Visitó el salón del filósofo francés Destutt de Tracy, que vivió entre 1754 y 1836 y fué uno de los postreros representantes de la corriente de los idéólogos. La ideología era para este tratadista el análisis de las facultades, como base o medio para discriminar el génesis y el desarrollo de las ideas, y, por ende, como método para la aplicación de las consecuencias del análisis a las demás ramas del conocimiento humano. Semejantes teorías gozaban de gran aceptación entre los primitivos profesores de filosofía criollos y corresponden a una etapa no investigada de la evolución de nuestra metodología en esa rama del conocimiento.

El trato con hombres sabios del Viejo Mundo, la vecindad con tantas corrientes de la cultura hicieron que de la Barra gozara de merecida fama y a su regreso a la patria lograra una reputación de primera calidad. Tuvo también el honor de contratar los servicios, a nombre del gobierno de Chile, del cirujano don Lorenzo Sazie como profesor de la primitiva Escuela de Medicina, cuyo desarrollo ha evocado en finas páginas don Augusto Orrego Luco en los *Recuerdos de la Escuela de Medicina*. Tal era el hombre que tuvo entre sus manos el manejo de la Facultad de Filosofía durante ocho años que corresponden a una etapa inolvidable de la historia política y literaria de la República. No dejó páginas que lo eleven a la altura de un Bello, de un Lastarria, de un Sanfuentes,

pero reemplazaba esas cualidades con otras de hondo relieve moral.

La amistad que unió siempre a de la Barra con *don Mariano Egaña* dió al segundo una gran influencia en las decisiones que tomó la Facultad. Ambos eran un producto de antiguas preocupaciones religiosas y de arraigados prejuicios de índole social. Ambos habían viajado y reunido muchos libros y conocimientos en el contacto con las corporaciones científicas y con los ciudadanos eminentes del Viejo Mundo. Ambos eran lo que podría denominarse partidarios del despotismo ilustrado, que conciliaba la autoridad centralizada y enérgica con cierto impulso favorable al desarrollo de las ciencias y de las artes. Ambos, por fin, compartieron la responsabilidad de funciones públicas y diplomáticas al servicio del país y bajo la férula de los gobiernos conservadores de Prieto y de Bulnes. De la Barra fué parlamentario, como Egaña, y como él, un católico fervoroso que fundó, en 1844, el Asilo del Salvador para viudas, que presidió, en 1847, la Sociedad Cristiana de Pobres Vergonzantes y, el mismo año, ocupó el cargo de Mayordomo de la Cofradía del Santo Sepulcro. Pero había una diferencia; mientras de la Barra era sobrio de expresión, Egaña era un orador verboso y abundante. José Antonio Torres lo pinta así en sus *Oradores Chilenos:* «era pequeño de cuerpo, de cabeza grande, frente espaciosa, cara ancha y redonda y tan gorda que llegaba a ser obeso. Su porte sumamente descuidado, su ademán desairado y calmoso, y su voz semejaba un falsete tan agudo que hería molestosamente el oído. Constantemente su persona era el objeto de epigramas más o menos picantes y espirituales, con que sus enemigos y aun sus amigos trataban de fastidiarle. Tenía siempre un aire de superioridad o de maestro que era natural en él, y creía firmemente que sus convicciones eran las únicas ajustadas al buen sentido, a la sana lógica, a las conveniencias e intereses bien entendidos del país.» El señor de Peñalolén admiraba con entusiasmo las costumbres y los hábitos británicos por lo que los socarrones santiaguinos lo bautizaron con el apodo de Lord Callampa. Egaña dominaba la elocuencia forense y parlamentaria y conseguía entusiasmarse hasta agotar las razones que, como piedras, dejaba caer sobre los abrumados adversarios. Controlaba los gastos públicos con energía y llevaba un detalle

de los cóndores como de los ochavos de plata. Aborrecía a los dilapidadores de los caudales patrios con el celo de un viejo funcionario que tomaba razón en las arcas reales y se inspiraba, al perseguir las ideas, entre narigadas de fino rapé importado. Don Mariano Egaña tenía el alma de un funcionario y combinaba, en su curioso ideario político, los conceptos del más rancio patronatismo y regalismo hispánicos, con las luces de una sabiduría moderna madurada en el trato de los filósofos y juristas de Francia y de Gran Bretaña. Dentro de la Facultad de Filosofía secundaba, con habilidad y eficiencia, a don Andrés Bello, cuya apacible dictadura intelectual acataron, a la postre, hombres como Sarmiento, López, Lastarria y Amunátegui. Si las ideas políticas de Egaña eran conservadoras, de abolengo pelucón y estanquero, sus conceptos literarios estaban de acuerdo con el neoclasicismo que inspiró a su padre, don Juan Egaña, utopista que redactó la fenecida Constitución de 1823, cuyos preceptos reglamentaban hasta la hora de recogida de los clérigos. Casi todos los hombres de la Facultad primitiva opusieron, con tacto, un freno a los desbordes promovidos por el ruidoso estallido romántico de 1842. Pronto habría de llegar la hora en que *don Vicente Fidel López*, el escritor bonaerense, cantaría la palinodia respecto a las convicciones expuestas en la *Revista de Valparaíso*, en memorable artículo titulado *Clasicismo y Romanticismo*. López, con Bello, Minvielle, Sarmiento, Vendel-Heyl y Blanco formaban parte del elenco extranjero por nacimiento, pero asimilado a nuestra tierra por sus simpatías, que trabajó en las primeras jornadas de la Facultad.

Tocóle en su discurso de 19 de Octubre de 1845, analizar la obra de su antecesor *don Francisco Bello* y rendir un elogio desmesurado a la corporación que le concedía la honra de incorporarlo a su seno. Hay ahí una especie de prematura retracción de su entusiasmo de 1842 hacia el romanticismo vertido en el inconcluso ensayo de la *Revista de Valparaíso*. Dice estas significativas palabras que revelan la poderosa influencia emoliente de las veladas académicas: «Los estudios clásicos y severos de mi antecesor *le hicieron mirar con disgusto esta tendencia que se hizo sentir ahora tres años:* la vituperó siempre, *y es de esperar que el recuerdo de sus palabras, autorizado con sus preciosos trabajos sobre la gramática latina, resta-*

blecerán algún día en Chile el gusto de la literatura precisa y severa; y lograrán imprimir en todos los ánimos esta verdad: *que la poesía no es otra cosa que el entusiasmo de la razón;* y que, por esto, para ser bella y grande necesita asentarse sobre estudios y trabajos asiduos que la mayor parte de los jóvenes ha desdeñado por entregarse con buen humor y con descanso a los impulsos de la inspiración momentánea, improvisada, que casi siempre produce lamentables extravíos.» No bastan estas palabras; hay todavía una consideración acerca del valor moral y político de la literatura latina, que difundió entre nosotros la severa cátedra de Francisco Bello, y un elogio de Horacio, Virgilio, Cicerón, Salustio y Tácito. A Cicerón lo califica como una especie de «Constitucionalista Antiguo» y un genio de la familia de Voltaire y de Benjamín Constant, nacido para desparramar ideas y popularizar principios sobre todos los ramos de la cultura intelectual; es, en fin, una de esas inteligencias parecidas al *panorama,* que por medio de la reflectación dan nueva vida, prestigio y relieve a las doctrinas abstractas y metafísicas de la ciencia pura. Agrega que todos los grandes escritores franceses, desde Rabelais, Amyot y Montaigne, hasta Corneille, Racine, Voltaire y Villemain, y los españoles desde don Alfonso el Sabio hasta Cervantes, desde Cervantes hasta Quevedo, desde Quevedo hasta Meléndez, Moratín y Jovellanos, deben «esa hermosura de giros que con tanta gracia dan a la frase, al manejo, estudio e imitación de los autores latinos». Como remate expresa lo siguiente: «toda la pobreza y mediocridad de estilo con que escribimos los hijos de América, viene, en mi concepto, del lamentable descuido en que tenemos el estudio de los autores antiguos.» Matiza luego su concepción del arte de escribir y al definirlo, dice: «no es mi ánimo hablar sólo del arte de escribir obras eruditas y de latas doctrinas, sino también del arte de escribir artículos ligeros y panfletos; del arte de escribir canciones y poesías sueltas.» Y en seguida aclara más cuando añade estas ideas: «Y para dárseme razón en lo que digo, no se necesita más que recordar los nombres de Voltaire, Paul Louis Courier, de Cormenin y de Delavigne, autores que han debido la reputación de que gozaron y de que gozarán siempre a sus profundos conocimientos de las literaturas antiguas.» López se adaptaba pronto a los principios humanistas que domi-

naban en la Facultad y que saturaban los escritos de casi todos sus primeros componentes. Rectificaba las ideas que, en compañía de Sarmiento, había difundido antes y calificaba las finalidades del arte literario en la forma siguiente: «Yo pido progreso y no interrupciones; pido armonía y no lucha; pido adopciones y no quiero esos tristes *repudios* que sólo pueden imaginar la ignorancia y la mediocridad.» Sobre el arte moderno, el de su tiempo en que el romanticismo fluía retrasado sobre las letras de América, decía que, ante todo, «debía ser *ideal* en hermosura, *culto* en sus formas y *progresista* en sus doctrinas y principios.»

Repudia, en forma peregrina, la literatura medieval, que significó una fuente fecundísima para los románticos europeos, y sostiene esta curiosa afirmación: que Víctor Hugo, el más elevado de los poetas románticos, ha caído mil veces en el fango de las literaturas feudales y por ello ha escrito las escenas repugnantes del *Rey se divierte*. Por fin, se define clásico al desear para la literatura «principios tan cultos y pulidos como el siglo que vivimos, clásicos, en fin, por su espíritu y por el idealismo de las formas.»*

No conocemos la tormenta interior que debió sacudir a Sarmiento al oir estas palabras, pero estimamos valioso el testimonio que revelan las rectificadas expresiones del que más tarde va a ser el mayor analista histórico de la Argentina en las horas magníficas de su madurez creadora.

Mayor difusión y más validez se ha dado a la Memoria de López en la Facultad, que mereció el elogio de Sarmiento y una amplia crítica de parte de los modernos investigadores del pensamiento hispanoamericano, como Raúl Orgaz y Coriolano Alberini, entre otros.** Contrasta aquí su fe en el progreso y en la perfectibilidad del hombre con el relativo estatismo del otro en que apostata del romanticismo literario de 1842. De Cousin dimana su interpretación psicológica de la historia, revelada en las teorías expuestas con el título de *Resultados Generales con que los Pueblos Antiguos han contribuído a la Civilización de la Humanidad*. Combinaba la pri-

* Discurso del 19 de Octubre de 1845.

** Raúl A. Orgaz.—*Vicente Fidel López y la Filosofía de la Historia*. Coriolano Alberini. *Die Deutsche Philosophie in Argentinien*. Berlín, 1930.

mera y decisiva teoría con otra, también proveniente de Cousin, que reconoce y exalta el influjo del medio geográfico en la organización y desarrollo de los pueblos. Sarmiento expresaba en *El Progreso* del 25 de Julio de 1845: «que este trabajo nos lo ha hecho creer digno de la pluma de Lerminier o Cousin, e infinitamente superior a los opúsculos de Martínez de la Rosa, que se ha mostrado en todos ellos vulgarísimo y sin elevación filosófica.»

Este ensayo tuvo el carácter de una Memoria Universitaria y se leyó el 21 de Mayo de 1845. La historia se confundía ahí con la idea del progreso, que en su forma indefinida dimana de los conceptos ya famosos de Condorcet y de otros ideólogos del iluminismo filosófico. «Progresar perpetuamente hacia la perfección. He ahí el luminoso axioma — decía Vicente Fidel López — que pudiera resumir toda la historia.» La ley del progreso continuo forma un relieve de bronce sobre las páginas de la historia. Cita, en seguida, a un historiador que afirma que «las revoluciones son los grandes silogismos del destino». «Progresar perpetuamente hacia la perfección. He aquí el luminoso axioma que pudiera resumir toda la historia, y que sin duda no es más que una versión moderna del celebrado dicho de Pascal. Para comprenderlo bien es menester no encerrar la vista dentro de los límites de un pueblo o de una época; es preciso no atravesar ciegos por medio del tiempo presente, como hacen los más para abrir recién los ojos en el Foro romano, o en las plazas públicas de la Grecia.» Exalta, en seguida, el importante papel que la topografía representa en el gran drama de la vida social y, según se ha dicho recientemente, las verdaderas fuentes de tal aserto se hallan en Dubos, en Montesquieu y en Herder.*

Añadía unas decisivas palabras: «La historia en su conjunto consiste para mí, en la apreciación de los partidos y de las revoluciones que han modificado la condición moral de la humanidad. Aquéllos y ésta tienen su principio en el movimiento continuo de ideas con que se caracteriza a sí mismo la inteligencia humana. Un pueblo estacionario, es decir, un pueblo cuyas ideas estén estancadas siempre es un punto, una hipótesis inconcebible, es un contrasentido con las leyes

* Orgas, Obra citada, página 108.

inalterables de la razón y de la sociedad.» En el mismo año en que López vertió sus ideas acerca de la historia, que comentó adversamente el diario *El Tiempo* en su edición del 22 de Octubre, se publicó el *Facundo* de *Domingo Faustino Sarmiento* y dos obras más del primero: el *Manual de Historia de Chile*, lanzado en Septiembre, y el *Curso de Bellas Letras*, editado en Noviembre. La actividad intelectual de Chile pasaba por un período de intensidad y los principales acontecimientos vinculados al arte o a la literatura rebotaban en el ambiente cargado ya de la electricidad creadora de las etapas decisivas para el progreso de una colectividad. La Facultad de Filosofía, aparte de sus tareas consagradas a la docencia, participaba de este aire salino, que era propicio a la aparición de una genuina literatura nacional. Sarmiento recataba sus impulsos ardorosos proponiendo una reforma radical y completa de la ortografía en uso, que desterraba, a juicio de don Miguel de la Barra y de don Antonio García Reyes, miembros de la Facultad de Filosofía, las consideraciones de etimología, derivación y demás principios aceptados por la Academia Española, y basaba el nuevo sistema exclusivamente en la pronunciación de los pueblos americanos. No corresponde a nosotros analizar la revolución propuesta por el autor de los *Recuerdos de Provincia;* pero cabe, sí, recordar que predomina la idea de que la reforma de la ortografía debía hacerse por mejoras sucesivas y declara la Facultad que sólo adopta algunas de las innovaciones planteadas por el audaz pedagogo de San Juan. El ambiente académico serenaba al hombre que en la calle provocaba tantos apasionamientos y lo concentraba en trabajos como el titulado «Reglas de Acentuación» y en tareas de apacible ritmo. No queremos decir, con esto, que la institución académica que fué por mucho tiempo la Facultad, no oyera a los que luchaban por nuevos principios e ideas políticas, sociales y literarias, pero amortigua, con todo, a los espíritus inconformistas y los somete a un amable sincretismo.

Al lado de las grandes y fundamentales figuras de Bello, de Sarmiento, de Lastarria y de Vicente Fidel López, la Facultad de Filosofía y Humanidades disponía de un grupo notable y selecto de colaboradores asiduos.

Evocaremos aquí someramente a los que dejaron huella en sus deliberaciones o asomaron su inquietud a los problemas

del pensamiento en la primera mitad del siglo XIX. Don Antonio Varas no participó en los trabajos académicos de la Facultad, pero había colaborado en *El Semanario* y gozaba de hondo prestigio por la seriedad de su carácter y la solidez de sus convicciones políticas. Era el símbolo del legalismo autoritario, y, según Torres, poseía un lenguaje seco, preciso, sin figuras ni vaciedades, que no observaba método en la discusión. Varas era «positivo, opaco, sentencioso, desordenado; hablaba exclusivamente "el lenguaje de los negocios, se inspiraba en ellos», era elocuente al explicar sus teorías jurídicas, sus principios de hombre de estado, y cuando se elevaba en una cuestión parece que exhibía la conciencia de su valer, como don Mariano Egaña, hasta dominar con la voz el recinto parlamentario u otro y se enseñoreaba al dar a entender que sólo él poseía la clave de los temas de una vital importancia. Contrastaba con la redondeada elocuencia de don José Victorino Lastarria, que tenía la voz plateada y sonora. Lo secundaba el buen porte, con cierta coquetería romántica, que impresionó mucho a don Marcial Martínez. Era simpático, pero dogmatizaba con exceso y no toleraba las interrupciones. Tenía, según uno de sus contemporáneos, el lenguaje florido, variado, novedoso.

Don Salvador Sanfuentes tuvo que continuar un trabajo encomendado a don Antonio Varas, que consistía en la memoria histórica que conforme a la ley orgánica de la Universidad debía leerse en 1850. El 19 de Abril de ese año, Varas fué nombrado Ministro del Interior y Relaciones Exteriores y esto privó a la posteridad de conocer su penetración y juicio frente a los problemas históricos. Esto, también, impidió que participara en los trabajos académicos de la Facultad de Filosofía en la forma en que lo hicieron otros de sus miembros. No hallamos, pues, una huella literaria del robusto talento político y jurídico del que fuera el insigne ministro de la administración de don Manuel Montt.

Don Salvador Sanfuentes constituía una curiosa mezcla de neoclasicismo y de liberalismo temperado. Educado en las normas de Arriaza en sus mocedades, tuvo después la suerte de disciplinarse bajo la férula augusta y patricia de don Andrés Bello. No perdió nunca la moderación que le dió

su trato con éste y la cordura literaria que lo levantó en *El Semanario* como un campeón antirromántico.

Hablaba con parsimonia, meditaba las expresiones y no se comprometía en juicios rotundos. Era moderado de carácter, según el cáustico Torres, y en los principios no era extremista. En su juventud admiró reciamente a Portales y, más tarde, lo hallamos entre los partidarios de un liberalismo tibio y amante de la tolerancia. Pero en una oportunidad se encendió con la cólera sagrada que provoca la injusticia. El gobierno hizo revivir en 1853 un decreto de 1842 que penaba con la pérdida de una parte del sueldo a los empleados que dejaran de asistir a las solemnidades públicas. Sanfuentes no concurrió a la misa de gracias del 18 de Septiembre y se le aplicó el anticuado procedimiento que no hace mucho se quiso restaurar entre nosotros. Sanfuentes era Secretario General de la Universidad y presentó su renuncia en la sesión celebrada por su Consejo el 8 de Octubre de 1853. Le fué aceptada por la unanimidad de los sufragios y se le inmoló en aras de un disparatado prejuicio colonial. Fuera de las copiosas actas y oficios universitarios, Sanfuentes redactó, como secretario, cuatro memorias en que daba cuenta de los trabajos de la corporación docente. La primera desde que se instaló hasta Septiembre de 1844; la segunda, desde Octubre de 1848 hasta Octubre de 1849; la tercera, desde Octubre de 1849 hasta el 1.° de Diciembre de 1850; y la última, desde el 1.° de Diciembre de 1850 hasta el 5 de Diciembre de 1852.

Sanfuentes, según Amunátegui, detestaba las polémicas ardientes y las guerras civiles. Como demostración de las cualidades literarias, aparte de su fecundidad poética, escribió su breve libro *Chile desde la batalla de Chacabuco hasta la de Maipo*, que tiene páginas animadas y cierta imparcialidad al narrar los sucesos. Rindió culto a los métodos históricos preconizados por Bello y sacrificó voluntariamente la imaginación a lo conciso y esquemático. El estudio de Sanfuentes lo acreditó y el diario *La Barra* lo reprodujo, a manera de folletín, en sus columnas. Sanfuentes fué nombrado en Agosto de 1856, en reemplazo de don Ventura Blanco Encalada, Decano de la Facultad de Humanidades, siendo elegido dos veces, una vez en 1857 y después en 1859. Quienes lo conocieron dicen que su voz era vacilante y de tan poca extensión que

ella disminuía el efecto de sus oraciones en el Congreso o en el foro. En calidad de abogado tuvo pocos pleitos y terminó sus días como miembro de la Corte Suprema.

Contrastando con tales figuras, cuya popularidad es evidente, se halla la silueta apocada de *don Ventura Cousiño*, antiguo profesor de Latín del Instituto Nacional, que tradujo a Quinto Curcio y fragmentos de Tácito, Cicerón, Virgilio y Horacio. Había nacido en Renca, en 1808, se recibió de abogado en 1836, fué diputado en 1837 y murió en 1855. En 1846 fué miembro de la Sociedad del Orden y pronunció un discurso en su seno. Cuentan que, como profesor, no sabía imponer la disciplina y que los bulliciosos alumnos del Instituto lo molestaron en más de una oportunidad. Uno de sus biógrafos dice que tenía «cierto prurito de culteranismo» y señalada afición por «los vocablos insólitos y de origen latino, que lo hacían aparecera manerado y enfático, «sin serlo en tal extremo». En el semblante y en el vestido, dice don Juan Bello, su reemplazante en la Facultad, en el andar se notaba cierta compostura y gravedad. Era ensimismado y su mayor mérito pedagógico fué introducir el estudio de la sintaxis latina y la aplicación de sus reglas en el análisis gramatical de las oraciones vertidas de uno a otro idioma.

Otro latinista de importancia que hubo en nuestra institución en sus primeros tiempos, fué don *Francisco Bello*, hijo de don Andrés, que nació en Londres el 13 de Octubre de 1817 y murió en Santiago el 13 de Junio de 1845. En 1835 fué nombrado profesor de latín en el Instituto Nacional y al año siguiente publicó una *Gramática Latina*, que su padre lanzó en una segunda edición, corregida y aumentada, en 1847. Hizo algunos versos teñidos de la melancolía romántica en que se presentía ya su muerte prematura. La calidad de tales manifestaciones líricas no está de acuerdo con su sólida formación humanística y con la idea de que incorporó a nuestro saber nociones novedosas y agudas que obtuvo de la filología europea. Don Francisco Bello murió tuberculoso, dejó una novia desconsolada y bella y cumplió el clásico designio de los dioses.

Don Juan Enrique Ramírez es una de las más interesantes figuras de la primitiva Facultad y en su persona se concentraron las más selectas condiciones que depara la cultura bebida en

Escocia y en París y el ímpetu para dar forma a vastas empresas agrícolas, comerciales e industriales que hicieron olvidar a su biógrafo don José Domingo Cortés los méritos de una pluma neoclásica. Fué hijo de doña Gertrudis Rosales, hermana de don Francisco Javier Rosales, finísimo diplomático chileno que ocupó el cargo de plenipotenciario en Francia. Se educó en Edimburgo y llegó a dominar el inglés con tal perfección que pronunciaba este idioma mejor que el materno. En el recogido ambiente escocés estudió a fondo los idiomas latino y griego. Más tarde fué llevado al famosísimo colegio que regentaba en París don Manuel Silvela, donde conoció la tutela neoclásica del insigne don Leandro Fernández de Moratín. Llegó a familiarizarse mucho con las literaturas inglesa, francesa, española e italiana hasta asombrar a su maestro, que muchos estimaron de un temperamento «taciturno y reservado». El Colegio de Silvela reunió a varios hispanoamericanos de familias ricas que alcanzaron a dominar el castellano a la sombra del que fuera un gran escritor cómico, un admirador de Shakespeare y un partidario decidido de las tres unidades clásicas. Más tarde, el hijo de Silvela escribió diciendo que lamentaba que un discípulo tan bien dotado no hubiera escrito obras literarias de aliento. Ramírez fué llamado por el Ministro Portales, en 1836, y ocupó un cargo en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Poseía, según lo ha expresado Manuel Blanco Cuartín, un lenguaje correcto, un estilo propio y dejó numerosas colaboraciones de diversa índole que merecerían recogerse en un volumen. Escribió en *El Semanario* de 1842, colaboró en *El Mercurio*, y en el diario político *El Conservador*.

Como miembro de la Facultad no realizó trabajos escritos que puedan compararse a su obra difundida en diarios y revistas. Terminó su vida en Iquique, después de haber sido más famoso como comerciante, agricultor e industrial. Cuando vivía en la hacienda de Las Tablas, lo evoca Blanco Cuartín con estas palabras que dan una animada idea de su carácter esforzado y progresista: «Veíasele ya rodeado de libros, de aparatos de física y química, ya leyendo a la sombra de los sauces, ya recortando las flores y podando los árboles, ya dando de comer a las aves, que como inteligente zoologista sabía coleccionar, ya, en fin, ensayando por su propia mano

la nueva podadera inglesa, o el último rastrillo alemán, o las postreras máquinas francesas para hacer mantequilla y estrujar la uva.»*

¿Quién hubiera pensado que se hallaba ante el humanista educado por Silvela y a quien calificara el hijo del famoso pedagogo español en carta dirigida a doña Gertrudis Rosales como un hombre que «llegó a ésta hecho escocés», pero que pronto demostró la más cimentada vocación literaria?

Compañero del humanista Ramírez fué otro escritor consagrado en *El Semanario, don Manuel Talavera,* miembro de la primitiva Facultad y cuya vacante en la misma ocupó después el poeta Guillermo Blest Gana, en 1863. Talavera nació en esta capital en 1820 y murió en la misma en 1859. Fué amigo y compañero del cáustico y retozón don José Joaquín Vallejo (Jotabeche) y de los ilustrados hermanos Carlos y Francisco Bello. Estudió en el Instituto Nacional y perfeccionó sus conocimientos en Europa. Regresó a Chile en 1832, ingresó a la Universidad y estudió en ella la jurisprudencia. Colaboró en el famoso grupo que escribía en *El Semanario* y en *El Mercurio.* Talavera fué más tarde secretario del Consejo de Estado, administrador del Correo de Valparaíso, Jefe de la Oficina de Estadística e Intendente de Santiago, como su colega de esta corporación, don Miguel de la Barra.

Al lado de un conjunto de valores consagrados por la tradición y por el saber, por el estudio y por sus méritos propios había otro de menos irradiación hacia el exterior, pero que también colaboró en la empresa colectiva. Recordarlos a todos y situarlos en su medio y en su época es tarea superior a un discurso académico, pero no podríamos silenciar aquí al neoclásico *Don Ventura Blanco Encalada.*

Vástago de una familia de grandes abolengos, nació en La Plata, capital de la provincia y arzobispado de Charcas, y fué bautizado el 14 de Julio de 1782. Al morir su padre, don Lorenzo Blanco Cicerón, su madre lo mandó a educarse a España, donde tenía entre sus parientes hombres de situación e influencia como el afamado marino don Antonio de

* Manuel Blanco Cuartín, *Artículos Escogidos,* página 647 y siguientes.—El artículo se titula «Un literato desconocido».

Ulloa. Don Ventura Blanco Encalada siempre recordó el trato que tuvo en la Península con el poeta don Manuel José Quintana y con el escritor peruano don Pablo de Olavide, cuya elegancia y rumbo se combinaban con su limpia alcurnia, sus modales atildados y su catolicismo dieciochesco que lo llevó a coquetear, como dice Ventura García Calderón, en religión, en literatura y en política con todos los innovadores del planeta. Estas amistades dejaron una honda huella en la mentalidad de don Ventura Blanco Encalada, que en 1807 se transformó de guardia de corps en teniente de caballería del regimiento llamado los Dragones de Sagunto. Como sus modelos ibéricos y como sus posteriores inspiradores franceses, Blanco Encalada se convirtió pronto al neoclasicismo que imperaba en las odas de Quintana y en el despotismo ilustrado que prohijara Carlos III y se derrama como un río fecundo a través del racionalismo filosófico y de la filosofía de la ilustración. Más tarde, vivió en París y durante dos años se dedicó a las lecturas literarias y al cultivo de sus autores predilectos.

En 1820 vino a Chile, que era la patria de la familia de su madre. Fué liberal en política y ocupó, en tiempo de don Ramón Freire, el cargo de oficial mayor del Ministerio de Relaciones. En 1827, don Francisco Antonio Pinto, el amigo de don José Joaquín de Mora, el ilustrado presidente que compartía el culto de las luces con un temperado gobierno pipiolo, de mano blanda y energía quebradiza, lo nombró Ministro de Hacienda. La amistad de Blanco y de Mora reavivó su temperamento literario y lo impulsó a traducir en verso la *Mérope* de Voltaire.

Mora calificó de «versos sonoros y castizos» a los que ponía en su versión española el que conociera en persona al broncíneo poeta don Manuel José Quintana. Blanco Encalada cultivó la poesía, y tocóle clavar sus dardos en su futuro compañero de la Facultad, don Mariano Egaña, de quien decía:

De la silla de Solón
A don embrollo desvía;
Y en Peñalolén esconde
Su negra misantropía.

Y en el caudal de las aguas
Que jueguen con simetría,
Apague su sed de mando;
De legislar, su porfía.

Los partidarios del Presidente Prieto, a quien zahirió, junto con Egaña, no tardaron en responder a tales alusiones y con este motivo se produjo una equivocación que desazonó a Blanco Encalada. Atribuyó éste a don Andrés Bello una letrilla satírica en que le devolvían los golpes dados a sus enemigos políticos, pero después se supo que ella era el producto de la pluma de la señora Mercedes Marín del Solar. La dura dominación conservadora que se afirmó con Portales, recluyó en su hogar a Blanco Encalada. No renunció a sus ideas, pero prefirió entregarse a la apacible y sedentaria vida del artista y a coleccionar valiosos cuadros de pintura. En 1843 se le eligió como miembro fundador de la Facultad de Filosofía y en 1845 secretario del Senado, cargo que ocupó hasta su muerte el 13 de Junio de 1856. En Agosto de 1853 fué nombrado Decano en propiedad por elección de la Facultad y obtuvo la reelección en 1855.

Llama la atención la ausencia de toda labor en nuestra corporación de don José Joaquín Vallejo (Jotabeche), que demostró en el Congreso una gran pobreza de expresión que contrastaba con su positivo talento de costumbrista y de escritor satírico. Su actuación en la Facultad se limitó a prestigiarla con su fama asentada en las ruidosas polémicas con los argentinos y con sus sabrosos cuadros de época en que narra la vida en el norte o satiriza a los adversarios políticos.

Don Luis Vendel-Heyl, de nacionalidad francesa, arribó a nuestro país en 1840 y desempeñó las cátedras de latín y griego en el Instituto Nacional. Contribuyó con su cultura humanística a dilucidar muchos problemas y a completar el grupo de los filólogos en que ha sido pródiga la institución desde los tiempos de don Andrés y don Francisco Bello hasta los más modernos de Lenz, de Hanssen y de sus discípulos chilenos. Don Rafael Minvielle, antiguo adversario de don Domingo Faustino Sarmiento, y autor del drama *Ernesto*, fué otro de los colaboradores silenciosos de la tarea colectiva. Había defendido la pureza del idioma contra las innovaciones

de Sarmiento y se hallaba entre los que sustentaban un punto de vista intermedio entre el romanticismo y la intransigencia de los que no evolucionaban de acuerdo con la época. Fué un traductor de varios dramas franceses y un conspícuo colaborador en las revistas santiaguinas.

Don Carlos Bello fué el más romántico de la dinastía intelectual que encabezaba su ilustre padre. Don Antonio García Reyes, contribuyó a los trabajos académicos con su memoria sobre la Primera Escuadra Nacional. Combinaba ahí un estilo correcto, pero sin gran relieve con la adhesión a los datos fidedignos y a los testimonios documentales.

Cuando se mira en conjunto la labor de la Facultad entre los años comprendidos desde 1843 hasta 1863, o sea sus primeros veinte años, se aprecia la importancia y la solidez de la empresa que había desenvuelto a la sombra de Bello y con la colaboración de tantos hombres beneméritos. Algunos no dejaron testimonios escritos de su obra, como el general don José Francisco Gana, el serio e ilustrado humanista don Juan Enrique Ramírez o don Francisco García Huidobro, pero también se vincularon al esfuerzo del grupo que marchaba seguro hacia una meta clara: la consolidación de los estudios humanísticos en Chile.

Lastarria y Bello contendieron sobre la manera de escribir la historia y al triunfo del segundo se debió la fidelidad inalterable de los literatos nacionales al dato, al documento y la carencia de una filosofía crítica o social como punto de apoyo para una especulación más amplia. Todo ello fué decisivo en el rumbo posterior de los trabajos escritos amparados por el prestigio poderoso de la Universidad. Don José Victorino Lastarria y don Miguel Luis Amunátegui llegaron a independizarse de la influencia del humanista de Caracas y el primero, que vivió entre 1817 y 1888, se hizo el audaz vocero de la civilización democrática frente a los prejuicios conservadores y a la limitación de los que negaban la validez de la filosofía de la historia. Lastarria fué nombrado el 28 de Junio de 1843 miembro de la Facultad y muy pronto en sus *Investigaciones sobre la influencia social de la Conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile*, reaccionó contra los procedimientos históricos excesivamente documentales que se criticaron a la *Historia de Chile* de don Claudio Gay. Gay contestó a estas

observaciones, pero hasta su muerte no se publicó su respuesta.

Lastarria concentraba las causas de la decadencia colonial en varios puntos: la influencia religiosa; la falta de industrias durante la dominación española por obra de los monopolios; la pereza, ley de herencia ibérica; y la intransigencia católica. En el primer tiempo, Lastarria se empantanó en una metafísica que revelaba restos de sus lecturas iniciales. Decía que «La Humanidad había sido dotada por el Creador de cierta libertad de acción» y que «la divinidad no ha impuesto al hombre otros límites que los que dependen del tiempo, del lugar y de sus propias facultades». Agregaba con profundo y decisivo dogmatismo estos conceptos: «Dios ha establecido al hombre como una divinidad en la tierra» y todavía una afirmación teñida con los residuos de Herder, divulgado a través de Quinet: «La Historia es el oráculo de que Dios se vale para revelar su sabiduría al mundo» y «es la antorcha de la divinidad».

Más tarde, evolucionó a través de su indeciso providencialismo hasta la madura plenitud de la historia científica que lo hizo perfilar páginas magníficas. En Lastarria hay escasez de hechos y de documentos, al revés de los Amunátegui y de Barros Arana, el más fanático discípulo de Bello, pero se salva ante la posteridad por su estilo de limpio cauce castellano y por sus períodos de cincelada estructura sintáctica. El régimen colonial es repudiado en sus análisis y lo sintetiza al decir «que el pueblo estaba envilecido, anonadado y sin virtudes sociales, a lo menos ostensiblemente, porque sus instituciones políticas estaban calculadas para formar esclavos».*

Resume su rechazo al pasado oscurantista diciendo: Cayó el despotismo de los reyes, pero quedó en pie el despotismo del pasado. Este se había transformado entre las manos

* Ver sobre José Victorino Lastarria y sus ideas políticas y literarias: AUGUSTO ORREGO LUCO, *Retratos;* JOAQUÍN RODRÍGUEZ BRAVO, *Lastarria;* ARMANDO DONOSO, *Sarmiento y Lastarria;* en la *Revista Chilena,* TOMO X, 1920; ARMANDO DONOSO, *Recuerdos de Medio Siglo. Don José Victorino Lastarria* en *Pacífico Magazine,* TOMO II, p. 421, 1916; JOSÉ VICTORINO LASTARRIA, *Recuerdos Literarios,* págs. 234-250; Reflexiones sobre la Historia en las páginas 75 y siguientes de los *Estudios sobre la Literatura Chilena,* de PEDRO N. CRUZ, Santiago, 1926. Ver además las páginas 71 y 81 del mismo libro. Consúltese también JOSÉ TORRES CAICEDO. *Ensayos Biográficos* y JOSÉ ANTONIO TORRES, *Oradores Chilenos,* Santiago, 1860. Las ideas históricas de Lastarria las analiza con extensión don ALEJANDRO FUENZALIDA GRANDÓN en el TOMO I, páginas 102 y siguientes del libro *Lastarria y su tiempo.*

enérgicas y habilidosas de Portales y de Bello, de Egaña y de Montt, que resucitaron las instituciones españolas bajo formas constitucionales modernas y adaptadas a la realidad criolla. Cuando Lastarria conocía a Herder, a Quinet y Michelet, don Salvador Sanfuentes se nutría en Tácito y en Salustio, maestros de la narración moralizadora. Mientras Sarmiento evocaba a Herder, a Walter Scott, a Larra, a Cousin; y López a Cousin, a Montesquieu y a los romanos, la mayoría de los escritores nacionales se empozaban dentro de las aguas del neoclasicismo literario y del historicismo documental y moralista.

Veinte y cinco años después de la primera memoria de Lastarria en la Facultad, don Miguel Luis Amunátegui vindicaba la historia filosófica en su mejor libro de síntesis crítica, en *Los Precursores de la Independencia de Chile*. Esto pasa en los momentos en que todo el esfuerzo colectivo aquí sintetizado se transparenta en la admirable armonía de un conjunto que se consagra a rehacer el conocimiento del pretérito chileno. Barros Arana esconde un conservantismo social bajo formas racionalistas y antieclesiásticas, al igual de los espíritus prohijados por el volterianismo diciochesco. En Amunátegui despunta su liberalismo político que utiliza *La Dictadura de O'Higgins* como móvil y como impulso contra el autoritarismo de don Manuel Montt, en Diciembre de 1853.

En medio de tan ímprobos afanes, la Facultad de Filosofía y Educación había abierto ya un hondo surco en el pensamiento nacional. Todavía quedaban en pie muchos prejuicios y bastardas ideas oscurantistas, pero una concepción nueva del progreso animaba a los espíritus y sacudía a las inteligencias. Don Francisco Vargas Fontecilla,* al incorporarse a la Facultad con un discurso pronunciado el 12 de Julio de 1852, resumía lo que pensaba, a través de conceptos ajenos, sobre el progreso. Es indudable, dice, que la Humanidad es susceptible de perfección. «La virtud misma, agrega, no podría existir, ni aún concebirse, si la perfectibilidad humana no fuera una realidad.» Exalta, a continuación, con un acento que semeja un eco redivivo de las palabras de Vicente Fidel

* Sobre don Francisco Vargas Fontecilla ver los datos biográficos que se insertan en *Los Constituyentes de 1870*, por Justo y Domingo Arteaga Alemparte. Edición de 1910, páginas 105-112.

López, en 1845, la necesidad de la historia como motor del progreso humano y plantea su utilidad para los jurisconsultos, los políticos y los sacerdotes. Se pronuncia, en seguida, como servil repetidor de Bello y de Barros Arana, por la historia documental al expresar lo siguiente: «Como la filosofía de la historia no es otra cosa que el conjunto de reflexiones filosóficas suministradas por los hechos, es preciso que conozcamos éstos, primero que nos elevemos a aquellos. Hacer lo contrario es invertir el orden natural de las cosas; es pretender levantar un vasto edificio sin haber construído antes los cimientos.» Combate a continuación a los jóvenes que, dotados de buenas disposiciones, se echan en brazos «de sistemas absurdos», creyéndolos la expresión genuina de la historia. Defiende, por último, como pensando en Lastarria, a España, de la incomprensión que halla de parte de ciertos escritores.

El 11 de Agosto de 1846, la Facultad eligió a don Ramón Briceño, profesor de filosofía del Instituto Nacional, para ocupar la vacante dejada por don Mariano Egaña. Se incorporó el 8 de Noviembre de 1846.

Briceño compuso un vasto elogio de su antecesor y después compendia la influencia de la educación en los pueblos con un candoroso tinte idealista. Cree que si la educación es la base de la prosperidad de las naciones, es porque engendra las buenas costumbres, y éstas lo pueden todo aun sin leyes, al paso que el poder de las leyes sin las buenas costumbres es casi nulo.

«Si fuera preciso, añade, dar una noción más exacta de las buenas costumbres, diría que son aquellas acciones moralmente arregladas que nacen de la educación y sobre las que nada han dispuesto ni podido disponer las leyes positivas humanas; pero que son el objeto del precepto o de la prohibición de la ley natural.» «Entre los efectos admirables de las buenas costumbres, el primero que desde luego observo es que dan vigor a las buenas leyes, suplen las insuficientes, aun corrigen las imperfectas». Con gran optimismo estampa lo siguiente: «El hombre de bien adivina las buenas leyes; y a la verdad, el genio de la legislación tiene más bien su asiento en el corazón que en la cabeza: me atrevería a asegurar que Solón y Licurgo tenían más virtudes que sabiduría. Cuando

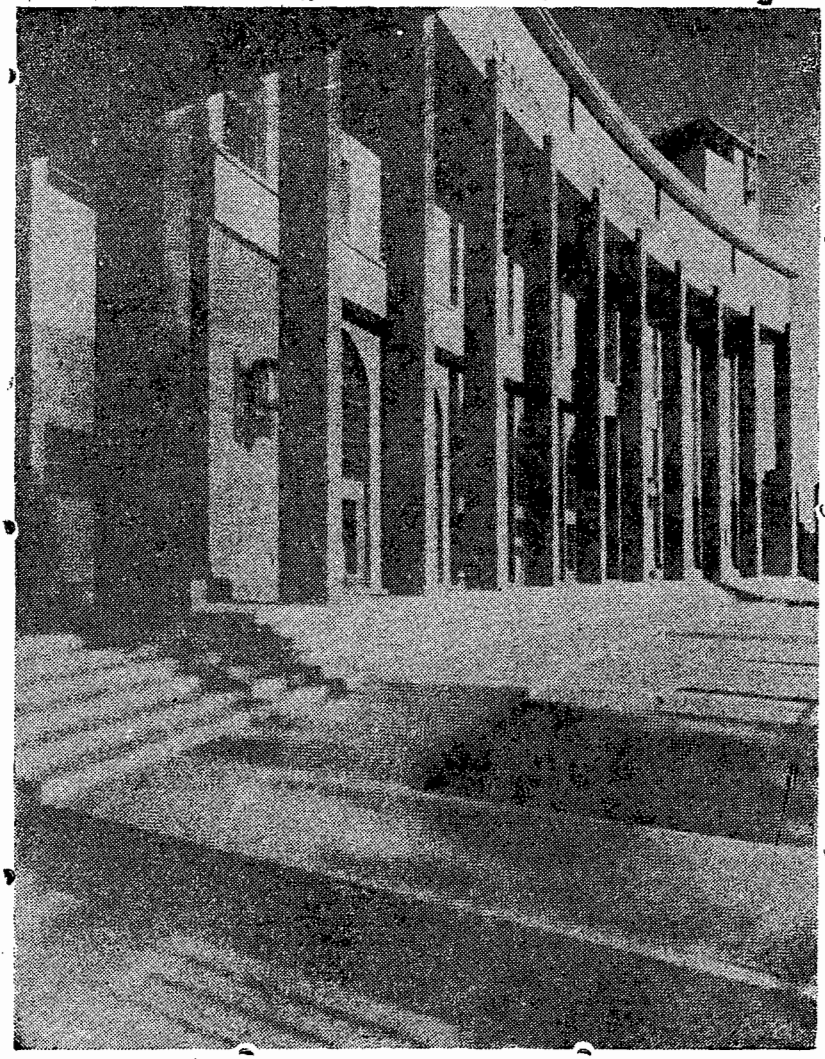
Roma se hallaba en el mayor peligro, ¿qué hacía en sus primeros y mejores tiempos? Mandaba a las leyes que callasen y se abandonaba enteramente a la sola conducta de un hombre de bien. La conciencia de Camilo hizo por largo tiempo toda la legislación de Roma. ¿Y de dónde vino a ésta su extraordinario engrandecimiento? De la fuerza de las buenas costumbres, mucho más que de las leyes. La firmeza de Bruto, la buena fe de los Régulos, la modestia de los Cincinatos, la sobriedad de los Fabricios, la castidad de las Lucrecias y Virginias, el desinterés de los Paulos Emilios, la tolerancia de los Fabios: he aquí las mejores leyes de Roma.» Y concluye diciendo: «Si se quiere regenerar a los pueblos, si se desea que sean verdaderamente felices, morigéreseles comenzando por la educación de los niños. Ella ilustrará a los hombres sobre sus deberes, haráles practicar constantemente la virtud, enfrenará los móviles desarreglados, formará las buenas costumbres, y en una palabra, contribuirá poderosamente a secundar buenas leyes, a corregir las imperfectas, y hacer reinar la paz en todos los ángulos de la sociedad, manteniendo firmes todas las instituciones civiles y políticas.»

Resulta curioso cotejar tal candor que se vierte como último eco de la filosofía de la ilustración, con la mayor macisez que asumía la crítica literaria y que daba alas a la creación de una literatura de índole americanista. En tal sentido, la Facultad contribuyó con tres notables trabajos al fortalecimiento de una concepción nacionalista entre los chilenos. Completaban el optimismo difundido por Lastarria en su Discurso en la Sociedad Literaria en 1842. Estos ensayos críticos son, respectivamente, el discurso de incorporación a la Facultad que pronunció don Miguel Luis Amunátegui el 3 de Octubre de 1852 y que es una síntesis de las bien meditadas ideas expuestas en 1861 en el *Juicio Crítico de Algunos Poetas Hispanoamericanos*, y el discurso de don Guillermo Matta, el 20 de Octubre de 1864, al reemplazar a don José Francisco Gana. Los dos discursos aludidos y el copioso libro, sintetizan una actitud nueva, un punto de partida de las actuales teorías sobre la validez de una literatura americana con personalidad y problemas propios.

Don Miguel Luis Amunátegui resumía así la manera de impulsar el nacimiento de una literatura chilena: «Propáguense

las ciencias; foméntense el estudio de los libros de ultramar; y las producciones indígenas no se harán aguardar.» «El hombre, como las naciones, no se proporciona pan para la inteligencia, sino con el sudor de su rostro. No es ni nuestro pasado ni nuestro presente lo que pone trabas al desarrollo literario, *es la nulidad de nuestros conocimientos*. Cuando los americanos conozcan a fondo las literaturas del viejo continente, entonces les llegará el turno de crear a su vez.» «Ni nuestra religión, ni nuestras instituciones, ni nuestra lengua, ni nuestras costumbres, ni nuestras preocupaciones son indígenas.»

«¿Cuál es el pasado de la América? Tres siglos de esclavitud y veinte años gastados en la lucha contra España. Ni una ni otra de estas épocas suministra antecedentes históricos, que una literatura pudiera explotar, como la escuela romántica ha explotado, por ejemplo, la Edad Media.» No hay duda de que Amunátegui tenía limitaciones respecto a los temas posibles para una creación literaria autóctona, pero abría el camino a los que más tarde cimenta con fina percepción crítica en su libro acerca de los poetas hispanoamericanos en que por vez primera se destacan los méritos de un Olmedo, de un Mera, de un Heredia, de un Caro, de un Esteban Echeverría y de un Salvador Sanfuentes. La crítica literaria de Amunátegui se caracteriza por su comprensión de los escritores continentales y por su documentada síntesis del medio y de la época en que éstos actúan. Más adelante, germina el primer ensayo moderno de interpretación de las letras chilenas entre los siglos XVII y XVIII con la aparición del admirable libro de don José Toribio Medina, *Historia de la Literatura Colonial de Chile*, que se editó en 1878 y constituyó una Memoria premiada por la Facultad de Filosofía y Humanidades. En otro sentido y de un modo vago y declamatorio, pero lleno de optimismo, Guillermo Matta cantaba a la pródiga naturaleza americana como poderoso motivo inspirador de un nuevo lirismo continental. Ampliaba el restringido punto de vista de Miguel Luis Amunátegui, en 1852, el lírico discurso pronunciado en 1864, por el romántico autor de los *Cuentos en Verso*, aparecidos en 1853. Cuenta en *El Museo*, periódico literario de 1853, un escritor que se oculta bajo el pseudónimo de *Bálsamo*, que al aparecer el primer libro de Matta, un amigo piadoso



Escuela de Leyes

le dijo: Ha aparecido un poeta, pero se ha perdido un cristiano.* Don Diego Barros Arana daba, en ese tiempo, razones muy pintorescas para elogiar a Matta, de acuerdo con su temperamento positivo. Expresa que Matta es el primer poeta nacional que «se desprende de las flores, la luna, el amor, etc., para abrazar la filosofía».** Coinciden todas estas preocupaciones literarias de índole americanista, con la necesidad de intensificar el sentimiento colectivo de nuestros pueblos mestizos para afrontar los peligros derivados de la agresión inminente que planeaban los gobiernos absolutistas de Isabel II y de Napoleón III, que tuvieron su trágica culminación con la muerte de Maximiliano de Austria y los bombardeos de Valparaíso y del Callao por una escuadra española.

La época se ensanchaba y voces continentales se empinaban sobre las fronteras. Cuando Argentina manda a Sarmiento como Embajador en Norte América, éste pasa por Santiago a cumplir otra misión de carácter reservado. España acechaba, en ese momento, a sus antiguas colonias y pensaba locamente en restaurar su secular dominio en el Nuevo Mundo. Apenas Sarmiento pisa la tierra chilena, donde escribió el *Facundo*, se olvida de su casaca diplomática y de sus improvisados galones y vocifera contra la Madre Patria en el discurso en que presenta sus credenciales al gobierno de la Moneda. Primaba el sentimiento americanista por encima de los protocolos y de las prácticas estiradas que nunca aceptaron los hombres del temple moral de un Sarmiento o de un Lastarria.

Nuestra ciudad, por medio de sus centros cultos, salía del recoleto ámbito pelucón y sacudía, a través de una restauración liberal, los últimos cachivaches de antaño. Un escritor, que se firmaba Cascabel, había dicho poco antes lo siguiente: «Santiago es todavía una ciudad de frailes, tenderos, oficinistas, diputados, poetas y descifradores de leyes, especies todas que viven gozosísimas desempeñando sus tareas sin fatiga.» Las modas francesas reemplazaban las de los currutacos o pisaverdes españoles y a nuestros elegantes se les llamaba entonces leones o tigres. Las ideas francesas también

* *El Museo*, Santiago, 1853, página 275.
** *El Museo*, página 207.

penetraban arrolladoramente después del letargo de tantos decenios. El romanticismo, que había heredado del mundo neoclásico la admiración por el progreso humano, se expandía en formas particulares en los escritos de Bilbao, de Lastarria y de Santiago Arcos, que lejos de Chile, se arranca la vida desengañado de su patria austral.

La Facultad de Filosofía y Educación no había sido avara de sus hombres y, a través de un cuarto de siglo, mostraba los maduros y transparentes frutos de su huerto académico. Lo que vendría después ratificaría la fe y la esperanza de una generación selecta, de un ímpetu vitalista que coordinó una cultura con los residuos coloniales para asimilarla al ritmo del tiempo. Don Andrés Bello, al bajar a la tumba, en 1865, dejaba asentada una dominación intelectual que resonaba ampliamente en las leyes, en el saber y en las costumbres. Con lentitud germinaban opuestas y aún antagónicas formas de vida en el subsuelo de la tierra que combinaba en su política a la renovación con el culto a la ley, a la autoridad y al poder centralizado que cimentó la constitución de 1833. El largo período comprendido entre la creación de la Facultad de Humanidades, en 1843, y la fundación del moderno Instituto Pedagógico, cuyo Estatuto Orgánico se aprobó en Abril de 1889, marca una severa etapa del progreso nuestro. La renovación intelectual del país, en que tan amplio papel desempeñaron Bello, Lastarria, los Amunátegui, Barros Arana y otros, sería perfeccionada por la capacidad creadora de Valentín Letelier. También su memoria acompaña e inspira a esta pálida evocación de uno de esos ciclos vitales en la vida intelectual de los pueblos.

La Facultad de Filosofía y Educación revive hoy las imágenes augustas de los fundadores y restaura la voluntad humanística que inspiró sus acuerdos y deliberaciones. La ciencia y el saber se asoman más y mejor a la vida; se acompasan al ritmo impulsivo de una época agónica y soberbia, que renueva los valores y socava el material acumulado por los siglos. ¡Es increíble que esta noble casa encierre tanta historia patria, oculte tanta señera tradición, vele y asista a tanto recuerdo, recate tanta sabiduría y fundamente tantas esperanzas! Si lo pretérito necesita la perspectiva del tiempo para acreditar su calidad, no es menos cierto que lo ya realizado aparece en toda

su excelsitud, serena e imponente, como las leyes medulosas que dieron ritmo y vivificaron a las creaciones culturales que vimos desfilar. Animemos, pues, el sentido de los que nos antecedieron y continuemos su ruta, porque en nuestras desmembradas democracias sólo padecen los óptimos, los que resisten, los que luchan, los que prevalecen; para los otros, para la turba oportunista y ambiciosa queden las rosas de las complacencias y de los logros. Sólo pensemos que esas flores de trapo, esas pasajeras y caedizas hojas de mentiroso laurel, como las del festín de Trimalción, se disuelven con el vino alegre de las copas, en tanto que la disciplina de los que perseveran, resplandece como un signo que anima al caminante y da savia a una vida que no quiere restarse al imperativo humano.